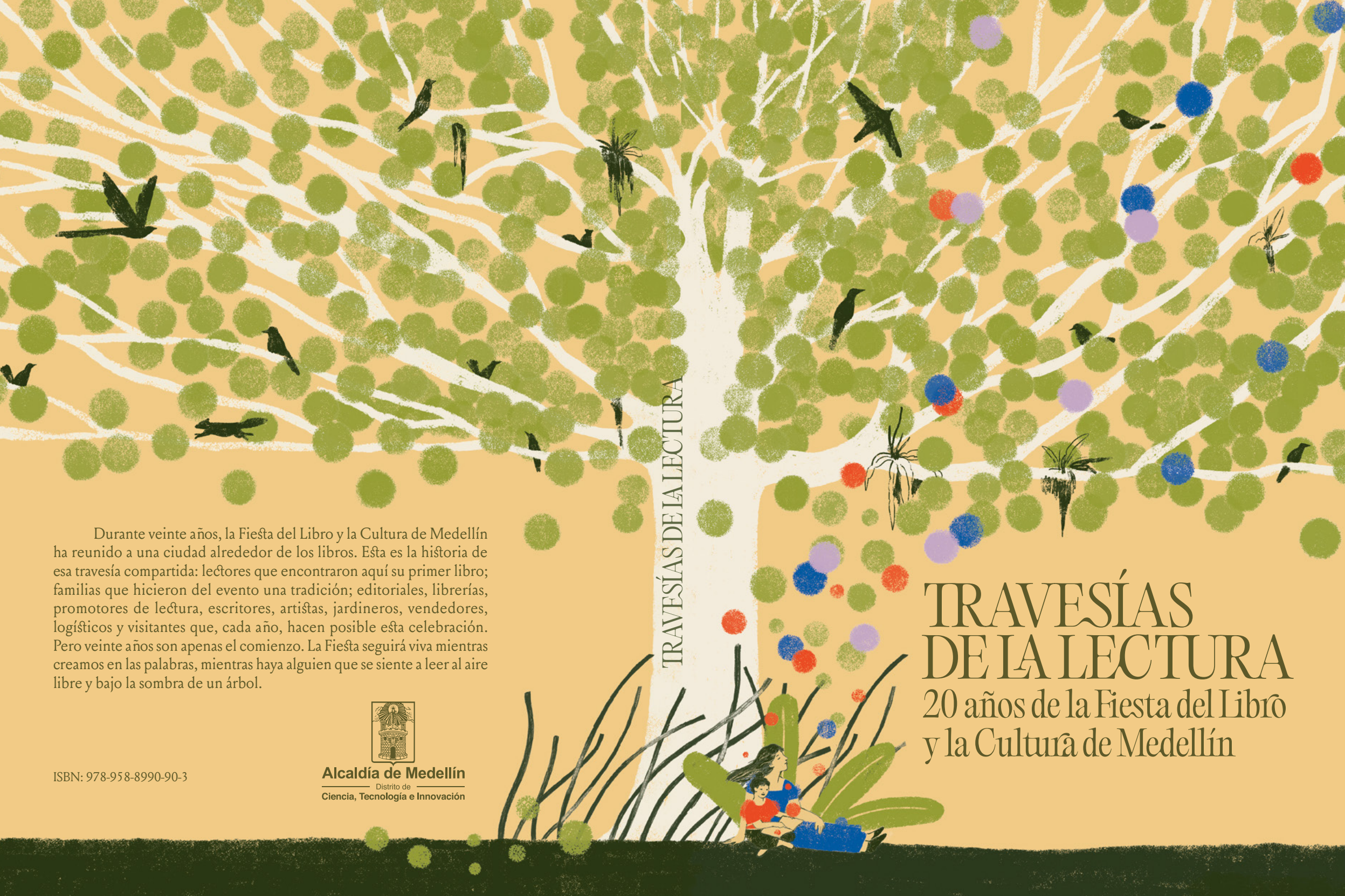




Durante veinte años, la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín ha reunido a una ciudad alrededor de los libros. Esta es la historia de esa travesía compartida: lectores que encontraron aquí su primer libro; familias que hicieron del evento una tradición; editoriales, librerías, promotores de lectura, escritores, artistas, jardineros, vendedores, logísticos y visitantes que, cada año, hacen posible esta celebración. Pero veinte años son apenas el comienzo. La Fiesta seguirá viva mientras creamos en las palabras, mientras haya alguien que se siente a leer al aire libre y bajo la sombra de un árbol.

ISBN: 978-958-8990-90-3



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

TRAVESÍAS DE LA LECTURA

TRAVESÍAS DE LA LECTURA

20 años de la Fiesta del Libro
y la Cultura de Medellín

20 años
**Fiesta del
Libro y la
Cultura de
Medellín**
*Travesías
de la lectura*

Travesías de la lectura

20 años de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Esta publicación es producto del Contrato Interadministrativo Marco No. 4600103297 de 2024, de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, con el Distrito Especial de Ciencia Tecnología e Innovación de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana. Plan de Desarrollo para Medellín. Pilar 1: Bienestar Social y económico. Componente: Arte y cultura al alcance de todos.

•••

Alcalde de Medellín
Federico Gutiérrez Zuluaga

Secretario de Cultura
Ciudadana
Santiago Silva Jaramillo

Subsecretario de Bibliotecas,
Lectura y Patrimonio
Robinson Meneses Hoyos

Coordinador Plan de Lectura,
Escritura y Oralidad
Herman Montoya Gil

Asesora Despacho Secretaría
de Cultura de Medellín
Goya Echeverri

Director Eventos del Libro
Juan David Vélez

Subdirectora Eventos
del Libro
Yesica Prado

Autora
Carolina Londoño

Asesoría creativa
Lucas Vargas Sierra

Portada e ilustraciones
Manuela Moreno Carvajal

Fotografías
Susana Tabares Ochoa
Ricardo Castro Cano
Maria Paulina Pérez Gómez
Camilo Díaz
Yojan Valencia
Alberto Sierra Restrepo

Edición y diseño
Mesa Estándar

Juan Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya

Corrección de estilo
Catalina Trujillo-Urrego

Escrito y editado con amor
en Medellín para celebrar,
hacer circular y multiplicar
el espíritu de la Fiesta. Los
textos de la Parte III fueron
escritos por sus respectivos
autores y autoras.



Alcaldía de Medellín

Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Edición: 1, 2026
ISBN: 978-958-8990-90-3
© Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín, 2026
Calle 44 N.º 52-165.
Medellín, Colombia
www.medellin.gov.co
Impresión: Panamericana
Formas e Impresos S. A.

Esta es una publicación oficial del Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación de Medellín. Cumple con lo dispuesto en el artículo 10 de la Ley 1474 de 2011, Estatuto Anticorrupción, que expresa la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de servidores públicos o candidatos. Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita de la Secretaría General de la Alcaldía de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal. Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

TRAVESÍAS DE LA LECTURA
20 años de la Fiesta del Libro
y la Cultura de Medellín

TRAVESÍAS DE LA LECTURA

20 años de la Fiesta del Libro y la Cultura
de Medellín

ÍNDICE

Presentación

08 MEDELLÍN, 20 AÑOS
LEYENDO JUNTOS

Introducción

12 AL AIRE LIBRE Y BAJO
LA SOMBRA DE UN ÁRBOL

18 UN DÍA EN LA FIESTA

90 TRAVESÍAS DE
LA LECTURA

124 LA FIESTA ES SU GENTE

Epílogo

142 ALENTAR TODAS
LAS HISTORIAS

Gratitud

146

Presentación

MEDELLÍN, 20 AÑOS LEYENDO JUNTOS

Hay muchas cosas que definen el alma de una ciudad.

El alma de Medellín, por ejemplo, es su gente, su Feria de las Flores, su Metro y, sin duda, su Fiesta del Libro y la Cultura.

Hace 20 años, cuando como ciudad renacíamos de épocas difíciles, empezó un sueño que parecía imposible: llenar de libros, conversaciones y esperanza un lugar donde antes predominaban el miedo y la violencia. Hoy, dos décadas después, la Fiesta se convirtió en uno de los eventos culturales más importantes de Colombia y en un símbolo de lo que somos capaces de construir cuando trabajamos juntos.

La grandeza de esta Fiesta no se mide en años, cifras, visitantes o autores invitados. Su verdadero valor está en lo que pasa con la gente que la visita: con el niño que descubre su primer libro, con la familia que vuelve cada año, con el joven que encuentra una idea que le cambia la vida, con los que hacen posible que esta magia ocurra.

La Fiesta del Libro democratizó la lectura y el conocimiento en Medellín. La hizo cercana, libre y pública. Nos recordó que la cultura también transforma territorios, recupera espacios y crea ciudadanía. Y quizá ahí está una de sus mayores victorias: convertir la Zona Norte en un punto de encuentro para la vida, la imaginación y la conversación.

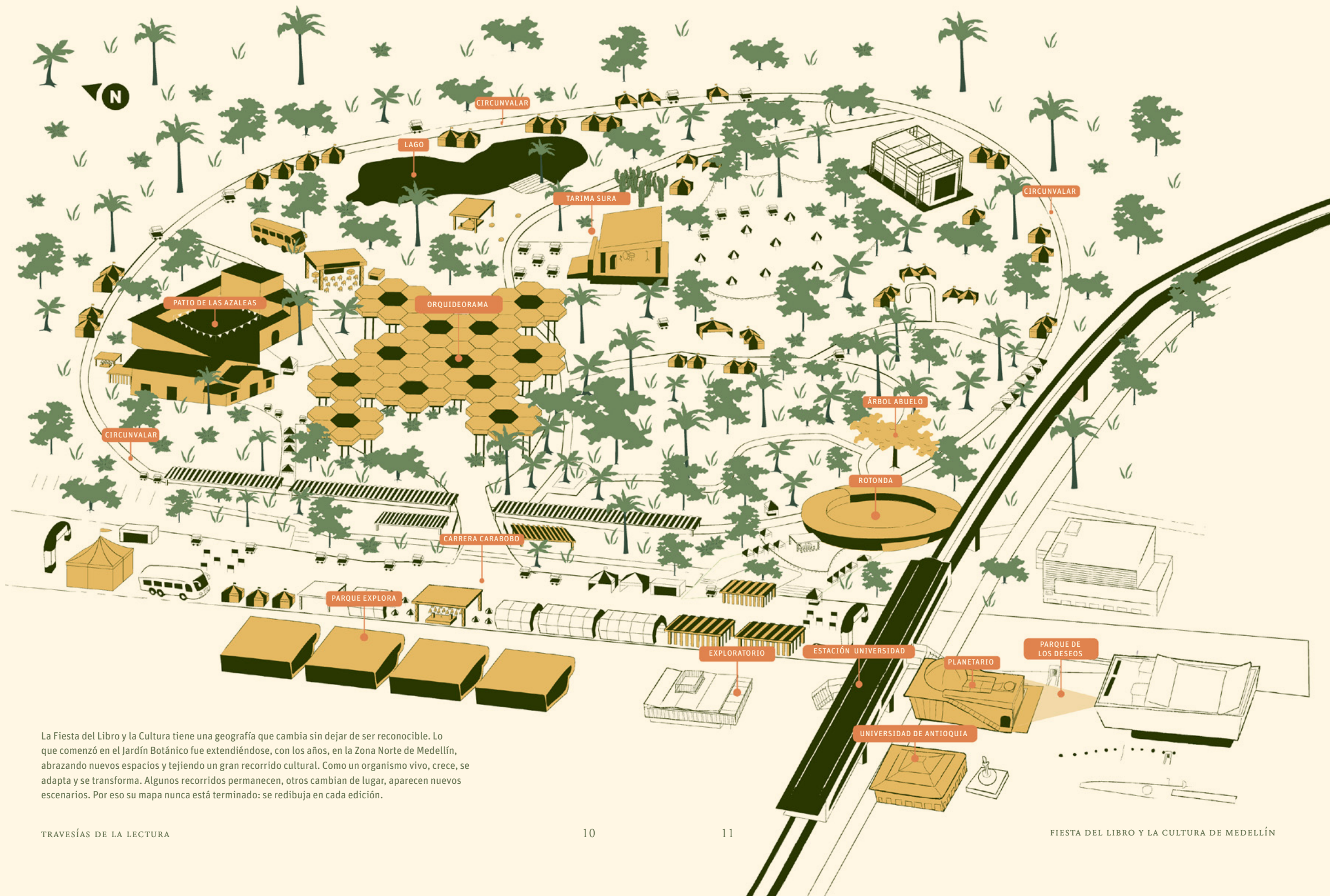
Celebrar estos 20 años es agradecer a quienes soñaron con este proyecto; a las instituciones, empresas, editoriales, bibliotecas y universidades que han creído en él; y, sobre todo, a la gente. Porque son el alma de esta Fiesta y el alma de Medellín.

Hoy miramos hacia adelante con ilusión. Nuestra ciudad será Capital Mundial del Libro en 2027 y ese reconocimiento no es casualidad. Es el resultado de años entendiendo que una ciudad se transforma desde las palabras, desde las historias y desde las oportunidades reales que nacen cuando el conocimiento llega a todos.

Gracias Medellín, qué orgullo ser tu alcalde y qué orgullo vivir los 20 años de la Fiesta del Libro y la Cultura. Que sigamos encontrándonos alrededor de los libros y que sigamos creyendo en la cultura como camino para salir adelante.

Federico Gutiérrez Zuluaga

Alcalde de Medellín



La Fiesta del Libro y la Cultura tiene una geografía que cambia sin dejar de ser reconocible. Lo que comenzó en el Jardín Botánico fue extendiéndose, con los años, en la Zona Norte de Medellín, abrazando nuevos espacios y tejiendo un gran recorrido cultural. Como un organismo vivo, crece, se adapta y se transforma. Algunos recorridos permanecen, otros cambian de lugar, aparecen nuevos escenarios. Por eso su mapa nunca está terminado: se redibuja en cada edición.

Introducción

AL AIRE LIBRE Y BAJO LA SOMBRA DE UN ÁRBOL



Antes de empezar a leer, imagina un árbol. Hazlo frondoso. Traza la sustancia del tronco, la rugosidad de la corteza. Pueba, aquí y allá y allí, su silencio de cantos: pájaros invisibles que entre el viento dejan suavemente rodar sus trinos. Si te gustan las flores, pon una porción del color que quieras. Si te gustan los frutos, madura alguno para perfumar —ámbar de niebla, miel de rocío— la imagen. ¿Ya lo tienes? Siembra el árbol en tu imaginación, que sus raíces se abran camino. Hazlo real. Míralo hacerse robusto, crecer firme.

Ahora ya puedes empezar a leer, con ese árbol tuyo abierto al mundo; con ese árbol de faro en la mirada.

Siéntate a su sombra. Digamos que es media tarde, que la luz oblicua se demora en armar rompecabezas sobre el pasto con la silueta de las hojas que, allá en lo alto, se agitan y se encuentran. Desde ahí mira alrededor: estás en el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe, en la Zona Norte de Medellín. Te rodean otro montón de personas, variopintas, en grupos o en parejas o vagando solitarias. Hay de todo aquí. Estamos todos y todas aquí. Se escuchan conversaciones y carcajadas, también el silencio concentrado de quien sostiene, entre las manos, un libro abierto. A lo lejos, a lomos de la brisa, se afina la armonía de una orquesta, y hay cantos y hay cuentos. Y ese rumor, el hormigueo inconfundible de una multitud que comparte un espacio. La música de una ciudad que se entrega a la experiencia del encuentro.

Pausa.

Devolvámonos en el tiempo antes de continuar.

Digamos que estamos en el año 2006, y que el gran evento de los libros de Medellín, la en ese entonces Feria del Libro, se suspende. A la manera de las orugas, luego de comer y aprender, luego de recorrer los pasillos del Palacio de Exposiciones, entra en una crisálida. Hasta ese momento la premisa era que para tener una ciudad lectora era necesario tener un ecosistema económico del libro saludable. De eso se trata una feria: de potenciar las ventas, de fortalecer las cadenas de distribución. Pero las meditaciones de 2006 proponen una vuelta de tuerca. ¿Y qué tal si es al revés? ¿Qué tal que para tener un ecosistema del libro saludable sea necesario primero tener una ciudad lectora? Con ese cambio de enfoque la metamorfosis tiene lugar. La Feria sale de la crisálida convertida en Fiesta, y extiende las alas buscando un nuevo lugar donde posarse.

Una fiesta invita al encuentro y al disfrute; una fiesta invita a celebrar. Elige, la recién nombrada, la recién metamorfoseada Fiesta del Libro y la Cultura, posarse en el Jardín Botánico. Elige, además, ser de entrada gratuita. Ninguna de ambas cosas es accidental. Lo primero refresca la Zona Norte de la ciudad, hasta ese momento y por esos años sumergida en los estigmas de la violencia. Tener justo allí la celebración de la palabra fue toda una declaración de esperanza: una manera de decir que creemos en el poder de las historias para transformar las realidades. Hacerla gratuita, además, terminaba de cambiar el paradigma: aquí lo importante era la experiencia ciudadana de lectura, la posibilidad de que cualquier persona de Medellín pudiera pasearse por ella, recorrer estands llenos de libros, enamorarse de lo que encontrase en desprevenida serendipia.

Hace veinte años, entonces, comenzó la escena que inició esta introducción, y que poco a poco ha ido convirtiéndose en anécdota cotidiana para quienes viven Medellín. En ese entonces, sin embargo, era una apuesta y un sueño quijotesco de esos que necesitamos tanto. Hubo dudas, por supuesto. El proceso implicó una gran transformación, tanto para libreros y expositores, como para la ciudadanía en general. El Jardín Botánico también fue transformándose, convencido año tras año —desde 2007— de su vocación de espacio simbólico que alberga el evento más importante de Medellín relacionado con la palabra. La Zona Norte, también paulatinamente y creyendo en este impulso, es hoy algo muy distinto a lo que era.

Pocos eventos representan con tanta claridad la materialización de una filosofía pública como la Fiesta del Libro y la Cultura, que recoge en su corazón vivo lo que se plantea en el Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad, una política pública concebida en 2010 para garantizar el acceso de la ciudadanía a las prácticas de leer, escribir, hablar y escuchar, entendidas como expresiones fundamentales de la vida cultural y como un derecho. Bajo este amparo de horizontes amplios, la ciudad ha logrado fortalecer un ecosistema cultural y educativo que articula bibliotecas, espacios comunitarios, procesos de mediación, programas de formación y múltiples iniciativas ciudadanas donde la lectura, la escritura y la oralidad hacen parte de la vida cotidiana. Se ha consolidado así una agenda que no descansa. Una agenda diversa y repartida por cada rincón, que entiende la continuidad de la Fiesta del Libro y la Cultura como el latido de una visión profunda: una Medellín que se narra y se reconoce en el espejo de las letras.

Año tras año, Medellín entera se vuelca al disfrute de una premisa fundamental: celebrar que las palabras funcionan. Las palabras, esos hilos con los que tejemos el relato de lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que queremos ser como ciudad. Los Eventos del Libro en Medellín, y la Fiesta como núcleo de gravedad de todos ellos (Festival del Libro Infantil, Feria Popular Días del Libro, Parada Juvenil de la Lectura), consiguen esa alquimia secreta: hacer de una política pública una experiencia habitable para cada ciudadano y cada ciudadana, poner la vida cotidiana en contacto directo con su apuesta de ciudad. La Fiesta es fiesta porque celebra los libros desde la lectura. Porque, en esencia, es un gran proyecto de formación de lectores.

A lo largo de sus distintas ediciones, la Fiesta del Libro y la Cultura ha permitido que Medellín se transforme, durante diez días, en una auténtica ciudad de los libros: un territorio donde la lectura, la conversación y el intercambio de ideas ocupan el espacio público. Gracias a la presencia de países invitados, autores, editores y pensadores provenientes de decenas de naciones, la Fiesta ha trascendido su dimensión local para consolidarse como el evento de carácter público relacionado con el ecosistema libro más grande de Colombia y uno de los más relevantes de América Latina. Por su dimensión, convocatoria e impacto, se ubica lado a lado con las ferias de Guadalajara, Buenos Aires y Bogotá.

El secreto de su éxito no dista demasiado de ese que hace florecer el árbol imaginario que traes en ti: abonar el terreno, cuidar con paciencia, recoger y disfrutar los frutos. Entre las múltiples cosas que podríamos elegir para establecer la metáfora, digamos tres. La primera: el terreno es la apuesta por sostener los Eventos de Libro en el espacio público, con acceso libre para toda la ciudadanía, con todos los retos que eso supone. La segunda: la paciencia es el trabajo infatigable de múltiples actores, públicos y privados, que se conceden apenas un parpadeo de descanso entre un evento y el siguiente antes de seguir con la labor de planeación y ejecución. La tercera: los frutos y las flores son los beneficios que se cosechan para el ecosistema del libro en la ciudad, en forma de preguntas, hallazgos y también —hay que nombrarlo— de dinamización económica para editoriales, librerías, distribuidores, autores y demás actores de la cadena del libro. Pero son también beneficios que desbordan ese ecosistema y que tienen que ver con la construcción de ciudadanía que los eventos proponen.

La Fiesta del Libro es muchísimas cosas, pero esas tres son parte fundamental, y lo han sido en estos veinte años. Son veinte años de creer que el espacio público es el escenario ideal para poner en escena los derechos culturales de una ciudad que históricamente ha encontrado en ellos el vehículo para dinamizar todo tipo de conversaciones; veinte años de creer que la mejor manera de leer, de conversar y de disfrutar es en el encuentro con otros y otras; veinte años del trabajo y la pericia de equipos multidisciplinares que no pierden de vista un objetivo claro: lograr que cada conversatorio, cada tarima, cada evento sean una posibilidad de transformarnos.

En estos veinte años millones de niños y niñas han comprado su primer libro; deben contarse también en cientos las parejas que han tenido en la Fiesta su primera cita y en cientos de millones la cantidad de besos que se han dado; seguramente no alcanzan los números para decirnos cuántas personas han soñado algo distinto. En veinte años hubo una pandemia, y el mundo se acabó y volvió a empezar un puñado de veces, y vimos aparecer tecnologías revolucionarias ya obsoletas, y leímos, y conversamos, y tarareamos el *jingle* de la Fiesta una, dos, tres semanas después de terminada porque no podíamos sacárnoslo de la cabeza. En veinte años hemos ahondado las raíces en la tierra y extendido las ramas para acoger a cada vez más personas bajo esa sombra. De eso trata este libro, de eso trata esta celebración.

Para que puedas levantarte de este árbol que llevas dentro y empezar a caminar por las historias, permítete antes contemplar la paradoja del tiempo. Veinte años, que son un montón, y veinte años, que son apenas el comienzo. Porque Medellín está orgullosa de su Fiesta del Libro y la Cultura, y porque seguirá celebrándola mientras haya alguien que se siente a leer al aire libre y bajo la sombra de un árbol.



UN DÍA EN LA FIESTA

Para conocer la Fiesta del Libro hay que vivirla. Hay experiencias que exceden al relato. Por fortuna, eso nunca ha detenido a la literatura. Lo que sigue es la reconstrucción de un día entre los cientos de días que han ocurrido en la Fiesta durante estos veinte años. Una hebra de un tejido inmenso. Una pequeña muestra de algo que durante dos décadas no ha dejado de multiplicarse. Porque mientras una conversación despierta un recuerdo que lleva años dormido, en otro rincón una niña descubre el libro que quiere llevarse a casa. Mientras un grupo de estudiantes recorre la ciudad para llegar al Jardín, alguien encuentra el nombre de un autor que anotará para no olvidarlo. Mientras una familia comparte la tarde bajo los árboles, un librero recomienda una historia que cambiará la forma de alguien de ver el mundo.

Sea esta la bienvenida para quienes han hecho y habitado la Fiesta durante estos veinte años: lectores y lectoras, libreros, artistas, promotores de lectura, editoriales, talleristas, jardineros, vendedores, personal logístico, visitantes. Que encuentren en estas páginas una escena conocida, una voz cercana o un recuerdo propio. Y que este sea apenas uno entre los mil y un días que todavía nos quedan por vivir juntos y juntas.

LA MAÑANA



CATALINA

La oscuridad del cielo se va disipando para dar lugar a la luz tenue de lo que será un día soleado. Falta poco para las seis de la mañana. Las plantas abren sus hojas, los árboles dejan de jugar con sus siluetas a ser otros seres y los pájaros sacuden sus plumas espantando las sombras. Sirirís, bichofués y cucaracheros dan inicio a su algarabía. En el lago los patos chapalean, dejando a su paso una estela mínima de burbujas. Se escucha el zumbido de moscas y abejas, el paso liviano de las iguanas, las tortugas, de las ardillas. El Jardín Botánico está despertando. A pesar de su cansancio, Catalina se percata de cómo el sol va poniendo todo en lenta marcha. Tras haber pasado la noche en el Jardín Botánico trabajando, vuelve en sí cuando aparece la luz. Qué distintas se ven las cosas ahora que amanece. No sabe si prefiere el misterio de la penumbra o el color brillante que las hojas van tomando ahora. Da igual. Sea la hora que sea, lo que le gusta es estar aquí, en el Jardín, sobre todo esta mañana. «Hoy empieza la Fiesta», piensa, y en esa frase el agotamiento, las carreras y los trasnochos encuentran sentido. Hasta los pies dejan de pesarle al saber que, después de dos semanas de montaje, por fin abrirán las puertas al público.



¹ Lo que comenzó en 2007 como un evento concentrado en el Jardín Botánico, fue expandiéndose progresivamente hasta ocupar buena parte de la Zona Norte de Medellín. A lo largo de los años se sumaron espacios como el Parque Explora, el Planetario, la Universidad de Antioquia, el parque de los Deseos, la Casa de la Música, Ruta N y MOVA, entre otros. Un momento decisivo ocurrió en 2012 con la integración de la carrera Carabobo al recorrido de la Fiesta, consolidando un gran corredor peatonal y cultural. Desde entonces, la Fiesta ha fortalecido la apropiación del espacio público y el encuentro ciudadano en la Zona Norte de Medellín.

Catalina coordina la producción de las piezas gráficas de ambientación y señalización de la Fiesta del Libro, por eso está siempre con una lista en la mano que es su mapa de navegación por los espacios del evento. «Cenefas... OK... Biombos, tótems, telones de fondo... OK... Banderines, torres, trípticos, adhesivos... OK... Mobiliario... OK». Mientras recorre el Jardín haciendo el chequeo, observa las estructuras y los escenarios de las tarimas, los auditorios, las carpas y los stands donde se venderán los libros y ocurrirán las charlas, los conciertos y los talleres durante los próximos diez días. En el camino se topa con un grupo de logísticos que cargan sillas, cables, cajas y empujan carretillas. Los saluda diciéndoles: «Ya vamos a lograrla, muchachos», y ellos le responden: «¡Ya casi, ya casi!».

Catalina se dirige hacia Carabobo, la calle que separa al Jardín del Parque Explora. Cualquier otro día este tramo sería el escenario de motos, buses y carros pasando, pero desde que empezó el montaje está cerrado y se ha convertido en una parte más de la Fiesta¹. En los días anteriores, el paisaje habitual fue el de un desfile de camiones entrando desde temprano y cientos de logísticos descargando estructuras metálicas, pisos, plantas eléctricas, cables, luces, consolas, parlantes; sillas, mesas, módulos de exhibición; paneles, pendones y señalética. Catalina estuvo presente, acompañando la construcción de esta pequeña gran ciudad, viendo a los logísticos en un ir y venir constante, sus cuerpos moviéndose en sincronía, los músculos tensos al cargar y levantar las estructuras, el sudor en el rostro, bajando por el cuello y la espalda.

Pero antes de todo ese movimiento, de ese esfuerzo colectivo, existió un plano. Un dibujo arquitectónico sin árboles, pájaros ni personas. Solo líneas, medidas y decisiones. Caminos trazados con precisión, zonas delimitadas, accesos calculados. Un plano que pasó por revisiones una y otra vez, siendo corregido, descuadrado y vuelto a armar para que todo encajara. Catalina piensa en todo eso mientras endereza una cenefa torcida en uno de los auditorios y le hace una seña a un logístico para que ajuste una esquina que quedó suelta. Ella hace parte del área de producción del equipo base de los Eventos del Libro que, junto a otras áreas conformadas por académicos, creativos, promotores de lectura, diseñadores, comunicadores y gestores culturales, materializan la Fiesta. Mientras unos proponen conversaciones y gestionan invitaciones para escritores locales e internacionales, otros revisan presupuestos, organizan horarios o diseñan la línea gráfica. Hay quienes llaman a bibliotecas, universidades, entidades públicas, colectivos barriales y proyectos independientes para sumarlos². Otros abren convocatorias para librerías y editoriales, preparan los Salones del Libro, la muestra comercial y los lanzamientos. También están quienes trabajan en las publicaciones que cada año esperan los lectores: los nuevos ejemplares del Cuentico Amarillo y de la Biblioteca de la Fiesta. Detrás de todo existe un sinfín de tablas de Excel, reuniones, cronogramas, contratos, *renders*, números; pero no se pierde de vista en toda la planeación que esto es una Fiesta, una que se organiza para que la gente se encuentre, converse, baile, se emocione, sienta y sepa que la ciudad puede reunirse alrededor de las historias³.



2 La Fiesta encuentra su soporte esencial en la convergencia de voluntades. Su desarrollo sostenido depende del respaldo de aproximadamente setenta aliados públicos y privados que articulan sus esfuerzos para convertir a Medellín en un escenario vivo de encuentro ciudadano alrededor de las palabras.



3 La Fiesta se ha consolidado como uno de los encuentros culturales más concurridos de Medellín. En los últimos años, algunas jornadas han registrado entre 30.000 y 70.000 visitas. Las ediciones recientes han alcanzado cerca de 500.000 visitas durante los 10 días del evento.

Mientras la mañana avanza, Catalina ve llegar a librereros y expositores que terminarán de preparar sus stands antes de que las puertas se abran a las diez de la mañana. El ruido seco de las cajas descargadas, las voces que empiezan a cruzarse entre las carpas y el golpe metálico de las estructuras se mezclan con el mosaico de sonidos naturales del Jardín. Después de terminar de hacer el chequeo de las piezas en el Salón de Editoriales Independientes —uno de los primeros que encontrarán las personas al pasar por Carabobo desde la estación Universidad, ahí a un paso—, Catalina mira a los venteros que ya están con sus carritos bajo el viaducto del metro. Un tinto le sabrá a gloria. Saluda al logístico que está de pie custodiando el ingreso y cruza la valla blanca. Se acerca a una ventera y le pide un tinto bien cargado. Cuando se sienta en el butaco de plástico, se da cuenta de que no ha hecho una pausa desde hace horas.

—¡Ja! ¿Y ahora cómo se supone que me voy a parar de acá? —dice Catalina, riéndose mientras recibe el vasito. Lo sopla y le da el primer sorbo antes de contarle a la mujer el trájín de los últimos días.

—Mija, ¿y usted cuándo va a descansar pues?

Catalina vuelve a reírse.

—Pero si lo bueno apenas empieza.

STEPHANÍA

Antes de salir de su casa, Stephanía Arango repasa la lista de estudiantes y los nombres de los talleres de Jardín Lectura Viva⁴ en los que participarán. También verifica que todo esté en orden con los permisos de salida. No puede faltarle nada. Termina de tomar su café, cepilla sus dientes, se pinta los labios de rojo y sonríe. «Nos va a ir espectacular, vamos de Fiesta», dice mirándose al espejo, repitiendo la misma frase que les ha dicho a los estudiantes todos los días de la última semana. Esta mañana saldrá con 310 estudiantes de la Institución Educativa Ciudadela Nuevo Occidente en donde trabaja como bibliotecóloga. En junio, cuando hizo el listado, las cuentas le dieron eso (aunque ella hubiera querido llevarse los 3.500 alumnos que hay en el colegio). Sin embargo, con todos leyó *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry en la biblioteca escolar —desde primero hasta once— porque sabía que ese era el personaje invitado a la Fiesta.

—¿Tantos? ¿Estás loca? —llegaron a preguntarle. —¿Y cómo los vas a llevar?

—En metro.

—¿En metro? ¿Qué? ¿Estás loca?

Stephanía no se siente loca, pero sí terca, o locamente convencida de sus ideas, porque cree que solo con voluntad obstinada se logran las cosas. Cuando llegó a la I. E. Ciudadela Nuevo Occidente en plena pandemia, le dijeron que trabajo había poco porque la biblioteca estaba cerrada. Ella sabía que, por el contrario, todo estaba por hacerse. Había llegado a un colegio en un barrio ubicado en el límite entre la ciudad y el corregimiento de San Cristóbal, lugar donde a inicios de la primera década de este siglo se construyó una treintena de urbanizaciones para ofrecer una solución de vivienda a miles de personas desplazadas de otros barrios de Medellín, de otros pueblos de Antioquia y hasta de otros departamentos del país. Stephanía no necesitó mucho tiempo para entender que era un contexto atravesado por historias difíciles. Se sentía en la forma de habitar el espacio común. Convivir era, sobre todo en ese momento de encierro, un ideal en construcción. Y como para Stephanía cualquier dificultad podía ser abordada desde un libro, inventó la estrategia Cuentos por Teléfono. Su celular se convirtió en la herramienta



4 Jardín Lectura Viva es el corazón de la Fiesta del Libro y la Cultura y el espacio que mejor expresa su vocación formativa. Allí se materializa la principal estrategia de fomento de Lectura, Escritura y Oralidad (LEO), a través de entidades, colectivos y promotores de lectura. Entre talleres, conversaciones y experiencias de mediación, este espacio reúne cada año a miles de personas de todas las edades. Una edición regular convoca entre 90.000 y 105.000 participantes y ofrece cerca de 4.000 actividades. En 2025, el 38 % de sus asistentes fueron niños, el 34 % adolescentes y el 26 % adultos. Como parte de su apuesta por la participación, incorpora metodologías, mediaciones y recursos que buscan hacer de la lectura, la escritura y la oralidad experiencias accesibles e incluyentes.

para activar los procesos de promoción de lectura a distancia. Al estudiante que le contestaba le ofrecía un menú. Si era en la mañana, le preguntaba: «¿Qué cuento quieres desayunar?». Si era en la tarde: «¿Qué cuento quieres almorzar?». Su interlocutor escuchaba el despliegue de títulos, escogía el que le sonaba más apetitoso, y Stephanía se lo leía.

Con el tiempo, la bibliotecóloga se dio cuenta de que no solo los estudiantes esperaban la llamada, sino que la ponían en altavoz para que la escuchara su familia. Con ese precedente y las familias unidas alrededor de la lectura, se propuso celebrar con un recital virtual el Día del Idioma. El tema: una conmemoración al escritor Manuel Zapata Olivella. En la videollamada masiva no solo los alumnos de primaria y bachillerato hicieron sus intervenciones. Mamás, papás, abuelas y tíos también se involucraron, y delante de la cámara leyeron poemas de Olivella y fragmentos de sus *Fábulas de Tamalameque*. Con proyectos similares, Stephanía se empeñó en demostrar que la biblioteca no era solo un lugar para sentarse a leer en silencio. Los libros eran, ante todo, posibilidad de encuentro. Después de la pandemia, cuando la presencialidad volvió, comenzó a llevarlos a la Fiesta del Libro.

Stephanía sale de su casa con su bolso lleno de los documentos de los estudiantes y llega a la I. E. Ciudadela Nuevo Occidente. Lleva puesta una camiseta negra que mandó a hacer con una ilustración del Principito y los nombres de los tres clubes de lectura que conformó en el colegio: Nova aurora, Conexión literaria y Lectores sin rumbo. En su espalda se lee la frase sublimada «Todas las personas mayores fueron una vez niños (pero pocas lo

recuerdan)». En el patio central del colegio se encuentra con otros dieciséis profesores y juntos terminan de ajustar detalles. «Cada uno tiene a su cargo un grupo de veinte alumnos, asistirán a un taller que dura una hora y la otra hora es para que den una vuelta por el Jardín», les recuerda. Los estudiantes van llegando y el rumor de las conversaciones se vuelve una masa incierta en el ambiente. Los profesores reparten los refrigerios y dividen los grupos. Afuera, algunos padres y madres esperan a que sus hijos vuelvan a salir para acompañarlos en el recorrido a pie de diez minutos del colegio hasta la estación del metrocable. Cada profesor sale con su grupo. Los niños y niñas más pequeños van cogidos de la mano. Los de once con su chaqueta de la «prom» puesta o amarrada a la cintura. Stephanía, que supervisa y coordina, es la última en salir.

En la estación, cada profesor pasa a su grupo por los torniquetes⁵. Las mamás se despiden de sus hijos. «Mi amor, la Virgen me lo acompañe, pórtese muy bien...», «Mire para que se tome un fresquito por allá...», «Me cuenta cómo le va, aproveche y se compra un librito...». Y echan bendiciones y dan besos en las frentes. En el metrocable, Stephanía les dice a los alumnos con los que va en la cabina que ese viaje hasta el Jardín Botánico es, en realidad, una visita al planeta que han venido soñando durante los últimos meses con las lecturas, los talleres y las películas; que vayan guardando en su corazón las imágenes que vean y les llamen la atención, así como el Principito nunca olvidó su asteroide B612. A través del vidrio se ven las casas de ladrillos construidas unas sobre otras de la comuna 13, el cerro Nutibara, los edificios de El Poblado, y arriba, el contorno largo



5 Para que más personas puedan vivirla, los Eventos del Libro desarrollan estrategias de movilidad en alianza con el Metro de Medellín y la Secretaría de Educación Distrital. En 2025, estas acciones hicieron posible que se realizaran cerca de 6.000 trayectos en el sistema Metro y 120 rutas de transporte escolar.



6 Desde las nueve subregiones de Antioquia —Urabá, Norte, Occidente, Bajo Cauca, Nordeste, Magdalena Medio, Suroeste, Oriente y Valle de Aburrá— llegan cada año lectores, estudiantes, docentes, bibliotecas y colectivos culturales para encontrarse alrededor de los libros. En 2025, de los 330 grupos inscritos en Jardín Lectura Viva, 132 provenían de municipios por fuera del Valle de Aburrá, y una quinta parte de ellos correspondía a zonas rurales. Estas cifras revelan el alcance o interés creciente de las regiones en los Eventos del Libro.



7 Los guías culturales son una de las principales conexiones entre la Fiesta del Libro y sus visitantes. Además de orientar a las personas en los distintos espacios del Jardín Botánico y acompañar a grupos, cumplen una labor de mediación y promoción de la lectura. A través de recorridos, conversaciones y estrategias diseñadas para diferentes públicos, acercan a niños, niñas, jóvenes y adultos a los libros, las colecciones editoriales de la Fiesta y las múltiples experiencias de Lectura, Escritura y Oralidad que hacen parte de la programación.

de la montaña que atraviesa todo el horizonte oriental. Al llegar a la estación San Javier, los otros pasajeros no pueden ocultar la sorpresa al ver que de las cabinas, una tras otra, solo se bajan estudiantes con el mismo uniforme. Se montan al metro que los conducirá a la estación San Antonio, donde nuevamente hacen un transbordo a la línea A rumbo a la estación Universidad. Es en ese trayecto en el que Stephanía se conmueve al ver cómo los estudiantes se pegan de las ventanas y le preguntan por todo lo que ven.

—¿Qué es eso?

—El edificio de La Alpujarra.

—¿Y eso?

—El Palacio de la Cultura, miren también las gordas de Botero.

—¿Y eso por allá cómo se llama?

—Todo eso es Manrique y Aranjuez.

—¿Entonces por dónde queda el colegio, profe? Ya me perdí.

—Vea, hacia allá, en esa loma —señala Stephanía con la mano, al

tiempo que piensa que muchos estudiantes no han salido de sus barrios o solo han ido hasta el Centro, pero no conocen el resto de Medellín, nunca han cogido el metro hacia el norte o hacia el sur. Reconoce en sus rostros el asombro de quien descubre que el mundo es más grande, que hay vida más allá de la cuadra, incluso más allá de estas montañas. La voz de un estudiante la aterriza de nuevo.

—Profe, yo no voy a mecatear nada porque lo que tengo lo voy a gastar en un libro, vengo ahorrando desde marzo.

Llegan a la estación Universidad y la Zona Norte de la ciudad se despliega: el parque de los Deseos color arena, la semiesfera saliente del domo del Planetario, los árboles de la Universidad de Antioquia, las cajas rojas del Parque Explora. Bajan las escaleras para encontrarse con cientos de estudiantes de otros colegios que, a las afueras del Jardín Botánico, esperan a que sean las diez en punto de la mañana. A un costado de la calle hay una fila de buses de los que se siguen bajando más y más niños, niñas y jóvenes⁶. Es un día soleado de septiembre y las nubes se mueven lentas por el cielo. Cuando llega la hora, el ingreso avanza por orden de llegada. Los guías culturales⁷ de la Fiesta reciben a los estudiantes y los conducen hacia adentro. Cuando es el turno de la I. E. Ciudadela Nuevo Occidente, los dieciséis grupos entran uno por uno. Stephanía se queda con el último, un quinto grado. Quien los recibe es un guía que se presenta como Sergio, un muchacho moreno que viste una camiseta

con el sello de los Eventos del Libro. Les dice: «Bienvenidos a la Fiesta del Libro y la Cultura», con voz enérgica, y reiterando el mensaje en lengua de señas⁸ para enseñar los gestos, para enseñar que la bienvenida se da siempre de muchas formas. Cruzan la rotonda de paredes amarillas, que es la antesala al verde vivo del Jardín, y los recibe una gran ceiba. Los ojos de los estudiantes siguen el tronco de treinta y dos metros hasta la altura de las ramas. Sergio los invita a detenerse ahí. Les cuenta que este árbol tiene más de seiscientos años y por eso lo conocen como el Árbol Abuelo, que le pueden pedir un deseo o contarle un secreto, abrazarlo si quieren, si lo necesitan. Y que se fijen bien en las ramas que se extienden por el cielo, porque en esa misma posición están las raíces bajo la tierra.

—Y como les parece que el Árbol Abuelo es sordo, entonces les voy a enseñar a saludarlo... Buenos días, Árbol Abuelo —dice en lengua de señas mientras los niños y niñas imitan sus movimientos—. Le vamos a pedir permiso para poder entrar y le vamos a dar las gracias así.

Sergio se lleva la mano al mentón y la extiende hacia adelante. De esta manera el pacto secreto de cuidado con el Jardín queda sellado. Luego caminan por la circunvalar hacia la carpa de Jardín Lectura Viva que les corresponde. Stephanía le dice a su compañero profesor que dará una vuelta para mirar cómo van los otros grupos. Se devuelve por la circunvalar echando un vistazo en cada carpa donde ve a sus estudiantes escuchando lecturas en voz alta, escribiendo, dibujando, jugando con cartas, dados de historias, recortes de papel, máscaras. Sigue su camino hasta un punto de información y pregunta si pueden entregarle 310 cuenticos ama-



8 La Fiesta ha implementado estrategias para reducir las barreras físicas, comunicativas y culturales. Estas acciones incluyen adecuaciones en los espacios, piezas de comunicación dirigidas a la comunidad sorda, servicios de interpretación en Lengua de Señas Colombiana (LSC), acompañamiento de modelos lingüísticos sordos, materiales impresos en braille y herramientas de orientación para personas ciegas. En alianza con organizaciones como ASANSO, la Corporación La Rueda Flotante y la Fundación Saldarriaga Concha, la Fiesta ha fortalecido año tras año una visión de inclusión y accesibilidad. Solo en 2025 se realizaron 83 actividades con interpretación en LSC y se implementaron recursos como mapas sonoros y materiales accesibles para ampliar la participación de públicos diversos.



9 La Fiesta cuenta con dos proyectos editoriales. El primero es el Cuentico Amarillo, una publicación gratuita que desde 2007 invita a escritores e ilustradores locales a reinterpretar personajes, autores y obras fundamentales de la literatura universal para lectores de todas las edades. A la fecha se han publicado 19 ediciones y distribuido más de 500.000 ejemplares. El segundo es la Biblioteca de la Fiesta, una colección de clásicos literarios que desde 2019 publica una nueva obra cada año en alianza con editoriales independientes de Medellín, entregando gratuitamente 5.000 ejemplares por edición. Su catálogo incluye *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi (2019); *Los cuentos como son*, de Rudyard Kipling (2020); *Y te he llevado como el viento*, una antología de poemas, rondas y cuentos de Gabriela Mistral (2021); *Heidi*, de Johanna Spyri (2022); *Una habitación propia*, de Virginia Woolf (2023); una selección de *Las mil y una noches* (2024); *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry (2025). Para los 20 años publicamos una traducción del libro *Chunhyangjeon*, una obra clásica y tradicional de la narrativa de Corea del Sur, nuestro Invitado de Honor este 2026. Ambas iniciativas han permitido que miles de lectores construyan sus propias bibliotecas a partir de los libros de la Fiesta. Todos los títulos también están disponibles en formato digital. Escanea el código QR para leerlos.

rillos⁹, y explica que sí, que es en serio, que ella trajo a todos esos estudiantes. El logístico cuenta los paquetes que vienen por veinte cuenticos y se los entrega.

Cuando terminan los talleres, los chicos y chicas de la I. E. Ciudadela Nuevo Occidente se reúnen al frente de la tarima Sura para recibir nuevas indicaciones antes de que cada quien emprenda su rumbo por otros espacios de la Fiesta. Stephanía reparte paquetes de cuenticos a cada profesor y los estudiantes, sobre todo los de primaria, se abalanzan sobre ellos y estiran sus manos para recibirlo, hojearlo, y decir maravillados: «¡Profe, profe, es la rosa del Principito!». Algunos se sientan en el pasto y empiezan a leer. Otros salen disparados. Los profes van a paso rápido detrás gritando que los esperen.

—¡Disfruten, recuerden que estamos de Fiesta! —alcanza a decirles Stephanía antes de que se dispersen por el Jardín.



EPM

Gran aliado

En la carpa de EPM en Jardín Lectura Viva, muy cerca al lago del Jardín, decenas de niños y niñas arman un corrillo. En medio del tumulto hay cuatro personajes vestidos como superhéroes. Una levanta el brazo como si estuviera a punto de salir volando. Lleva una capa azul brillante y un símbolo de gota en el pecho. Es Purita, la guardiana del agua. A su lado están Félix, guardián de la energía; Ignis, guardiana del gas natural; y Jirol, capitán de la legión. Sus trajes son naranja, morado y verde, respectivamente. Los cuatro les hablan a los niños sobre el cuidado del medio ambiente. Purita les enseña a cerrar la llave antes de que el agua se desperdicie. Félix les recuerda lo bella que es la luz cuando aparece, pero también la importancia de saber cuándo hay que mantenerla apagada. Ignis explica que el gas natural es un regalo que viene de la tierra. Jirol les dice que no hacen falta poderes extraordinarios para salvar el planeta.



10 La presencia de EPM en la Fiesta del Libro y la Cultura refleja una convicción compartida: la construcción de ciudad también pasa por el conocimiento, la educación y la conversación. En su carpa de Jardín Lectura Viva desarrolla cerca de 70 actividades por edición dirigidas a públicos de todas las edades. Su participación se extiende además a la programación artística de la Fiesta, con propuestas como la Orquesta EPM y *Me llamo tierra*; así como al Auditorio EPM en Carabobo, un espacio para el diálogo alrededor de la literatura, la memoria y la sostenibilidad. A través de estas iniciativas, EPM ha contribuido a ampliar las conversaciones de la Fiesta y a fortalecer los vínculos entre cultura, territorio y ciudadanía.

Los Guardianes Cuidamundos existen desde hace más de veinticinco años y viajan por toda Antioquia haciendo actividades de educación ambiental con niños y familias. Durante la Fiesta aparecen como parte del universo que EPM construye en su carpa cada septiembre¹⁰. Los cuidamundos no hablan de salvar planetas lejanos. Hablan de cerrar la llave mientras alguien se enjabona las manos, de apagar la luz antes de salir de un cuarto, de separar los residuos, de entender que los recursos pueden agotarse y que la vida diaria está hecha de decisiones invisibles, pero vitales. Por eso la literatura ocupa un lugar tan importante dentro de la carpa: son las historias las que permiten que esa información y esos conceptos adquieran cuerpo y respiración. No es lo mismo hablar del agua como un «recurso» o de una planta como un «ser vivo», que recordar cómo el Principito cuidaba a su rosa: la regaba, la protegía del viento, la cubría con una campana de vidrio. La rosa se vuelve única no porque no exista otra igual, sino por el tiempo que alguien le dedica.

En la programación que EPM propone se mezclan historias, teatro, música y juego. Hay lecturas en las que los niños deben aullar para ayudar a un lobo con un pelo atravesado en la lengua, entonces la carpa entera se llena de lobos pequeños. Algunas historias incluso se cuentan a oscuras. En el teatro de sombras, los promotores hacen sonar hojas secas, imitan bullicios o giran antiguas ruedas de teléfono para construir los efectos sonoros. La lectura se vuelve una experiencia del cuerpo. También hay talleres en los que se construyen planetas imaginarios y duchas pedagógicas en las que dos actores demuestran cuánta agua puede desperdiciarse en pocos minutos. Los niños se ríen

viendo la *performance*, pero entienden rápidamente el mensaje. Al final, muchos salen con pequeños relojes de arena para medir el tiempo de sus duchas en casa.

Para que todo eso ocurra, desde la Biblioteca EPM un equipo de personas pasa meses planeando talleres, lecturas, escenografías y actividades para los diez días de Fiesta. Están quienes trabajan los contenidos literarios, quienes piensan cómo relacionarlos con el cuidado de los servicios públicos y del medio ambiente, mientras otros imaginan maneras de convertir todo eso en experiencias vivas para niños y familias. Se hacen capacitaciones de promoción de lectura, se prueban dinámicas, se revisan cuidadosamente los libros y se buscan historias que permitan jugar, cantar, dramatizar o hacer preguntas. Cada taller debe incluir literatura, lectura en voz alta y alguna relación con el tema de la Fiesta.

Cuando terminan las canciones, los consejos y los juegos sobre el cuidado del planeta, Purita, Félix, Ignis y Jirol les dicen a los niños que ya están listos para hacer parte de la legión de los Guardianes Cuidamundos, pero que antes deben practicar sus poses de superhéroes. Los niños estiran las manos hacia el cielo, doblan las rodillas, se inclinan hacia adelante, improvisan maromas imposibles. Capas invisibles son agitadas por el viento. Algunos se ríen de sus propios movimientos. Otros adoptan el gesto con absoluta seriedad.



—Lo único que queda faltando es aprenderse el pacto cuidamundos. Levantemos todos la mano —dice Jirol. Los niños repiten cada frase después de él.

—Yo me comprometo... A la naturaleza cuidar... A los recursos naturales no malgastar... Desde hoy y para siempre seré un cuidamundos... ¡Porque la misión nunca termina!

Después los héroes entregan estrellas adhesivas que dicen: «Soy un Guardián Cuidamundos». Los niños se las pegan orgullosos sobre la camiseta.

Antes de despedirse, los cuidamundos les preguntan qué aprendieron durante la actividad. Los niños responden varias cosas al mismo tiempo. Cerrar la llave. Botar las basuras en los contenedores adecuados. Apagar las luces. Uno de ellos levanta la mano y dice: «Cuidar el mundo para que podamos seguir imaginando».



La montaña crece en altura y el camino se hace largo porque avanzan despacio, a veinte kilómetros por hora, sorteando buses que bajan a toda velocidad por las estrechas y empinadas calles de la comuna 1. La escritora mexicana Mariana Oliver mira la hora en su celular. Faltan tres minutos para las diez de la mañana y ni asomo de la Institución Educativa Fe y Alegría Granizal. Le pregunta al conductor si están perdidos. El hombre, que la nota angustiada, le dice mirándola por el retrovisor que no se preocupe. Entonces le grita a un muchacho que pasa caminando cerca de la camioneta blanca en la que van si sabe dónde queda el colegio. Reciben unas indicaciones que Mariana no alcanza a entender y siguen el camino. No es la primera vez que viene a Medellín y, sin embargo, sigue asombrándose de estos barrios levantados sobre lomas y del color ladrillo de las casas que se traga el resto de los colores. Las motos pasan veloces a ambos lados del carro y, aunque viene de una muy caótica Ciudad de México¹¹, Mariana piensa que nunca podría manejar aquí.



11 Durante dos décadas, la Fiesta del Libro ha recibido invitados de al menos 41 países y territorios, entre ellos Alemania, Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Corea del Sur, Costa Rica, Cuba, Dinamarca, Ecuador, Egipto, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, Guatemala, Guinea Ecuatorial, Honduras, Irlanda, Israel, Japón, México, Nicaragua, Nigeria, Países Bajos, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Reino Unido, República Dominicana, Rumania, Suiza, Uruguay, Venezuela y Vietnam, entre otros. Esta vocación internacional se fortaleció en 2014 con la creación de la figura del Invitado de Honor, una apuesta que ha acercado a Medellín la literatura, las artes y los procesos culturales de distintos lugares del mundo. Desde entonces, han sido invitados de Honor Tijuana (México), Portugal, Brasil, Chile, Francia, Jalisco (México) y Corea del Sur, cuyas delegaciones han enriquecido la programación y ampliado el diálogo entre Medellín y otras culturas.



12 Adopta a un Autor es una estrategia de formación de lectores que, desde hace más de una década, crea vínculos entre lectores y creadores. Durante varias semanas, estudiantes, docentes, mediadores y otros colectivos se sumergen en la obra de escritores, ilustradores, músicos y artistas, descubren sus procesos creativos y preparan un encuentro que convierte la lectura en una conversación viva. Este proyecto se ha consolidado como una apuesta por descentralizar la experiencia de la Fiesta. Al cierre de 2025, la estrategia había realizado 1.032 adopciones, vinculando a 670 autores y autoras y llegando a 714 instituciones educativas, bibliotecas y organizaciones de la ciudad.

Pasados unos minutos llegan a las afueras del colegio, una construcción pequeña de tres bloques con una entrada principal en donde Andrea, una de las docentes, la espera ansiosa. Apenas ve a Mariana, se le escapa una gran sonrisa y sale a su encuentro. «Bienvenida a nuestra institución educativa, estamos muy felices de tenerla acá, no se imagina cómo la han esperado los niños y las niñas», le dice. Andrea es menudita, morena y habla rápido. Mariana está apabullada y los nervios, o la expectativa, o la curiosidad, se le aprietan más en el estómago. Cuando le llegó la invitación para participar en la Fiesta del Libro le propusieron, además de las conversaciones habituales en los auditorios del Jardín Botánico y el Parque Explora, hacer parte del programa Adopta a un Autor¹². Le pareció bello ese nombre y pensó que, de todas maneras, Medellín la había adoptado a ella y a su libro, *Aves migratorias*, cuando llegó por primera vez a la ciudad en 2019.



A comienzos de ese año, buscando en Twitter una publicación en la que la habían etiquetado, se encontró con otra que decía: «¿Alguien en México que pueda conseguirme el libro *Aves migratorias* de Mariana Oliver y enviármelo a Colombia?». Ya habían pasado dos meses desde el post. Sin embargo, siguió la cuenta, le escribió a la usuaria de nombre Yesica Prado e intercambió un par de mensajes con ella. Dio la casualidad de que en ese momento la mujer estaba de viaje en Ciudad de México y, aunque había buscado el libro por sus propios medios, no dio con él. Mariana le explicó que había tenido un tiraje de 1500 ejemplares y más bien poca distribución. Quedaron entonces en encontrarse en un café en el centro. Allí, Yesica le contó que había escuchado en un pódcast el primer ensayo de *Aves migratorias*, ese sobre un canadiense que al no poder ser piloto por su daltonismo, construyó sus propios aviones ultraligeros para volar como los pájaros. Le contó que ella hacía parte de los Eventos del Libro de Medellín, que quería tener su contacto por si se daba el caso de una futura invitación y que, de ser así, buscaría una editorial que la publicara en la ciudad para que los lectores pudieran acercarse a su obra antes de esa posible visita.

A Mariana le pareció inverosímil y le regaló el libro sin querer hacerse ilusiones, pero semanas después todo empezó a marchar: el mensaje de Yesica contándole la buena noticia de que una editorial independiente llamada Tragaluz publicaría su libro; las llamadas por Zoom con las editoras Pilar Gutiérrez y Daniela Gómez; las sugerencias en el cambio del orden del índice; la propuesta de ilustrarlo que a Mariana tanto la intrigó; y, por último, la invitación

oficial de la Fiesta en la que le contaban que el evento se hacía en el Jardín Botánico. Tal vez eso fue lo que más la sorprendió. Se le vino a la mente la imagen de un estand de libros en medio de un bosque abstracto, porque solo conocía ferias del libro en lugares encerrados en los que la gente no hacía más que quejarse porque no se daban cuenta del sol ni de la lluvia, del día que seguía existiendo afuera.

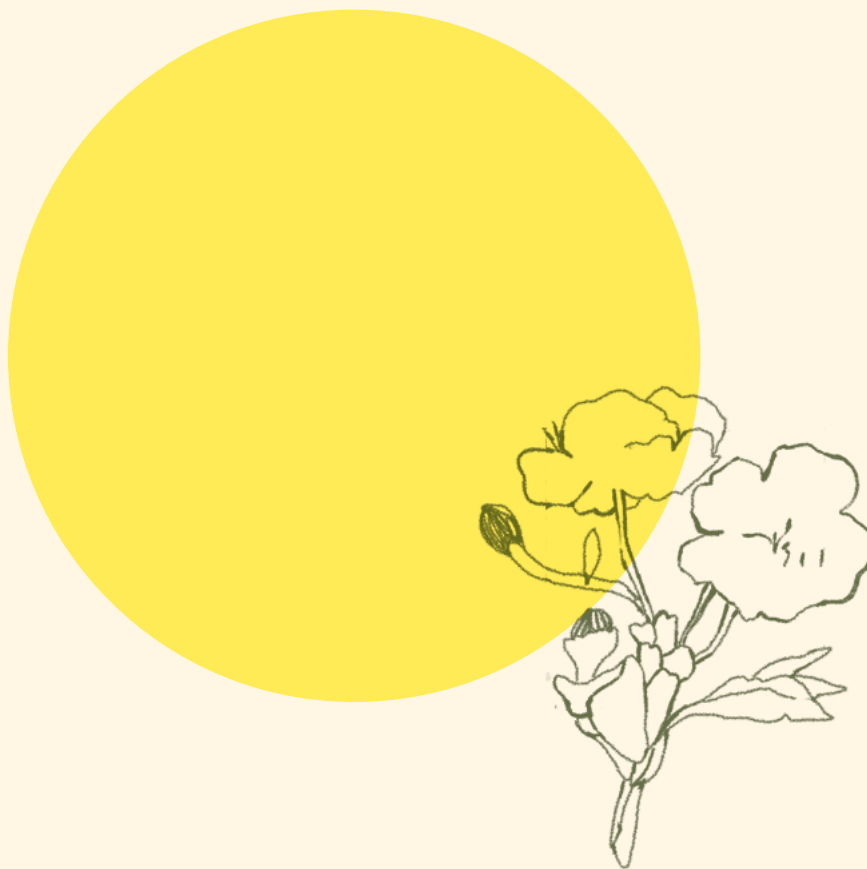
Se hizo a la idea de que todo era real, aún con los meses y las reuniones constantes con la editorial, cuando desde Tragaluz le enviaron un video abriendo las cajas de los libros y pensó: «Qué bonito está», pero no fue hasta que llegó a Medellín días después que pudo contemplarlo, tomarlo con sus manos, pasar las yemas de los dedos por la portada suave y beige como el pecho de un ganso, y ver las ilustraciones de Samuel Castaño que acompañaban bellamente los ensayos, con esos trazos en apariencia sencillos que expresan con hondura cómo lo frágil se sostiene: palitos que en una página estaban desperdigados, a la siguiente hacían una figura imposible, y en la siguiente volvían a romperse para luego levantarse de nuevo convertidos en algo más. Mariana cumplió años el 12 de septiembre de 2019 en plena Fiesta del Libro, y no pudo pensar en un mejor regalo que ese. Ese y estar en un lugar en el que podía ver miles de libros al tiempo que escuchaba familias de guacamayas graznando en las copas de los árboles. Desde entonces, ha regresado casi cada año a la ciudad para dar talleres de escritura, asesorar proyectos creativos o asistir como invitada a otros espacios culturales. Piensa que gracias a ese ir y venir, a ese vínculo sostenido con Medellín, su mundo no ha hecho más que ensancharse.

El encuentro al que está a punto de entrar, siguiendo de cerca los pasos apresurados de la profesora Andrea por el retraso en la hora de inicio, es uno de los que más le hacen ilusión en esta visita. Se siente parte de una Fiesta que existe más allá de los límites del Jardín Botánico. Entran en el segundo bloque del colegio, bajan unas escaleras hacia un sótano que hace de restaurante escolar, y entonces aparecen decenas de niños y niñas que le gritan: «¡Bienvenida!», y aplauden, sonríen y cuchichean entre ellos: «Esa es, esa es, ya llegó».

El salón tiene una especie de tarima sobre la que está una mesa tendida con un mantel vino tinto. Sobre ella hay tres pequeños caballetes. En uno está *Aves migratorias*. En los otros hay dos pinturas, ambas hechas por estudiantes de grado once: una grulla sobre una montaña y un cielo azul, y un retrato suyo en el que está sonriente, con el cabello negro suelto y una blusa azul. Jamás pensó que alguien la dibujaría tras leer su libro. Pegado a la pared, un gran cartel dice: «Bienvenida, Mariana Oliver». Ella está alegre, pero no puede evitar sentirse intimidada ante tanta atención. Le piden que tome asiento. Una niña inicia el evento presentándola y agradeciéndole, diciendo que están muy felices de por fin conocerla y que espera que disfrute de este momento en el colegio y de todo lo que le han preparado especialmente. La niña da entrada a otras estudiantes que interpretan una obra de teatro sobre la Patasola para enseñarle a Mariana esas formas del relato y el mito en Antioquia. Después se abre el espacio de conversación. Los niños levantan emocionados sus manos para pedir la palabra y las preguntas que le hacen a Mariana van desde: «¿Has viajado a todos esos lugares que mencionas en tu libro, Canadá, Alemania, Turquía...?», «¿Cómo haces para escribir?», hasta ese asunto que les despierta el mayor interés y es el hecho de que ella no sea de aquí: «¿Cómo celebran el Día de los Muertos?», «¿Sí crees que los muertos regresan al mundo de los vivos?». Mariana responde, escucha atenta sus comentarios, y lo que más la conmueve no es que la hayan leído, sino el cómo. *Aves migratorias* había sido convertida por las profesoras en fragmentos leídos en voz alta, mapas trazados en los cuadernos, travesías imaginadas por otros lugares y países. Mariana quiere pensar que, si Medellín le amplió el mundo, su libro tal vez hizo lo mismo con el de los niños. Agradece en silencio esa especie de correspondencia. La conversación termina y los estudiantes se arremolinan junto a la mesa para pedirle una firma. Una niña sonriente, a la que apenas le están creciendo los colmillos, le extiende un cuaderno. Mariana lo recibe y deja escrito su nombre en la hoja cuadriculada.

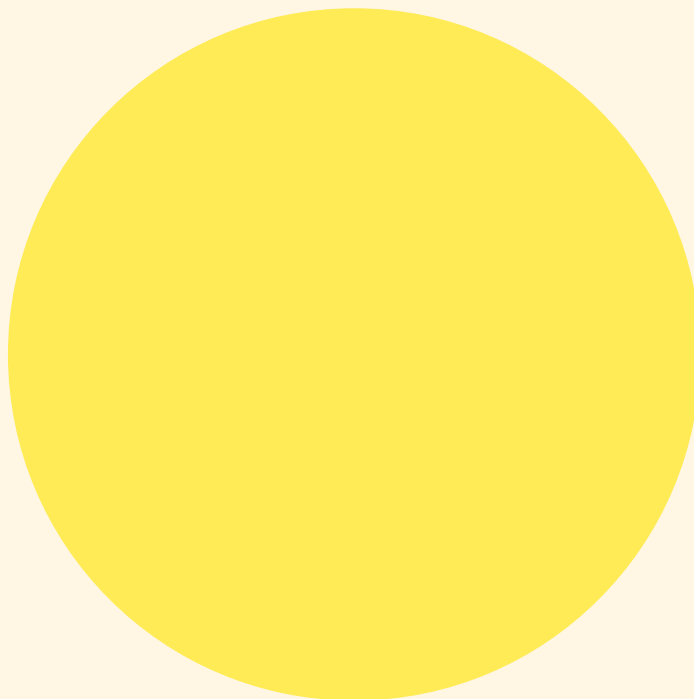
OSWALDO

Oswaldo camina sin prisa en su primera ronda por el Jardín Botánico. Sabe que por estos días su trabajo consiste menos en trasplantar o reproducir plantas, que en estar atento a que ninguna estampida de niños pase corriendo por los jardines cercados. Por el acceso interno de la rotonda entran estudiantes y profesores, familias enteras, grupos de amigos, y como siempre que pasa por aquí, su mirada se dirige hacia la primera palma que sembró cuando empezó a trabajar como jardinero en 2010: esa de tronco delgado y gris, con hojas largas y arqueadas, que pertenece a la familia de las arecáceas, aunque en ese entonces para él era solo una palma que le traía a la imaginación un mar que no había conocido. También un árbol era solo un árbol: tronco, ramas, hojas que les hacían sombra a las vacas, y frutos, como las guayabas, que ellas masticaban con sus grandes hocicos. Fue trabajando en el Jardín que aprendió que las plantas servían para algo más que para el provecho de los animales y que cada una tenía sus cuidados, caprichos, nombres y apellidos. Así, supo que la palma que había sembrado era de Manila, pero también aprendió que existían la sabal, la areca, la abanico. La práctica sostenida en el tiempo agudizó su capacidad para distinguir los cambios de color de las hojas, sus manchas y perforaciones; la firmeza o las grietas de los troncos, la humedad del suelo. Esas señales precisas que las plantas le comunicaban. Mientras más las entendía, con mayor devoción se inclinaba ante ellas para removerles la tierra, podarlas o revisar sus tallos.



Antes de empezar a trabajar en el Jardín, Oswaldo tampoco conocía la Fiesta del Libro. En sus primeros años debió entender cómo un lugar dedicado a la preservación recibía un evento de esta magnitud. En estos días se hace más complejo el cuidado de las colecciones vivas, que no solo incluyen más de 1500 especies de plantas, sino también familias de tortugas, patos, peces e iguanas. Oswaldo no se cansa de decir que, más que un jardín, esto es un museo vivo, en donde las obras de arte no están colgadas en una pared a una distancia prohibida, sino que están ahí, creciendo al alcance de la mano. Su tarea en Fiesta, junto con los demás jardineros, es la de estar alertas para evitar que alguien se trepe a un árbol o arroje migajas de comida al lago. No son las labores usuales de un jardinero, y requieren un esfuerzo diferente al de su labor el resto del año. Sin embargo, siente que con la Fiesta el Jardín se llena de una energía distinta. A Oswaldo le emociona ver la cantidad de niños que se asombran con las flores naranjas de un cámbulo o con el salto volador de una ardilla; las mantas extendidas en la hierba con la gente descansando, leyendo, o viendo maravillados las colecciones que él ha cuidado con sus manos. Oswaldo asume la Fiesta como una oportunidad para enseñarles a las personas no solo cómo no perturbar ese equilibrio, sino también cómo pueden y deben hacer parte de él, acompañando la vida con más vida.

Ese cuidado viene desde el momento de la planeación, cuando el equipo de producción de la Fiesta realiza, meses antes, las visitas para decidir la ubicación de cada espacio. El Jardín es un lugar que se transforma continuamente por la vida que en él habita, por eso no es el mismo de hace veinte, quince, diez, cinco o dos años. Sobre todo, se ha transformado con las siembras de árboles nativos que se han realizado para poblarlo. Un árbol que crece rápido puede ganar un metro en un año, sus ramas se alargan. Entonces la carpa que en la edición anterior de la Fiesta estuvo al lado de un árbol joven, ya no puede estar en el mismo sitio. Oswaldo conoce las más de trece hectáreas del Jardín al derecho y al revés, y es quien otorga el visto bueno en la planeación: «Eso sí lo pueden montar», «Esa carpa ahí no les cabe» o «Esa carpa sí les cabe, pero mejor no, porque queda muy pegada al arbusto y la gente necesita espacio a los lados para pasar».



Cuando llega el momento del montaje, también acompaña todo el proceso. En más de una ocasión les ha recordado a los logísticos que el pasto también es una colección, que procuren que no sufra. Que no claven estacas, sino que sostengan con pesos porque, así no las veamos manifiestas, debajo de la tierra hay raíces, insectos, hongos y lombrices, semillas esperando, materia orgánica transformándose. «Todo respirando, todo tan vivo como nosotros», dice. Oswaldo no es un devorador de libros, pero ha encontrado otra forma de lectura: la observación plena de esta vida que crece en el Jardín. Y otra más: la escucha. Las plantas le hablan. «Párele bolas», les dice a los jardineros que tiene a su cargo, porque él así lo siente. Plantas que le han dicho: «ayúdame», «me siento enferma», y él atiende. Siempre camina con el oído atento por si alguna lo llama. Las ceibas tienen una voz honda y antigua. La del carbonero estalla roja como su flor. El pasto susurra.

Después de darle vuelta a su palma de Manila, Oswaldo se mete por el camino de madera que atraviesa el Bosque Andino y siente en la piel la humedad de la sombra. A lado y lado, las bromelias y aráceas existen en lentitud. Más tarde, cuando pase cerca a los stands de libros, mirará si hay alguno que hable sobre orquídeas, sus flores favoritas y las que más consiente en el Jardín.

LA TARDE



SÍLABA

Lucía Donadío entra al Orquideorama¹³ por la entrada que da hacia Carabobo cargada con dos bolsas grandes de papel. La luz del sol, que a esa hora inicia su lento descenso hacia el occidente, se filtra entre los intersticios de los hexágonos del techo que vistos desde arriba semejan la trama de un panal, y desde abajo, un dosel arbóreo. Lucía avanza entre los estands¹⁴, saluda a un conocido que se cruza en su camino, esquivo a quienes se detienen frente a las mesas a hojear libros y rodea grupos de estudiantes. Atraviesa el Orquideorama de lado a lado hasta llegar a su estand, el de Sílabas Editores, cerca del Salón La Piloto¹⁵. Saluda a Regina, Manuela y Marta, las librerías que están atendiendo desde la mañana. Descarga las bolsas. De una saca un ramo de girasoles y con cuidado empieza a separarlos para acomodarlos en los floreros.



13 Pocos escenarios representan tanto a Medellín como el Orquideorama del Jardín Botánico. Reconocido internacionalmente como una de las obras más destacadas de la arquitectura pública contemporánea, este espacio diseñado por Plan B Arquitectos ha sido, desde 2007, el hogar de la Fiesta del Libro y la Cultura. Bajo sus cubiertas han transcurrido veinte años de conversaciones, lecturas y encuentros entre los libros, la naturaleza y la ciudad.



14 El Orquideorama es uno de los espacios donde se despliega la muestra comercial de la Fiesta, que se extiende también por otros sectores del evento como Carabobo, la circunvalar del Jardín Botánico, el Salón Restrepo y el Patio de las Azaleas. Cada año, esta muestra reúne librerías, editoriales independientes y emergentes, grandes grupos editoriales, distribuidoras, fondos universitarios, proyectos de cómic, ilustración y publicaciones independientes, convirtiendo a la Fiesta en una plataforma para la circulación del libro y el fortalecimiento del ecosistema editorial. En 2025 participaron 166 expositores del sector del libro.



15 Fundada en 1952 como un proyecto de la Unesco para promover la lectura en América Latina, la Biblioteca Pública Piloto es uno de los referentes culturales y de memoria más importantes de Colombia y la única de las tres bibliotecas piloto creadas por este organismo que continúa en funcionamiento. Aliada histórica de la Fiesta, la BPP encuentra en este salón un espacio para extender su misión: propiciar encuentros alrededor de la memoria, el patrimonio y la lectura.

Una niña con uniforme de colegio, de unos nueve años, se acerca a Regina, de cabello cano, ojos grisáceos, y le pregunta si tienen libros infantiles. La librería le muestra los ejemplares de la colección Silabitas. A la niña le llama la atención uno con un dibujo de un barco en el mar. Se titula *Llevo agua dentro de mí*. Más abajo lee: «Adivinanzas escritas por niños de la Institución Educativa Antonio Lizarazo. Selección, prólogo y notas: Horacio Benavides».

—¿Este libro lo escribieron unos niños?

—Sí, así como tú. Y también hicieron las ilustraciones —le responde Regina—. Escoge uno y léelo en voz alta. La niña abre el libro.

*Ojo de luna espero,
por las noches salgo,
por el día duermo,
y el día pasa y sigo durmiendo,
en la noche salgo y sigo contento.*

—Mmm... ¿Es el búho? —pregunta.

—¡Sí, muy bien! Al final del libro están todas las respuestas —le responde Regina—. Léete otro.

—Mmm... —la niña pasa las páginas hasta la mitad—. Es callado como el cielo. ¿Quién es?

—Con ese sí me corchašte. Mirá atrás.

—Dice que el sueño.

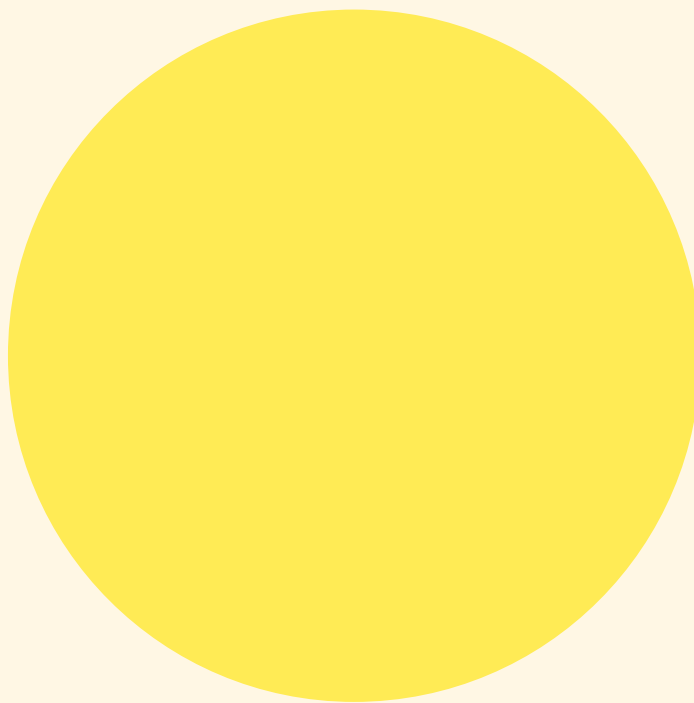
La niña sigue hojeando el libro, ahora en silencio, mientras Regina atiende a un hombre que pregunta por un libro del poeta Hugo Mujica. Vuelve a la página del poema que acaba de leer porque vio que abajo había un párrafo y ahora la asalta la curiosidad. Está pensando en qué tan ruidosos son sus sueños, y se sorprende al advertir que mientras sueña sí escucha, pero

no lo hace cuando recuerda. Lee: «Nota de Horacio Benavides: Para hacernos sentir pobres a los que escribimos poesía, el niño suelta esta comparación. Y caemos en la cuenta de que los sueños son silenciosos. Se me ocurre que puede venir de la comparación de Emily Dickinson: muerte, sueño sin orillas, que leímos con los niños. Tal vez en la cabeza del niño el verso de la poeta norteamericana dio un salto triple y cayó de pie convertido en otra cosa».

La niña no sabe quién es Emily Dickinson, pero ahora no solo piensa en que el sueño es callado, sino que tampoco tiene orillas, como tampoco las tiene la muerte. Revisa el bolsillo de su sudadera y saca un billete de dos mil pesos. Regina, que la ve de reojo, se le acerca con disimulo y le pregunta si algún libro le interesó. Ella dice sí, que ese, pero que no le alcanza el dinero. La librera le cuenta que en Sílabas tienen una canasta feliz que se renueva cada día, en la que los libros pueden quedar hasta en quince mil pesos. Le dice que hoy puede incluir tardíamente ese de Horacio Benavides y hacerle un descuento adicional, y que por qué no va y habla con sus amigas del colegio para reunir el dinero, comprarlo entre todas y empezar un club de lectura. A la niña le encanta la idea porque además son vecinas del barrio y pueden leerlo juntas en la casa de alguna. Promete volver pronto y sale corriendo.

Lucía sigue con la mirada a la niña hasta que desaparece por la esquina de un estand. Sonríe porque sabe que algo en ese libro le habló a la pequeña y se reconoce en ese gesto de conexión, el mismo que años atrás la llevó a crear Sílabas. En 2009, revisó y corrigió un libro que la enamoró, pero que no había conseguido aún editorial. En ese entonces pensó: «No lo voy a dejar solo, sin un sello que lo respalde». El libro era *Buenos Aires, portón de Medellín* de Orlando Ramírez, una extensa crónica urbana sobre la historia de ese barrio. Fue el primero del catálogo de Sílabas y también el primero que presentaron en la Fiesta. Ese día Lucía compró una cantidad absurda de girasoles, y viendo el escenario lleno de ellos, supo que el amarillo sería el color de su naciente editorial.

Desde ese año, Sílabas Editores participa en la Fiesta como editorial independiente¹⁶. Hoy su catálogo reúne más de cuatrocientos títulos entre poesía, cuento, novela, ensayo, periodismo, textos académicos y literatura infantil. En la mesa en forma de L del estand, sobre las portadas, coloridas y dispuestas en hileras, hay piedras por doquier. A primera vista no tienen nada de particular, pero no pasan desapercibidas: para tomar un libro hay que moverlas, o ellas mismas van rodando de un tí-



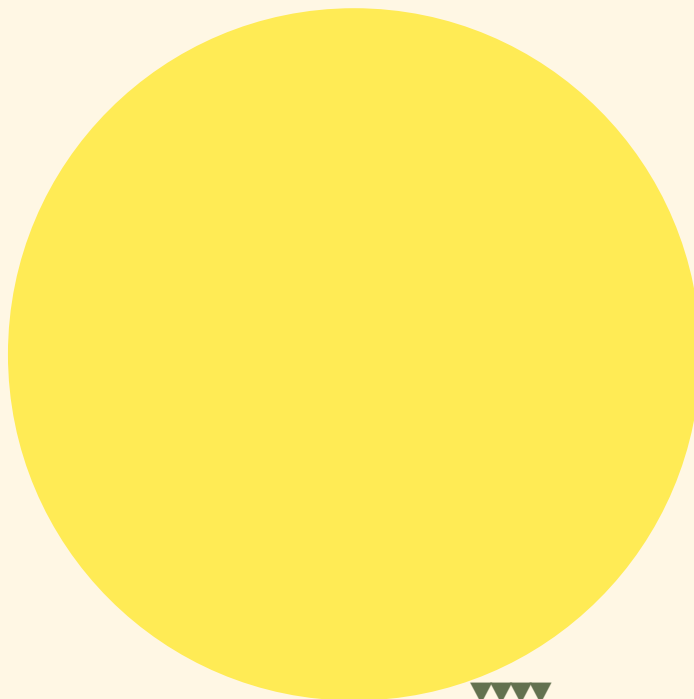
16 Las editoriales independientes han ocupado un lugar fundamental en la identidad de la Fiesta. Como reconocimiento a su aporte, se creó en 2016 el Salón de Editoriales Independientes, un espacio pionero en las ferias del libro colombianas. Esta apuesta se fortaleció en 2024 con la figura de la Editorial Independiente Invitada, que ha permitido acercar a los lectores al trabajo de sellos como Sexto Piso (México/España), Periférica (España) y Almadía (México), a través de muestras editoriales y programación académica especializada.

tulo a otro. Si alguien le preguntara a Lucía por qué están ahí, su respuesta iría en dos sentidos. El primero es práctico: ayudan a que las portadas, que por la humedad del Jardín tienden a curvarse, se mantengan en su lugar. El segundo tiene que ver con su gusto por esos pequeños minerales que colecciona desde niña. Las piedras le han hablado de la eternidad, de lo que persiste al margen del tiempo. Tal vez citaría a Ursula K. Le Guin cuando dice: «Hay algo en las piedras... son una entidad pequeña que tienes entre las manos, pesan, existen, tienen color, tienen dignidad, y vivirán mucho más que tú». Y eso quiere para los libros, que sobrevivan en el tiempo y en la memoria de los lectores.

Por la misma esquina por la que desapareció, Lucía ve regresar a la niña seguida de otras cuatro con el mismo uniforme. Antes de que Regina pueda preguntarles qué decidieron, la niña le extiende cinco billetes azules de dos mil pesos. Ella le entrega el libro y les dice que las espera en la próxima Fiesta para que le cuenten cómo les fue. Entre todas lo abren, las cabezas muy juntas para poder mirar. La niña les muestra la adivinanza de lo que es silencioso como el cielo, sin revelar la respuesta, y así se van, jugando a descifrar qué será. Si los árboles, la tierra, el agua cuando está quieta, o las piedras. Qué será.

MARTHA

Martha Henao termina de hacerle el nudo a la bolsa blanca colmada de empaques, tetrabriks y botellas de plástico. Con sus manos pecosas, pasa una esquina por debajo de la otra, repite el movimiento y, finalmente, tira de ambos lados. Luego hace lo mismo con la bolsa negra, de la que se desprende el olor húmedo y ácido de los restos de comida, y las deja al lado de dos grandes botes. Del bolsillo de su uniforme saca dos bolsas, la blanca y la negra, las desdobra y vuelve a vestir por dentro las canecas. Más tarde vendrá un empleado de Emvarias que recogerá las bolsas llenas y las llevará a los contenedores que están cerca del vivero. Ella solo debe estar pendiente de que siempre haya espacio para depositar las basuras, que no se rebosen. Es la cuarta vez en el día que hace el cambio en el punto de recolección de residuos cercano a la tarima Sura y al parque de los Carboneiros, donde están gran parte de los puestos de comida que se instalan para los días de Fiesta.

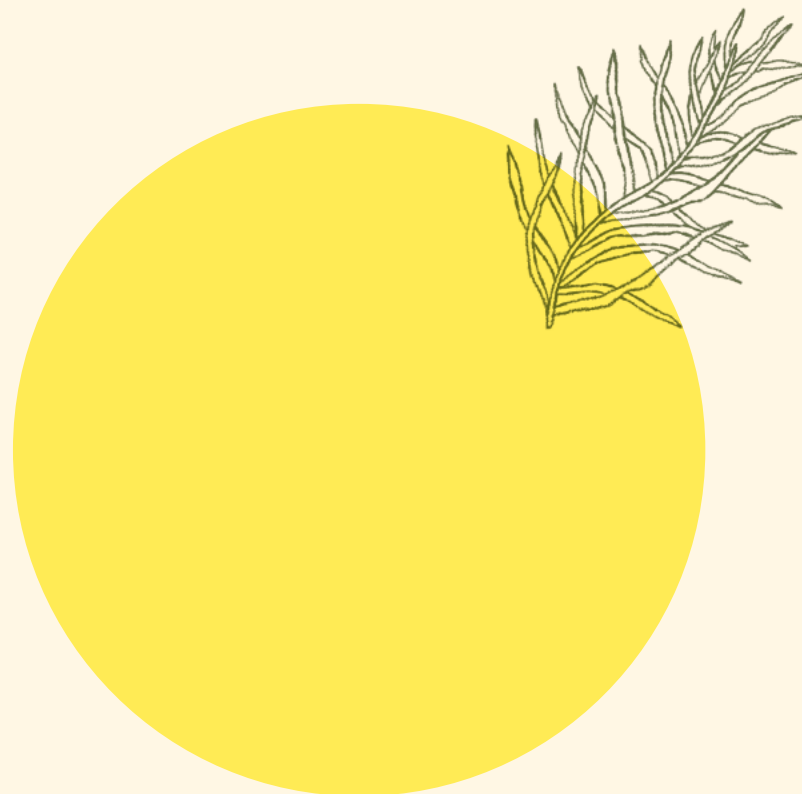


17 Las librerías del Centro Comercial del Libro y la Cultura suelen encontrarse cada año en la Circunvalar del Jardín Botánico, adonde trasladan temporalmente a la Fiesta una tradición librera ligada a la historia de Medellín. Ubicado en el pasaje La Bastilla, en el centro de la ciudad, este espacio reúne cerca de 60 librerías dedicadas a la circulación de libros nuevos, usados, antiguos y especializados. Más que un centro comercial, es un corredor cultural donde lectores, coleccionistas y libreros han mantenido durante décadas una conversación permanente alrededor de los libros.

Con un movimiento inconsciente se limpia las palmas de las manos en su uniforme, a la altura de la cadera, y camina hacia la zona verde cercana a la tarima, donde los logísticos, vestidos de negro, siguen resolviendo cuestiones técnicas para la jornada de programación artística. «Tan bueno, ¿qué irán a presentar hoy?», piensa Martha, quien lleva siete años trabajando con una empresa que presta servicios de limpieza en eventos de la ciudad. De todos, este es el que más le gusta, porque mientras se mueve por el Jardín haciendo la tarea que le corresponde, se entretiene viendo los pájaros volar, la naturaleza que le recuerda su infancia en San Carlos y los libros expuestos en los stands del Centro Comercial del Libro en la circunvalar¹⁷. Lo que más disfruta es pasar por las carpas de Jardín Lectura Viva —que muy en la mañana junto con otras dos compañeras, sacudió, barrió y trapeó— y ver a los niños y niñas atónitos frente a las historias que les cuentan, escuchar a los promotores de lectura que son capaces de recrear mundos enteros solo con su voz, porque cuando Martha va caminando desprevenida hacia otro punto de recolección y su oído atrapa en el aire una frase que dice: «La niña se sumió en un profuuuundo sueño... Al fondo seguía rugiendo el mar», efectivamente imagina a una niña dormida en la arena, ya de noche, con las olas casi rozándole el cuerpo, y entonces se pregunta de dónde saldrán esas imágenes que nunca ha visto, pero que están ahí, esperando a que una palabra las despierte.

Martha se detiene en otros botes de basura en la parte de arriba de la circunvalar y realiza la misma operación. Sacar, hacer un nudo, dejar a un lado, poner la bolsa limpia. Desde una carpa escucha que están hablando de plantas aromáticas. Se acerca para oír mejor. Ve que una chica les está repartiendo a niños y adultos manojos de romero, eucalipto, orégano, ruda y limoncillo, mientras les pregunta para qué creen que sirven esas hierbas. Las respuestas se superponen: que para desinflamar, para el dolor en las articulaciones, para aliviar la gripa, para combatir el malestar estomacal, para los cólicos. «¿Y ustedes por qué saben eso, quién les enseñó?», pregunta la tallerista, y casi todos contestan que por las abuelas. La chica explica que el conocimiento del uso medicinal de las plantas está anclado a la tradición oral. «Pasan de voz en voz, como las historias», dice, y les propone que se tomen un momento para olerlas, tocarlas y pensar si su aroma les trae algún recuerdo.

La tallerista se da cuenta de la presencia de Martha en el umbral de la carpa y la invita a entrar. Martha le explica que no puede, que está trabajando, pero que le encanta todo ese tema y que viviría feliz si pudiera tener un sembradito de cada cosa en su casa. Le hace un gesto de despedida a la chica y continúa hacia otro punto de recolección. Saca su celular para mirar la hora y revisa si tiene algún mensaje de su familia. Antes de trabajar aquí, no sabía que existía la Fiesta ni que llevaba tanto tiempo —desde 2007, le contaron—. Pero ahora, cada año les dice a sus hijos: «Ya se viene septiembre, recuerden separar un rato para llevar a los niños», es decir, a sus nietos. También le avisa a su hermana para que lleve a su mamá, que



está en silla de ruedas, porque Martha sabe que ella disfruta viendo la gente tan distinta que llega al Jardín, escuchando en la tarima conciertos de música que no conoce pero que solo por ser en vivo le gustan, y acompañando a sus bisnietos cuando juegan en la manga. A uno de ellos, Santiago, lo traen desde que era bebé. Cuando aprendió a hablar, el primer regalo de cumpleaños que le pidió a su abuela fue un libro, y cada año repite su deseo. Entonces Martha adoptó la costumbre de separar un rato el décimo y último día del evento, siempre domingo, para comprar el regalo anticipado de Santiago, que cumple en enero. El año pasado le consiguió un libro de cien cuentos que le recomendó un librero porque reunía las más famosas historias de la literatura infantil, escritas por un tal Hans Christian Andersen, un tal Charles Perrault y los hermanos Grimm. Esos últimos sí le sonaron bastante por los programas de dibujos animados que pasan por la televisión muy temprano el fin de semana. Cien le pareció un buen número para ese niño que devoraba libros. Santiago pronto lo terminó y ya estaba pidiendo más.

Martha lee en el chat de WhatsApp que su familia ya está en camino. Guarda el celular en el bolsillo mientras piensa en qué libro le comprará este año a Santiago y en que tiene que pasar ya mismo por un punto de información para reclamar un Cuentico Amarillo. Quiere entregárselo a su nieto apenas llegue. Ayer, en una llamada, él se lo recordó: «Mamita, no se le olvide que es para mi colección».

COMFENALCO ANTIOQUIA

Gran aliado

Al norte de la calle Carabobo hay una fila que nace desde la entrada del Bibliocirco, una gran carpa rectangular de costados azules y techo tricolor. Los estudiantes de los colegios entretienen la espera haciendo girar trompos o jugando con las manos. Algunos hacen el amague de salir corriendo y las profesoras los llaman de vuelta a la fila. Hay papás y mamás empujando coches de bebé, abuelas con sombrillas protegiendo a sus nietos del sol picante de la tarde. Niños y niñas chupan paletas de agua que les escurren por los dedos. Con los minutos, la fila se alarga.

Dentro de la carpa bulle el calor. El viento no logra atravesar la lona tensada, aunque sí la hace temblar ligeramente. Detrás de las cortinas del escenario, las actrices y los actores ajustan los últimos detalles del vestuario y preparan la voz para los diálogos y el canto. El interior del Bibliocirco se divide en tres partes: las graderías metálicas en un extremo, la tarima en el otro y, en el centro, un gran espacio vacío. Cuando el público no cabe en las graderías, se sienta en el suelo. Pero el resto del día, cuando no hay funciones, en el medio aparecen pequeñas estanterías con libros y cojines para sentarse a leer o para escuchar las lecturas en voz alta de los promotores de lectura de las bibliotecas de Comfenalco.



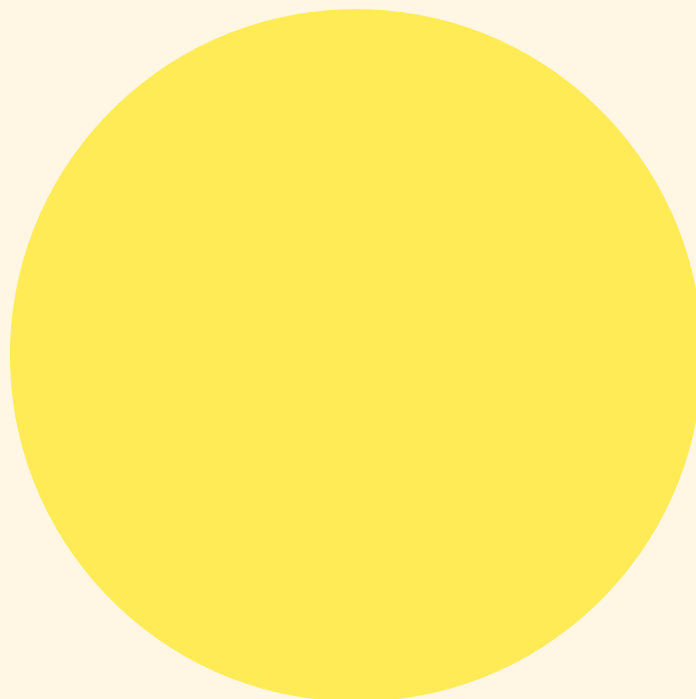
18 Muchas de las memorias afectivas que los visitantes guardan de la Fiesta del Libro y la Cultura tienen alguna huella de Comfenalco Antioquia. Durante más de dos décadas, este aliado ha contribuido a que la lectura sea una experiencia cercana, lúdica y compartida para miles de familias. Su proyecto más emblemático es el Bibliocirco, un espacio que cada año se inspira en la obra o el personaje invitado para acercar la literatura a través de lecturas en voz alta, talleres, conversaciones y funciones artísticas. Solo en 2025 recibió más de 27.000 visitantes, desarrolló más de 130 actividades y presentó 30 funciones artísticas durante los diez días del evento. Su presencia se extiende además a iniciativas como el patrocinio del Cuentico Amarillo, que cada año llega a cerca de 50.000 lectores; la carpa Al calor de las palabras en Jardín Lectura Viva, dedicada a las primeras experiencias lectoras de bebés, niños y familias; la Vitrina Cultural, que visibiliza el trabajo de artistas locales; y las exposiciones temáticas que rinden homenaje a la obra o al personaje invitado de cada edición. Gracias a esta alianza, generaciones enteras han encontrado en la Fiesta un lugar para descubrir historias, imaginar otros mundos y construir una relación duradera con los libros.

El Bibliocirco es uno de los espacios más emblemáticos de la Fiesta. Nació incluso antes que ella, hace más de treinta años, cuando todavía existía la Feria del Libro en el Palacio de Exposiciones. La pregunta entonces fue la de cómo convertir las bibliotecas —todavía vistas como espacios rígidos llenos de carteles de «por favor, hacer silencio»— en lugares a los que la gente quisiera entrar, regresar y volver. Porque faltaba algo. Faltaba movimiento, juego, magia. ¿Y cuál era ese lugar donde lo imposible parecía posible, como en los libros? ¡El circo! La idea sonaba improbable, pero justo ahí estaba el reto, en descubrir si la imaginación podía tender un puente entre esos dos mundos, y lo que encontraron fue que sí. Que a las personas les encantan las historias y que muchas veces lo único que necesitan es una experiencia que las acerque a ellas.

En las primeras ediciones de la Fiesta¹⁸, el piso de la carpa del Bibliocirco estaba cubierto de aserrín. Si llovía, el agua alcanzaba a filtrarse por la lona y la gente regresaba a la casa con los zapatos anaranjados. Las graderías eran de tablas y algunas carpas se alquilaban a circos de barrio. Pero eso nunca importó demasiado. Lo esencial era otra cosa: lograr que, por un instante, las personas sintieran que estaban entrando a un lugar inolvidable. Con los años llegaron mejores luces, equipos de sonido más complejos, artistas internacionales y escenografías más llamativas. También crecieron las filas. Los promotores de lectura todavía se sorprenden de eso. Se preguntan qué busca la gente cuando espera tanto tiempo para entrar a una carpa. Y han llegado a una respuesta sencilla: no vienen solamente por el espectáculo. Vienen por la posibilidad de habitar un lugar

distinto al mundo cotidiano. Personajes salidos de los cuentos, mimos, *clowns*, marionetas gigantes, títeres, sombras proyectadas sobre las telas. Bailarines, músicos, acróbatas. Cada año hay una propuesta distinta según el personaje de la literatura universal que haya sido invitado a la Fiesta. La lectura se expande en escena y se mezcla con el juego. Pero el Bibliocirco no busca solo entretener. Su apuesta es, sobre todo, que la gente ingrese a un espacio promoción de lectura casi sin darse cuenta. Dejarse maravillar por las luces, los personajes, la música y descubrir que, después del espectáculo, ya están más cerca de los libros.

Durante la 14.^a Fiesta del Libro y la Cultura en 2020 —la edición pandémica—, las conversaciones académicas, los lanzamientos de libros y las presentaciones artísticas migraron a YouTube. Donde antes se apretaban las filas y los corrillos de personas, ahora se veían equipos técnicos caminando con tapabocas entre los senderos, cargando cámaras, trípodes, cables y consolas de sonido para transmitir los eventos. Sin la posibilidad de abrir la carpa del Bibliocirco y recibir público, Comfenalco Antioquia se enfrentó al desafío de cómo llevar hacia una pantalla algo que dependía tanto de la presencia física. Cómo transmitir la magia del encuentro, de una voz leyendo, de las risas compartidas en la cercanía de los cuerpos. Entre las estrategias que idearon estuvo una exposición fotográfica virtual sobre la historia del Bibliocirco desde su creación en 1994. Mientras hacían la selección de fotografías se dieron cuenta de que lo más hermoso no eran las escenografías ni los artistas suspendidos en el aire. Eran los rostros del público, las sonrisas de los niños, sus ojos y bocas abiertos por la

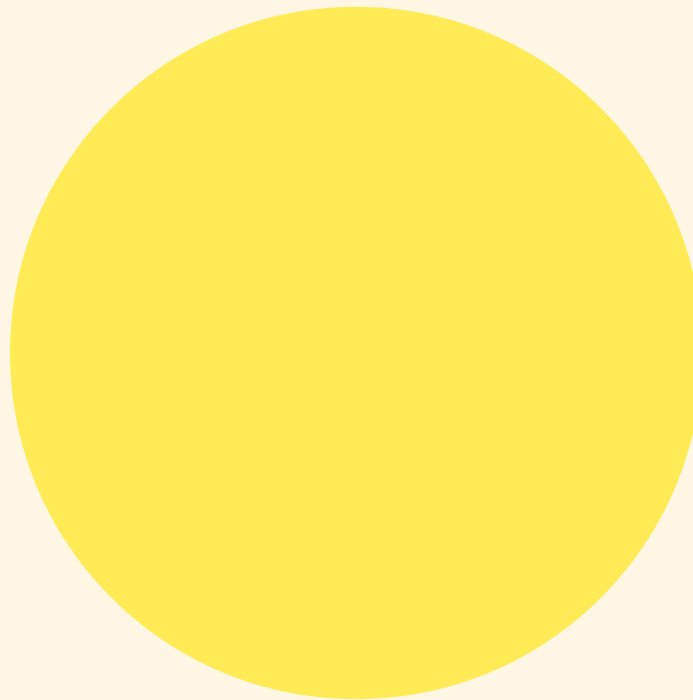


sorpresa. Y también los de los adultos, que no solo eran acompañantes o cuidadores. Por un instante ellos también regresaban a ese estado primero de la imaginación donde el mundo se muestra como es: enorme y misterioso. Quizá por eso tantas familias vuelven cada septiembre. Los promotores las reconocen. Ven crecer a los niños edición tras edición. Quienes antes llegaban de la mano de la mamá ahora aparecen con amigos y traen a otros por primera vez. Y afuera, como cada año y como en este momento, la fila vuelve a formarse. Marcan las tres de la tarde y un logístico abre la lona de la carpa. Las personas avanzan. Al cruzar el umbral dejarán de importar el calor y la espera porque del otro lado sobrevendrá intacto el asombro. Bastará una palabra para que el mundo vuelva a crearse.



MARÍA LUCÍA Y MARÍA FERNANDA

María Lucía Epinayu teje una mochila mientras lo demás pasa a su alrededor: la armonización espiritual del espacio con incienso y sangre de dragón, los saludos en lengua nativa de los mayores y los taitas, el círculo de la palabra sobre las prácticas de cuidado de los pueblos indígenas y las intervenciones culturales de cada cabildo. Está sentada en una silla frente al escenario de la tarima de Carabobo, vestida con un *wayuushein* de un azul profundo, concentrada en seguir el patrón de círculos y triángulos que se van revelando a medida que el tejido crece en espiral. Su mano izquierda sostiene la naciente mochila con el dedo corazón y el pulgar, mientras el índice enrolla el hilo y lo tensiona para que la aguja, guiada por la mano derecha, le dé vuelta y haga avanzar la trama de izquierda a derecha según el color. Nueve puntos blancos, uno café, nueve blancos. Tres puntos cafés, uno blanco, uno café, tres cafés. Uno café, tres blancos, uno café, tres blancos, uno café.



De vez en cuando levanta la mirada para descansar la vista, que se agota por la precisión que necesita. «Menos mal hay buena luz», piensa. Observa a las indígenas emberá que están danzando con sus trajes de colores. La gente sentada o de pie que graba con sus celulares. Al fondo, los que pasan y miran curiosos hacia el auditorio abierto, pero siguen su ruta hacia el Jardín Botánico. Al otro extremo de la tarima, otra mujer indígena también tiene sus manos ocupadas. Entreteje las hojas de la caña flecha en lo que va tomando forma de sombrero vueltiao propio de los zenúes. Ambas, María Lucía y ella, adelantan sus creaciones en pleno evento para mostrar cómo se elaboran las artesanías y del tiempo lento que requieren. María Lucía pasa su mano por la textura rugosa de los hilos apretados. Le gusta pensar en todo lo que puede evocar el cuerpo de las cosas. Recuerda que cuando era niña y vivía en Sincelejo con su abuela materna, recogía de un palo las guanábanas ya maduras. Recuerda la piel gruesa del fruto, de espinas curvadas, rozándole las manos con suave rudeza. Y mientras recuerda, retoma el tejido punto a punto.



Su mamá, María Fernanda Paternina, fue quien ideó el encuentro entre los cabildos indígenas de Medellín en la Fiesta¹⁹. Habló con los gobernadores de los pueblos Emberá, Zenú, Wayuu, Quillacingas Pašto, Kichwa, Chibcarikwak e Inga, para convencerlos de unirse a la propuesta. Por eso, cuando la danza de las emberá finaliza, ella está pendiente para darle paso a la siguiente presentación, el grupo Inti Killa del cabildo Inga. Tres músicos se montan en la tarima con el siku, la guitarra y el bombo. Empiezan a tocar y el sonido del viento en las cañas evoca de inmediato las montañas de los Andes. María Fernanda les toma una foto con su celular, en la que también queda enmarcada la whipala, las ofrendas que pusieron en el borde del escenario con maíz, panela, caña flecha pura y vasijas de barro, y María Lucía concentrada en su mochila. Ella fue quien le enseñó a tejer después de que le vino por primera vez la menstruación, como se acostumbra entre las mujeres wayuus. Sin embargo, María Fernanda también tuvo que aprender para poder heredar ese conocimiento. El papá de María Lucía es wayuu, mientras que ella es zenú. Se conocieron en Medellín cuando ambos tuvieron que emigrar de sus territorios. María Lucía creció entre ese cruce de cosmovisiones arraigadas al desierto de La Guajira y al río Sinú.

El trío continúa con su repertorio de música andina. Una mujer se acerca a María Lucía y le pregunta si puede tocar el tejido que está haciendo. La joven le extiende la mochila y sonríe tímida cuando elogian su trabajo. María Fernanda escucha el halago con el corazón expandido. Piensa que todo el esfuerzo para que su hija esté plena y feliz ha valido la pena. Desde pequeña, María Lucía recibe trata-



19 La diversidad que caracteriza la programación es el resultado de un trabajo permanente con entidades aliadas, bibliotecas, universidades, instituciones educativas, colectivos, organizaciones culturales y procesos comunitarios de la ciudad. Gracias a estas alianzas han sido posibles espacios como el Encuentro entre los cabildos indígenas de Medellín, Afrobooktuber, Afrococinas y el Encuentro de Saberes, iniciativas que amplían las voces, los saberes y las experiencias presentes en los eventos y promueven el diálogo entre distintas formas de leer, narrar y habitar el mundo.

miento por su hemofilia. A los cinco años fue diagnosticada dentro del espectro autista. Eso fue por la misma época en la que aprendió a leer y, desde entonces, los libros se volvieron su compañía cuando necesitaba escapar del ruido. La primera vez que María Fernanda la trajo a la Fiesta tenía diez años. Era 2018. Recuerda la imagen patente de su hija sentada frente a uno de los estands de venta de libros, devorándose una novela de doscientas páginas. Como no tenía el dinero suficiente, el librero le dijo que no se preocupara, que la niña podía hojearlo el tiempo que quisiera. Fueron tres horas en las que María Fernanda esperó paciente a que su hija terminara la lectura. Desde que habían entrado al Jardín Botánico, María Lucía irradió una alegría particular, mágica, y ella como madre entendió que su hija había encontrado un lugar en el mundo. Con los años, y con la intención de articularse a la Fiesta como indígena y, aún más, de abrirle un espacio a su hija y a otros jóvenes como ella, organizó a los cabildos para este encuentro: una forma de hacer visible que el territorio está donde uno esté, y de mantener viva la oralidad en la ciudad para que las palabras dichas no se las lleve el viento, sino que se muevan y multipliquen a través de él.

En el escenario, el músico del bombo empieza a marcar un pulso más rápido que las canciones anteriores. La guitarra y el siku se unen en una melodía que invita al baile. El público los sigue con las palmas, hasta que dos hombres y una mujer toman la iniciativa y se levantan de sus sillas. Con los brazos animan al resto del público y en cuestión de segundos son varios los que se suman a una danza circular, formada de improviso, junto con los indígenas de los diferentes cabildos, quienes acompañan el canto con gritos que simulan el sonido de animales y de otros instrumentos. María Fernanda graba el momento con su celular. El video le queda movido porque ella también está bailando. María Lucía ve que a su mochila le falta poco. La terminará mañana cuando regrese a la Fiesta. Deja el tejido sobre la silla y se une a la danza.

LAURA

El sol por fin deja de entrar de lleno en el Salón de Autopublicaciones²⁰, ubicado justo después de la entrada por Carabobo. Es normal que esté así, repleto, porque a cualquier hora las personas llegan a la Fiesta con el impulso de curiosear todo lo que se les cruce en el camino y esto es lo primero que se encuentran. Laura Guarisco, una de las expositoras que atiende el salón, no ha parado de trabajar desde que llegó a mediodía. Mira su reloj y calcula que faltan cuatro horas para las nueve de la noche, cuando finaliza su jornada. Una amiga le escribió más temprano para preguntarle si se veían en la noche. Laura le respondió que le encantaría, pero que prefería ir a casa a descansar porque se le vienen más días en el ajetreo de atender, recomendar, explicar una y otra vez —porque la gente aún no está muy familiarizada con el término— que una autopublicación es la manera que encuentran algunos autores de abrirse camino por fuera de la industria del libro; que un fanzine, hecho a mano y producido en tirajes pequeños, es uno de los formatos más usados. También debe hacer el trabajo de reorganizar la muestra exhibida en las repisas y en la mesa del centro, sobre todo cuando pasan los grupos de colegios, que en masa agarran las publicaciones que se abren como acordeones, o cuyas páginas se despliegan en varios sentidos, y Laura debe ayudarles a devolverlas a su estado inicial.

Agradece que mengua el calor de la tarde, se quita el sombrero de ala ancha y toma agua de un termo azul. Piensa lo distinto que es vivir la Fiesta estando todo el día en un estand, viendo



20 Los Salones Especiales son espacios que permiten profundizar en distintos ámbitos de la creación, la lectura y el ecosistema del libro. Entre ellos se encuentran el Salón del Libro Infantil y Juvenil, el Salón de Editoriales Independientes, el Salón Iberoamericano del Libro Universitario, el Salón de Cómic e Ilustración, el Salón de Nuevas Lecturas y el Salón de la Autopublicación. A ellos se suman iniciativas como el Encuentro Nacional de Librerías, la Rueda de Oportunidades y el Seminario de Formación para Editores, entre otros espacios que promueven el intercambio de saberes y fortalecen la cadena del libro.

el flujo constante de la gente, qué les llama la atención, por qué cosas preguntan. Las primeras veces que participó en el evento fue antes de la pandemia como moderadora en charlas con autores locales e internacionales invitados al Salón del Cómic y la Ilustración. Para ese entonces llevaba un par de años de haber migrado desde Venezuela. Después de no conseguir trabajo como arquitecta se entregó por completo al dibujo y empezó a asistir a La Chimenea, un laboratorio de historieta que le abrió el mundo de la ilustración en la ciudad. Así, conociendo colegas, compartiendo su trabajo en redes, dibujando a Medellín para conocerla —tan parecida a su querida Caracas, de montañas y edificios—, dibujando pequeñas escenas de su vida como migrante, dibujando hasta el cansancio, con una mancha de tinta permanente en el costado de la mano derecha, fue sintiéndose menos extranjera.

Aún queda un rezago de azul en el cielo, pero la secuencia de pequeños bombillos sobre Carabobo se enciende. A Laura le gusta cuando la noche cae sobre la Fiesta. Si no estuviera trabajando, seguro iría a dar una vuelta dentro del Jardín. Buscaría un lugar alejado de la multitud, cerca del lago quizás. Vería a una garza despertar de su letargo diurno y dejaría que la tranquilidad nocturna de los árboles le abrazara el cuerpo. Un conocido llega al estand y la saca de sus pensamientos. Tiene una gorra roja. La saluda y le pregunta por sus fanzines. Ella responde que tenía unos pocos ejemplares de *Papaya*, *Pachita*, *Cambur*, pero que ya se vendieron. Muchos han llegado a preguntar por otras publicaciones suyas después de haber leído *Nido*.

—Ah, pero ese lo consigues en Planeta, más adelante, por todo Carabobo —le dice, señalando con la mano.

—Ahora vuelvo para que me lo firme —se despide su amigo.

Todavía le cuesta creer la afortunada serie de acontecimientos que la llevaron a publicar su primera novela gráfica, que no hubiera sido posible sin los encuentros que le ha permitido la Fiesta. En 2019, Laura asistió con sus amigos de La Chimenea a una charla en el Salón del Cómic y la Ilustración sobre qué hace una agencia literaria que representa historietistas. Una de las invitadas era Alessandra Sternfeld, fundadora y directora de AM-Books.

—Dale tus historietas a esa chica y dile que estás haciendo una novela gráfica sobre Venezuela. Le interesan esos temas sociales, de coyuntura —le dijo un amigo a Laura.

—Yo siento que no le va a interesar, la verdad.

—Nada perdés, aprovechá, Guarisquín. Mirá que ya se va a ir.

Laura esperó a que Alessandra terminara de conversar con alguien, se le acercó, se presentó, le entregó algunas copias que traía consigo de sus publicaciones y le habló de la novela gráfica que estaba dibujando sobre la migración de venezolanos a Colombia. Alessandra le dijo que podían quedar en contacto. Laura digitó nerviosa el número de la mujer en su teléfono, le dictó el suyo y le dio las gracias antes de regresar donde su amigo que la esperaba de pie, sonriente.

—¿Sí ve que no fue tan horrible?

Siete meses después, en pleno encierro por la pandemia, Laura recibió un mensaje de Alessandra preguntándole si podía enviarle el guion de la novela para revisarlo. Quedó paralizada, no solo porque no esperaba ese mensaje, sino porque en realidad no tenía ningún adelanto. Sí había hecho viñetas sobre la migración para periódicos y revistas. Sí había sentido que dos o cuatro páginas no bastaban para recoger ese mundo de experiencias —propias, de amigos y amigas—, tan reales como increíbles, por las que pasa alguien cuando deja su país. Pero nada de un libro como tal. En ese momento trabajaba como diseñadora gráfica. «Voy a hacer este guion corriendo. Es una oportunidad única», se dijo. Y renunció.

En las noticias escuchaba constantemente la pregunta de cuándo retornarían los venezolanos a su país, y ella pensaba que muchos no estaban aquí de la manera transitoria que se pretendía anunciar, sino que llegaban a hacerse una casa, a construirse un nuevo nido. Recordó a su familia colombiana que años atrás había emigrado a Venezuela, y no por una temporada:



21 Cada año, cientos de autores y editoriales eligen la Fiesta del Libro y la Cultura para presentar sus novedades a los lectores. La franja de Lanzamientos de Libros privilegia la diversidad de catálogos, las editoriales independientes, las nuevas voces y los formatos emergentes. A lo largo de su historia, esta franja ha acogido más de 3.000 lanzamientos.

hicieron una vida allá. Decidió narrar la historia de un muchacho llamado Ángel que llegaba a Colombia a pie, como tantos otros, para quedarse. En mayo le mandó una primera versión a Alessandra. La agente envió la propuesta a varias editoriales, pero a nadie le interesó lo suficiente. No había otra cosa de la que se hablara que no fuera la pandemia y el encierro. «Ve pasándolo a limpio y cuando lo tengas más avanzado, lo volvemos a mostrar», le dijo Alessandra un día. Durante los siguientes meses no hizo más que trabajar en *Nido* y, aunque empezaron a enviarlo completo a mediados de 2021, aún no llegaba un contrato. Soltó la idea de una pronta publicación, volvió a la ilustración independiente y consiguió un trabajo remoto en las madrugadas. Ese mismo año quedó embarazada de Alejandro. Fue en 2022, poco después de dar a luz, que al fin firmó con Planeta. «Es más rápido tener un hijo que publicar un libro», pensó.

Nido salió publicado un año después. Cuando lo presentó en la Fiesta del Libro de 2023, sintió que estaba cumpliendo un sueño²¹. Recuerda el día azul y caluroso. Recuerda el Auditorio Aurita López rebasado, la gente parada porque todas las sillas se ocuparon; los rostros orgullosos de su familia y de sus amigos de La Chimenea; a Alejo mirándola desde abajo del escenario, sosteniéndose del borde con sus manos pequeñas, como si quisiera subirse, haciendo ruiditos de bebé mientras ella intentaba controlar los nervios y concentrarse para responder a las preguntas del moderador. Recuerda que cuando terminó la conversación, se quedó una hora más firmando libros, con Alejo sentado sobre la mesa mientras ella firmaba una y otra vez «Guarisquín».

El conocido de la gorra roja regresa al Salón de la Autopublicación con *Nido* entre las manos. Mientras Laura termina de atender a una chica, él le quita el plástico delgado a la portada roja y prepara un lapicero. Cuando ella se acerca, él le pregunta cómo le ha ido con el libro al tiempo que se lo extiende. Ella le responde que muy contenta, que justo los meses anteriores estuvo viajando por Bogotá, Manizales, Cali y Bucaramanga presentando el libro, que hasta lo presentó a un premio nuevo que había sacado el Ministerio de las Culturas. En la página en blanco, Laura dibuja una flor y su firma. Un mes después de la Fiesta le llegará la noticia: *Nido* ganó el primer Premio Nacional de Novela Gráfica del país.

LA NOCHE



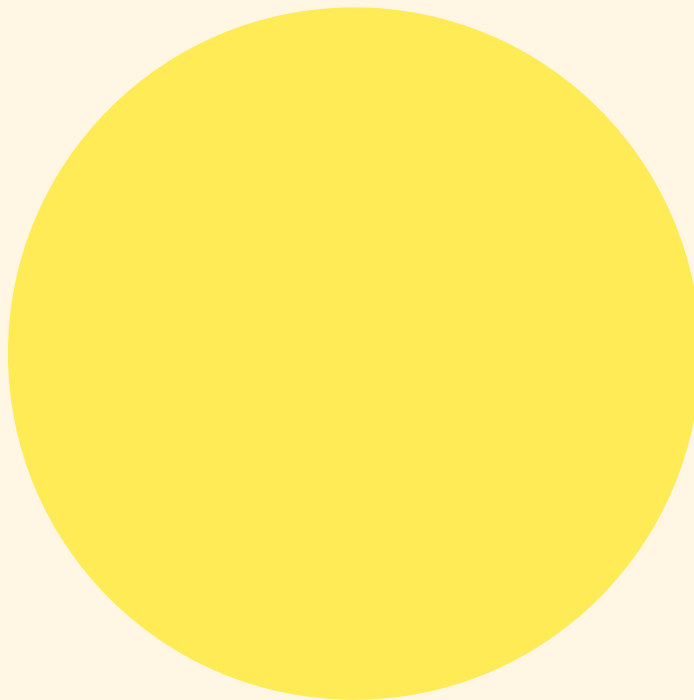
ANA MARÍA

Hacia el fondo del paisaje, encima de los árboles del Jardín, Ana María ve las luces en los barrios altos de la Nororiental encenderse y el cielo recién oscurecido fundiéndose con el borde de la montaña. Está sentada debajo del viaducto de la estación Universidad en un banco de plástico, al lado de su carrito ambulante. El metro pasa sobre su cabeza. Suenan las cornetas que tocan los otros vendedores ambulantes para atraer clientes, los bafles de otros a todo volumen, los carros, los pitos, la película que presentan al aire libre en el parque de los Deseos... Esa medio la escucha, aunque no alcanza a distinguir ningún diálogo. Si no estuviera trabajando, allá estaría. Cómo es de bueno ver cine así, en pantalla grande y gratis. Sigue con la mirada al gentío que llega a la Fiesta y que no ha parado en todo el día. En la mañana, esa cantidad de buses con los niños de los colegios. Por la tarde, mucho pelado joven, señores jubilados, familias enteras. Estos que entran ahora tienen pura cara de que acaban de salir de trabajar. Calcula que en más o menos una hora van a ser más los que empiecen a salir. Tiene que aprovechar para hacer las últimas ventas, porque las noches son más bien suaves. Cuando las personas tienen las manos ocupadas con las bolsas de papel en las que llevan los libros que compraron, se van derecho para la casa.



22

Cada edición de la Fiesta del Libro y la Cultura transforma temporalmente la dinámica económica de la ciudad. Mientras pequeños comerciantes, vendedores y emprendimientos locales encuentran nuevas oportunidades gracias al flujo de visitantes, sectores como la gastronomía, la hotelería, el transporte y los servicios culturales también se ven fortalecidos por la llegada de autores, editores y públicos provenientes de distintos lugares del país y del mundo. La expansión de la Fiesta desde el Jardín Botánico hacia espacios como la carrera Carabobo, el Parque Explora y el Planetario ha contribuido además a dinamizar el comercio formal e informal de toda la Zona Norte de Medellín.



Ana María hace parte de una asociación de venteros informales de Parques del Río Medellín y todos los días trabaja allá, pero hace la excepción cuando llegan los Eventos del Libro²². Está pendiente de las fechas desde principio de año para programarse. En 2022, fue la primera vez que llegó con su carrito a las afueras de la Feria Popular Días del Libro en la Biblioteca Pública Piloto y el barrio Carlos E. Restrepo. Allá conoció al que hizo *La vendedora de rosas*. El señor, muy amable, le compró unas micheladas para él y para todo el grupo de personas que lo acompañaban. Víctor Gaviria se llama, si mal no recuerda. Ella le pidió una foto y se empinó para no verse muy bajita. Por su estatura muchos le dicen la Chiqui. Víctor le hizo un recorrido por la biblioteca. También pasaron por los estands de la muestra comercial. Todo el mundo saludaba al director y él la presentó con varios libreros que la quedaron conociendo, y como saben que ella no falta a la Feria ni a la Fiesta, pasan a saludarla a su carrito durante los eventos.

Entre el tumulto de gente que se forma por la entrada de Carabobo, asoma uno de los libreros y camina hasta el carrito. Ella no le conoce el nombre, pero le dice Mono. «Quiubo, Mono, cómo va esa venta de libros». Y el Mono le responde que bien, pero que qué cansancio, que necesita su dosis de tinto y que vino por ella hasta aquí para caminar y despejarse un poquito. «¡Ja! Tinto en la noche, por Dios». La Chiqui sirve el agua humeante del termo en un vaso y le echa dos cucharadas grandes de café para que quede oscuro, como sabe que le gusta al Mono. Trabajando en estos eventos se ha dado cuenta de que la gente que lee toma mucho tinto. Cuando madruga a

las cinco de la mañana, lo primero que hace es hervir una ollada de agua para llenar los cuatro termos que tiene. Ha pasado que el agua se le acaba y le toca llamar a su pareja para que le haga el favor de recoger los termos en la moto, rellenarlos en la casa y volverlos a traer. Él, que trabaja haciendo obra blanca en construcciones, también le ayuda en las tardes cuando resulta mucho voleo, o simplemente la releva, porque a la Chiqui le gusta entrar a la Fiesta para escuchar historias en el Cuentódromo²³ o meterse a un taller de esos en los que la ponen a dibujar. Una vez, cuando regresó al carrito a las afueras de Carabobo, su esposo le vio la cara pintada con una mariposa y le preguntó en broma: «¿Usted está trabajando o está de paseo?». Y ella le respondió: «¡Pero no ves que estamos de Fiesta! Mejor dicho, yo me siento como yendo a unos quince».

La Chiqui le entrega el tinto al Mono, que inhala el vapor que se desprende del vasito. «Cómo harán estos para tomar tanto tinto, qué berracos». Recuerda la vez que un señor moreno, calvo y de barba canosa, vino a comprarle un tinto y un cigarrillo. Dos muchachas, que le habían acabado de pagar unas sodas micheladas, le pidieron una foto al recién llegado. Ella se le acercó, le preguntó quién era, de dónde venía, qué hacía. El moreno le respondió que se llamaba Gilmer Mesa, que era de allí, de Aranjuez, y que escribía novelas sobre cosas que le habían pasado a él o a otras personas; sobre los barrios, la calle, la violencia en la ciudad.

—¿Así como en *La vendedora de rosas*, usted la ha visto?

—Claro. Yo me muevo más o menos por esos mismos temas que toca Víctor en sus películas.



23 La oralidad ocupa un lugar fundamental dentro de los Eventos del Libro de Medellín, que la reconocen como una dimensión inseparable de la lectura y la escritura. De esta convicción nace el Cuentódromo, un escenario dedicado a la narración oral en todas sus formas: cuentos, relatos, cantos, memorias y expresiones escénicas que celebran el poder de la palabra compartida. En 2025, el Cuentódromo acogió 42 espectáculos de narración oral.

Ana María le pidió una foto y luego le mostró la que tenía con Víctor. Cuando el escritor se fue, ella buscó en el celular los títulos de sus novelas a ver si conseguía uno. Le gustan esas historias porque le recuerdan su vida. La Chiqui llegó a Medellín con quince años en los noventa desde un pueblo del suroeste buscando oportunidades, le tocó rebuscárselas trabajando en la calle, fue madre cabeza de familia, salía a vender confites en los semáforos con sus dos hijas porque no tenía quién se las cuidara después de que salían del colegio. Viendo películas y leyendo libros llega a sentir su dolor más liviano, como si al reconocerse en las penas, alegrías y pensamientos de los personajes, el peso de su pasado le diera una tregua.

Las hijas de Ana María ya son adultas. Verónica, la mayor, tiene una hija: su nieta Emily. En más de una ocasión la Chiqui le ha dicho a Verónica: «Yo no quiero que la niña tenga la crianza que ustedes dos tuvieron, tan difícil. Yo quiero que ella se enfoque en cosas más sanas, que lea, que juegue, que sea feliz». En 2023, cuando su nieta tenía cinco años, la Chiqui la trajo a conocer la Fiesta. Le dieron una vuelta al Jardín. La niña no dejaba de sonreír, se le marcaban los hoyuelos en las mejillas. «Mamita, qué es esto tan grande... Mamita, mira todos esos niños... Mamita, ¡las flores!... Mamita, yo quiero un libro de cuentos». Ese día le regaló a Emily su primer libro.

El Mono termina de tomarse el tinto y le paga con monedas. Frente a ellos pasa un hombre con decenas de globos flotantes cuyas cuerdas sujeta con una sola mano. Figuritas de personajes famosos de programas de televisión. «Cuando Emily venga seguro se antojará de uno», piensa la Chiqui, y le cuenta al librero que mañana su pareja la reemplazará toda la tarde para que ella pueda entrar a la Fiesta con su nieta, que cada año no le puede faltar la ida al Bibliocirco, ni al Cuentódromo, ni a los talleres, que entonces por allá estará haciéndole la visita en su puesto, que ojo pues, que no se le olvide hacerle un buen descuento para poderle regalar varios libros a la niña.

ALICIA

«Borges me regaló una cosa maravillosa: el carácter conjetural de la palabra poética, la incertidumbre, la perplejidad. Y también el humor y la ironía», le responde Rómulo a su interlocutor. La conversación hace parte de la franja de charlas académicas de la Fiesta²⁴. «Viernes 12 de septiembre. 7:00 p. m. Teatro Explora. *La plegaria del asombro*. Los poetas Rómulo Bustos Aguirre y Luis Arturo Restrepo conversan sobre la dimensión mística de la escritura y el sentido que habita la palabra poética», se lee en la programación²⁵. En la primera fila del auditorio, sentada en una silla roja y abollonada, Alicia Restrepo observa a ambos hombres. A la izquierda, Rómulo sostiene con una mano el micrófono mientras la otra traza en el aire movimientos acompasados. A la derecha, su papá formula las preguntas y modera el diálogo. Alicia está acostumbrada no solo a ir a las clases de filosofía que su papá dicta en la Universidad de Antioquia, sino a recitales, lecturas y presentaciones de libros.



24 Charlas de la Tarde es uno de los espacios más emblemáticos de la Fiesta. Allí convergen escritores, pensadores, artistas, periodistas y otras figuras de la vida cultural para conversar con el público sobre literatura, memoria, política, arte, ciudad y los grandes temas del presente. Diálogos abiertos que convierten la palabra en un ejercicio colectivo de reflexión y participación.



25 A lo largo de sus veinte años, la Fiesta ha reunido cerca de 2.500 autores y creadores de Colombia y el mundo.

Invitados nacionales destacados de los últimos años: Alba Lucía Ángel · Alejandro Gaviria · Alonso Sánchez Baute · Ana Cristina González Vélez · Andrea Cote · Brigitte Baptiste · Carolina Sanín · Catalina Navas · Darío Jaramillo Agudelo · David Eufrazio Guzmán · Dora Luz Echeverría · Frank Báez · Gilmer Mesa · Gloria Susana Esquivel · Héctor Abad Faciolince · Hugo Jamioy · José Ardila · José Zuleta · Juan Álvarez · Juan Carlos Botero · Juan Luis Mejía · Laura Restrepo · Lina Parra · Lucas Vargas Sierra · Luis Miguel Rivas · Luz Mary Giraldo · Margarita García Robayo · María Cristina Restrepo · Mary Luz Vallejo · Pablo Montoya · Patricia Ariza · Patricia Nieto · Piedad Bonnett · Pilar Quintana · Santiago Gamboa · Tania Ganitsky · Vanessa Rosales · Víctor Gaviria · William Ospina · Yolanda Reyes

Invitados internacionales destacados de los últimos años: Jutta Bauer (Alemania) · Keum Suk Gendry-Kim (Corea del Sur) · David B. y Éric Sadin (Francia) · Roger Mello, Marcello Quintanilha y Marina Colasanti (Brasil) · Alessandro Baricco (Italia) · Sara Bertrand, Alejandra Acosta, Alberto Montt, Leonardo Sanhueza y Nona Fernández (Chile) · Anders Nilsen y Katie Kitamura (Estados Unidos) · Liniers, Andrés Neuman, Camila Sosa Villada, Leila Guerriero, Agustina Bazterrica y Camila Fabbri (Argentina) · Juan Villoro, Paco Ignacio Taibo II, Mariana Oliver, Margo Glantz, Nubia Macías Navarro, Brenda Navarro, Verónica Gerber, Jazmina Barrera, Dahlia de la Cerda y Brenda Ríos (México) · Alonso Cueto y Gabriela Wiener (Perú) · John Connolly (Irlanda) · Luís Cardoso (Timor Oriental) · Javier Santaolalla, Munir Hachemi, Xavier Ayén, Jorge Carrión y Luna Miguel (España) · Mónica Ojeda, María Fernanda Ampuero y Natalia García Freire (Ecuador) · Edmundo Paz Soldán y Liliana Colanzi (Bolivia) · McKenzie Wark (Australia) · Kim Thúy (Vietnam/Canadá) · Elaine Vilar Madruga (Cuba).

Hoy llegó desde muy temprano a la Fiesta con su mamá Ana y la abuela Marta. Como cada año, fue a la primera función del Bibliocirco y a un par de talleres en Jardín Lectura Viva. Saludó a todos los amigos de su papá que se encontró en el camino. Visitó el Salón del Libro Infantil y Juvenil en el Patio de las Azaleas, donde se le fue buena parte de la tarde. Lanzó una moneda, como quien pide un deseo, a un recipiente puesto en el suelo frente a una estatua humana de un hombre de hojalata con un libro entre las manos. A Alicia le fascina ver el cuerpo, petrificado hace unos instantes, volverse blando con el movimiento. Como en los cuentos, se rompe el hechizo que lo mantenía dormido.

Cuando a Alicia le preguntan cuál es su celebración favorita del año, dice que tiene dos: la primera, su cumpleaños; la segunda, la Fiesta. Y ha venido desde siempre. Bueno, desde casi siempre. Nació un 18 de agosto de 2016, un par de semanas antes de que empezara la décima edición de la Fiesta. Fue en 2017, cuando tenía un año recién cumplido, que sus papás la trajeron por primera vez. Ellos le contaron que aquí, en medio de los stands del Orquideorama y de un montón de gente que le extendía los brazos por si perdía el equilibrio, aprendió a caminar. Desde entonces no se ha perdido ninguna edición. Piensa que diez días no son suficientes, que la Fiesta debería durar por lo menos un mes. Si pudiera encontrarse con el genio de la lámpara maravillosa, le pediría que existiera los trescientos sesenta y cinco días del año.

En el escenario del Teatro Explora, su papá le pregunta a Rómulo si puede leer un poema. Alicia pega un brinco de emoción cuando el poeta anuncia uno titulado *Un paco-paco*. Tira de la blusa a su mamá, sentada a su derecha, y le susurra: «Mamiii, el poema del grillo». Lo escuchó por primera vez hace unos meses en el Festival Internacional de Poesía de Medellín, en un recital en el que estuvieron invitados Rómulo, su papá y otras poetas. Como ese día, Rómulo empieza a leer con su vozarrón de viento de mar:

El paco-paco canta con las patas traseras

Apenas escucha el primer verso, el resto estalla en Alicia como una ola en la piedra. Es como si el poema se hubiera quedado quieto dentro suyo y ahora, de pronto, se despertara.

*Recuerdo un paco-paco que alegró la noche a todos
los niños de la cuadra
porque confundimos su canto con los crótalos
de una cascabel*

Reconoce las palabras que evocan al paco-paco y las repite mentalmente sobre la voz de Rómulo amplificadas en los bafles.

*Con palos y mochas la buscamos entre los matojos
hasta que descubrimos el engaño
En realidad
él ya nos había descubierto antes con sus grandes ojos
de mirar el mundo
sin entender nuestra alharaca, y entonando el más perfecto
de los silencios
que alguna vez hubiéramos escuchado*



Alicia ve al grillo oculto en el arbusto, su cuerpo verde una hoja más. Tiene en común con el animalito que ambos cantan, aunque él con las patas y ella con la boca. Pero se pregunta cómo sería si su voz saliera por otra parte del cuerpo, como por las orejas o por la nariz, y se ríe. O también por los pies, que una melodía se escuchara a cada paso. Sería algo parecido a cuando está en clases de piano y sus dedos hacen vibrar las teclas. Imagina que ella y el paco-paco podrían formar un grupo musical bastante peculiar: la niña y el grillo.

*Pero este paco-paco que ahora miro sobre la ramita
del matarratón
ha perdido una pata. Su ambigua pata para el salto para
el canto*

Es curioso que la voz de un animal esté en sus patas

*Miro al animalito tratar en vano de frotar la una
con la no-otra pata
y me es inevitable evocar el conocido epigrama zen
que enigmáticamente se pregunta: ¿Cómo es el sonido de una sola mano
cuando aplaude?*

*¿Existe, acaso, ese sonido?
Y tú, Bustos, tratas también de frotar, de desplegar tus dos patas
traseras, tu ala única*

*y entonces escuchas (o imaginas o crees o quieres escuchar)
ese otro insondable sonido que te responde*

desde qué matojo

*desde qué inescrutable esquina del paisaje, desde qué
silencio*

Pero si al paco-paco le falta una pata, ¿entonces cómo podrá cantar en la banda? Alicia se mira una mano en la penumbra del auditorio y la agita un poco. Aunque la resonancia de los parlantes envuelve todo el ambiente, está segura de que algún sonido hay en ella, como también deben tenerlo sus ojos al parpadear, o un pájaro pequeño dormido, o la moneda cuando vuela en el aire al ser arrojada a los pies de la estatua, incluso la misma estatua humana. Qué música se podrá hacer con los sonidos que se parecen al silencio. Si en el poema el paco-paco mueve su única pata, si sigue intentándolo a su pesar, Alicia piensa que no es tan en vano, porque tan solo con imaginarlo ella lo puede escuchar. El sonido-no-sonido de sus pensamientos es la respuesta, la pata que falta.



COMFAMA

Gran aliado

La frescura de la noche, después de un caluroso pero afortunado día sin lluvia, es un regalo en el Jardín. Los árboles saben que el sol se ha ido, y aunque no exista un silencio absoluto, todo parece más calmo. Muy cerca del lago, en medio de un bosque, se levanta La Casa de la Imaginación, también envuelta en ese halo de tranquilidad, con sus luces amarillas que alcanzan a tocar las plantas cercanas que cubren sus espacios: la sala, la biblioteca, el patio. Hasta la entrada se llega después de atravesar un sendero que la separa —sin aislarla— del resto del evento. Muchas personas empiezan preguntando desde la entrada de Carabobo: «¿Dónde está La Casa de la Imaginación?». Y en el camino hasta allá terminan recorriendo buena parte del Jardín y viendo personajes disfrazados saludando niños y posando para fotos, cuenteras narrando mil y una historias, estands de librerías llenos de gente y familias compartiendo comida sobre las bancas.



26 Comfama ha sido uno de los aliados que ha acompañado el crecimiento de la Fiesta, convencido de la importancia de hacer una fiesta de la lectura en medio de un bosque y no dentro de un recinto cerrado. Entre sus principales aportes se encuentra la estrategia de Bonos de Lectura, concebida bajo una premisa sencilla y poderosa: «un bono de lectura es una llave a todos los mundos». Gracias a este subsidio, que facilita a las personas afiliadas la compra de libros en librerías y editoriales participantes, más de 97.790 ejemplares han llegado a los hogares antioqueños desde 2019; solo en la edición de 2025 se redimieron 21.955 bonos. La presencia de Comfama en la Fiesta también se ha expresado a través de un espacio propio que, desde 2018, habita el entorno del lago del Jardín Botánico. En 2022, este lugar tomó el nombre de La Casa de la Imaginación, convirtiéndose en uno de los espacios más reconocidos del evento. En ese periodo ha recibido a más de 260.000 visitantes y ha acogido talleres, laboratorios, pódcast en vivo, conversaciones e iniciativas de promoción de lectura. A ello se suman proyectos como Palabras Rodantes, desarrollado junto al Metro de Medellín, y Lecturas Comfama, su sello editorial. En 2025, la programación de Comfama registró 45.525 asistencias, reunió a 189 invitados y desarrolló 160 actividades.

En la entrada de La Casa de la Imaginación hay una fila larga que avanza rápidamente. Es la de los afiliados a Comfama que han venido a reclamar su bono de lectura. Cada año, cientos de personas llegan por primera vez a la Fiesta porque escucharon que «por allá están dando bonos para comprar libros». Y entonces, sin esperarlo, descubren lo que sucede en este lugar: las conversaciones, los conciertos, las películas, los talleres, el Jardín entero convertido durante diez días en una Fiesta²⁶. Para muchas familias reclamar el bono se ha convertido en una tradición de septiembre. Niños que antes llegaban cargados en brazos, hoy recorren solos el Jardín con el bono en la mano y saben exactamente qué libro quieren comprar y en qué librería van a buscarlo. Detrás de cada bono entregado hay algo difícil de calcular en estadísticas, porque un libro no termina siendo solo un objeto comprado. Miles de bonos entregados y miles de libros comprados significan millones de nuevas conversaciones apareciendo en una sala, una cocina, una mesa de noche, un balcón, una tienda de barrio, un salón de clase, una biblioteca escolar, un parque, un avión, un bus, el metro, una cafetería, una hamaca, una sala de espera, una oficina, en cualquier lugar que pueda pensar el ingenio.

En La Casa de la Imaginación, Comfama recrea la experiencia de sus centros culturales, trasladada al corazón de la Fiesta y atravesada por la sensación de estar en una casa abierta para cualquiera. Está la biblioteca, donde las personas pueden sentarse a leer o prestar un libro, sin importar si están afiliadas o no a la caja de compensación. Más allá queda el patio, donde la gente se quita los zapatos para sentarse más cómoda, mujeres embarazadas amamantan a sus bebés y algunas familias llegan en las tardes con un pollo entero y una gaseosa litro para compartir. Y está la sala, el centro gravitacional de La Casa, en la que todos los días escritores, músicos, periodistas, científicos, filósofos y artistas ponen en diálogo sus visiones, al tiempo que dialogan con el público. Conversaciones en las que la literatura se encuentra con la ecología, el cine con la memoria, la música con la política o el periodismo. Mundos distintos que quizás afuera no habrían coincidido, pero que aquí se cruzan en el intercambio y la escucha.

Un muchacho que está a punto de redimir su bono, escucha desde la fila lo que están conversando en la sala. «¿Podemos pensar el derecho al agua en clave literaria o poética, como más que un principio legal?», y esa pregunta lo atrapa. Sigue escuchando, atento a cada palabra: «El agua no es solo recurso, es memoria y tránsito. Atraviesa las piedras, trepa los tallos, se suspen- de en el aire y se guarda en las nubes. Tener derecho al agua es tener derecho a escuchar la corriente en el silencio de la noche, a calmar la sed sin miedo, a ver germinar la semilla sin que sea privilegio de unos pocos. Es un derecho a la dignidad, pero también al asombro. Así como toda persona merece una sombra bajo la cual descansar, merece también



un río, aunque sea mínimo, que atraviase su existencia». Y entonces recuerda su pasado en el pueblo. Los días en que su familia hacía paseos de olla junto a una quebrada, todos ayudando a hacer el sancocho, pelando papas, yucas, zanahorias, avivando las llamas y metiéndole más chamizos para no dejar apagar el fuego. El humo dejando el olor de ceniza en la ropa. Los perros corriendo por la manga. El olor a boñiga de las vacas. Los partidos de fútbol con porterías casi invisibles, delimitadas tan solo por dos piedras. Y el sumergirse en el agua helada. Saltar, nadar. Quedarse extendido sobre una gran roca, dormirse escuchando la corriente. El muchacho piensa que este es uno de sus recuerdos más felices, y como fue despertado por esas palabras que escuchó, decide quedarse en el resto de la conversación. Se sienta en la sala y le pregunta a la mujer de la silla de al lado cómo se llama el señor que está hablando. «Ignacio Piedrahíta», le contesta. El muchacho saca su celular y busca el nombre. «Narrador y geólogo. Autor, entre otros libros, de *Grávido Río*, publicado por la Editorial Eafit». Lo anota en su chat de WhatsApp consigo mismo. Cuando vuelva a la Fiesta, dentro de un par de días, pasará por el pabellón Fondos y Sellos Universitarios para conseguirlo y, por supuesto, redimir su bono.

Es una intención persistente que quien pase por La Casa de la Imaginación pueda irse con un libro, incluso si llega sin buscar uno, porque los libros son los detonantes de las conversaciones. Algunos salen con el bono, otros se van con un ejemplar de distribución gratuita de *Palabras Rodantes*, *Medellín en 100 palabras* o *Antioquia Reimaginada*. O prestan un libro, sea físico o digital. Más allá del formato, importa la posibilidad de que ocurra el encuentro con una lectura. Así como cada persona tiene derecho al asombro, a una sombra y a un río, también lo tiene a una historia que le devuelva una parte de sí mismo, un instante que pueda volver a pasar por el corazón.

PALINURO

El límite entre su piel y la ropa es una capa de sudor que la hace sentir pegajosa. Juliana Arango imagina lo reconfortante que será darse un baño cuando llegue a su casa más tarde, si es que le queda algo de energía. Ya le ha pasado que después de una jornada en la Fiesta se queda dormida en la cama, con ropa puesta y todo. No le toca estar de un lado para otro por todo el Jardín como a los de logística, a los guías culturales, a los periodistas con cámaras y trípodes en mano, a los del equipo de Eventos del Libro con planillas de asistencia, corriendo y resolviendo imprevistos que nunca faltan, pero estar en un estand doce horas durante diez días seguidos también cansa. Y si ella ya tiene resentidos los pies y la espalda, no se imagina cómo estará su papá, un señor de ya casi ochenta años. Luis Alberto Arango, cofundador y dueño de la librería Palinuro, también llega al estand desde temprano y permanece hasta que cierran. No se pierde un segundo de la Fiesta. A pesar de los regaños de la familia, Juliana sabe que él no concibe que sea de otra manera.



27 En promedio, durante cada edición de la Fiesta del Libro y la Cultura se comercializan cerca de 200.000 ejemplares. Este volumen permite observar algunas de las preferencias de lectura de los asistentes: según libreros, editoriales y distribuidores, entre los géneros más buscados se encuentran la novela, la historia, la política y el periodismo, mientras que en los últimos años han ganado protagonismo el cómic y la novela gráfica. Más allá de los números, cada ejemplar vendido representa también una conversación, un encuentro y una nueva travesía lectora que comienza.

El pabellón de Libros Leídos, donde está Palinuro, es una gran pérgola en forma de U bajo la cual los estands están divididos por paneles. De los extremos del techo cuelgan hileras de bombillos que encienden la noche. Las personas recorren el espacio de librería en librería, haciendo pausas cuando algún libro les llama la atención, pidiendo recomendaciones, preguntando por autores y obras²⁷. El flujo nunca se detiene. Juliana está sentada detrás de la mesa de su estand, en la que se exhibe una muestra especial escogida por su papá. El resto de libros están organizados por áreas —nunca Julio Cortázar estaría al lado de Sigmund Freud— en cinco estantes que trajeron de su sede en Estadio, muebles de madera con más de cien años que desarman, empaican y transportan con maña hasta el Jardín, para que quien los visite se sienta en un pedacito de la librería. Mientras una pareja curiosear un ejemplar de *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca que está en la mesa, Juliana mira a su papá que está de pie conversando con un «palinuro», como llama a los amigos —escritores, lectores y colegas libreros— que lo visitan con frecuencia en la sede en el barrio Estadio. La luz de los bombillos le cae sobre el rostro arrugado y sonriente. En algún momento los años dejaron de pasarle por encima a Luis Alberto, y se conserva tal y como todos lo conocen: la barba crecida y enteramente cana; las cejas y pestañas blancas que se pierden sobre su piel; los ojos claros y pequeños; la cabeza pelada como un buda. Muchos saben que han llegado al estand de Palinuro no porque vean el nombre de la librería, sino porque reconocen ese perfil a metros. Palinuro se fundó en 2003 cuando aún no existía la Fiesta, sino la Feria del Libro.

Tampoco se hacía en el Jardín Botánico, sino en el Palacio de Exposiciones. A Luis Alberto le tocó ese cambio en 2007 y fue testigo del asombro de una ciudad que apenas empezaba a entender lo que significaba sacar los libros de un espacio cerrado y llevarlos a un jardín. Desde entonces y sin falta, ha estado presente en todas las ediciones de la Fiesta con sus libros no usados, no de segunda, no viejos, sino leídos: libros que ya han tenido una vida y buscan un nuevo lector que la prolongue. Al momento de adquirir los libros para vender, Luis Alberto los revisa uno por uno. Se asegura de que no tengan hongos, que no les falte una página, que no sean robados de bibliotecas. Les limpia el polvo que pasaron años acumulando en rincones. Si se encuentra una joya que tiene el lomo despegado, él se encarga de restaurarlo con cuidado reverencial. Todo eso hace parte de devolverle la dignidad al libro.

La pareja decide comprar el libro de Calderón de la Barca y Juliana lo anota con lapicero en una planilla de ventas impresa. En broma dice que cuando se cae el sistema de la librería, es porque pasó un ventarrón y se llevó las hojas. En Palinuro todo es manual porque así es como le funciona a su papá, que tampoco necesita de ningún inventario en un computador porque su memoria es la base de datos, el centro de operaciones. Tiene claro cuáles libros van saliendo y quedando en los estantes. Luis Alberto está tan comprometido con brindarle la mejor asesoría a quien llegue que prefiere no moverse del estand. «Yo ni miro la programación, porque para qué», le contesta a quienes le preguntan a qué conversatorios ha ido en la Fiesta. Sus amigos palinuros son los que lo desatrasan de lo que pasa más allá del



pabellón. Le llevan frutas, pasteles de pollo, botellas de vino. Juliana le dice que si hay algo que le interese, se pegue una voladita. También que llegue después del almuerzo para que descansen más en las mañanas. Que no vaya los primeros días de la Fiesta, o por lo menos que saque un día entre semana. Lo cierto es que Juliana sabe que esto es lo que lo llena de vida. Así como Palinuro no es una librería de libros viejos, su papá tampoco es un hombre viejo. No lo imagina todo el día en un apartamento leyendo y escribiendo, se moriría del aburrimiento. Piensa que Palinuro es su pequeño universo, y ella, que decidió hace más de una década acompañarlo en esta aventura, se encarga del detrás de escenas para que su papá sea el librero estrella que se queda conversando con los lectores, más allá de que al final se concrete o no una venta.

Al estand entra una chica que, después de curiosear títulos en los lomos, le pregunta a Juliana qué tiene de mujeres poetas latinoamericanas. Juliana llama a su papá, que se excusa con el amigo palinuro y llega hasta donde ellas sonriente. «Por acá hay unas joyitas...», le dice mientras ubica rápidamente y saca de los estantes un poemario de Gabriela Mistral. «Esta fue la primera latinoamericana, entre hombres y mujeres, en ganar el Nobel de Literatura, por allá en 1945, ¿ya la has leído?». Ante el no de la chica, Luis Alberto busca entre las páginas y le extiende el libro abierto: «Leete este poema y me contás qué tal». Juliana se ríe para sus adentros y piensa que ojalá la muchacha no vaya con mucho afán.

DE MAR Y RÍO

Falta media hora para que empiece el concierto de De Mar y Río en la tarima Sura y todo el mundo está corriendo. En el camerino, las cantoras se retocan las sombras, el rubor y el labial. Calientan la voz dejando escapar vocales largas. Se amarran los turbantes blancos al cabello y sobre ellos ajustan los sombreros hechos de tallos de palma. Los hombres giran los hombros, el cuello, estiran las muñecas y los dedos. Repasan en voz alta el repertorio para todos. Empiezan con esta, sigue esta, luego esta. Leen una vez más el orden. Otra vez, una última. «Pero recuerden que dependiendo de cómo vayamos sintiendo la energía del público, hacemos cambios sobre la marcha. Conectados muchachos, muy atentos», les dice Felipe Amú, director de la agrupación, que sale disparado de la carpa camerino hacia el escenario para terminar de acompañar a los técnicos en el montaje. Unos revisan y conectan cables. Otros prueban la pantalla grande del fondo, las visuales y las luces. También monitorean el sonido para que no haya acoples ni fallas, y rectifican las ubicaciones de los músicos y los instrumentos. Al frente hay tres micrófonos dispuestos sobre soportes para las cantoras. Atrás, tres entablados cubiertos por telas negras le dan altura al resto del ensamble: en los extremos están los bombos y los cununos; en el centro y aún más elevada, la llamada reina del Pacífico.

La | m a r i m b a | resplandece en su silencio de madera quieta allá arriba, inmóvil como los troncos de los árboles que rodean la tarima Sura en el Jardín. Ella, en tiempos remotos, también fue planta. Palma de chonta nacida en la selva húmeda y tropical de Cauca, con su tallo cubierto de espinas negras, hojas con forma de pluma y racimos amarillos, anaranjados y rojizos de chontaduro cayendo maduros desde veinte metros de altura sobre la tierra. Esta | m a r i m b a | de De Mar y Río, con la que viajan por toda Colombia para presentarse, la hizo el maestro marimbero Manuel Angulo. Cortó la madera en luna menguante, la secó, le quitó la corteza y la pulpa hasta que la chonta quedó negra. Afinó con paciencia cada lámina rectangular cerca del río Timbiquí, a puro oído, ayudándose con el timbre del canto de los pájaros. Hizo una especie de mesa para amarrar con hilo las láminas convertidas en teclas y debajo puso los tubos

de bambú a manera de resonadores. Las baquetas que la hacen sonar son dos varillas también de chonta, terminadas con puntas redondas de caucho natural. La | m a r i m b a | es río, calor, animal, espíritu de selva. Alrededor de ella, el montaje queda listo. Desde un costado, los técnicos le hacen una seña al director de la agrupación: ya pueden empezar el concierto²⁸.

Felipe regresa al camerino para llamar al grupo. Antes de salir se reúnen en círculo, juntos los brazos. Se palpan los nervios y la alegría compartida. Agradecen a Dios por haber llegado sanos y salvos a esta escarpada geografía de cordillera y le piden que su son, venido del litoral pacífico, resuene entre las montañas. Los logísticos les hacen un camino humano desde el camerino hasta el escenario para que puedan pasar entre el público —ya concentrado en la gran zona verde frente a la tarima— que les aplaude apenas se suben. María José, Luz Neidy y Johana en las voces. Ángel y Alex en los cununos. Harold y Alan en los bombos. Edwin en la | m a r i m b a |. Felipe, detrás de bambalinas, suspira hondo cuando dan la señal de inicio. El público atiende, los cuerpos se disponen, las cantoras toman aire y arrancan a capela. Su canto inunda el espacio y el viaje por el Pacífico empieza.



28 La programación artística ha acompañado la Fiesta desde sus primeras ediciones con conciertos, narración oral, teatro, danza y otras expresiones culturales que dialogan con la literatura a través de la música, el cuerpo, la imagen, el canto y la escena. En 2025 se programaron 42 actividades artísticas, además de otras intervenciones y experiencias durante los diez días del evento.

*Yo ya me voy
yo ya me voy
yo ya me voy
a barequear*

Entra el sonido del eco húmedo de las teclas de chonta de la | m a r i m b a |. El repiqueteo menudo y seco de las semillas en el guasá. Los golpes precisos de los bombos. Sonidos fluviales que transportan a una escena ribereña de siluetas de hombres pescando, mujeres moviendo en círculos la batea y niños jugando en la orilla. El cielo pálido reflejado sobre la corriente, haciendo parecer todo un espejismo. Olor a tierra y a pronta lluvia. Todo ese fulgor blancuzco que evoca la canción se cruza con el turquesa, el violeta y el verde de las luces proyectadas sobre los integrantes de De Mar y Río en el escenario. Las cantoras mueven sus caderas. Las faldas largas y azules ondean como atarrayas. Truenan los bombos. Arden las palmas de las manos de los cununeros. El marimbero se inclina ante las teclas de chonta, que parece que fueran a desprenderse con cada golpe, y repite incansable el mismo patrón con ligeras variaciones.

*Yo ya me voy
yo ya me voy
yo ya me voy
a barequear*

*al bareque siempre vamos
al bareque siempre vamos
con pala barra y batea
con pala barra y batea*

*cuando lavamos la tierra
cuando lavamos la tierra
el oro brilla en la arena
el oro brilla en la arena*

*Yo ya me voy
yo ya me voy
yo ya me voy
a barequear*



En el Pacífico dicen que una | m a r i m b a | bien tocada alegra el corazón. El ritmo que vuelve una y otra vez sobre sí mismo, como la ola que juega a salir y entrar al mar, crea una suspensión en la percepción del tiempo, le da hondura. Las personas en el público responden a la música bailando. Corrillos de niños con sus mamás y sus papás, grupos de amigos y amigas, parejas abrazadas. También algunos libreros y editores que se escaparon por un momento de sus stands antes de cerrarlos. Palmas-palmas-palmas. Atienden al llamado de las cantoras para que repitan la letra después de ellas. Palmas-palmas-palmas. Los pies siguen el pulso del bombo, los hombros siguen el vaivén de la cadencia. Algunos agitan en el aire pañoletas de colores, pañuelos blancos, gorras y cachuchas. Palmas-palmas-palmas. «Aquí vinimos a bailar, señoras y señores, entonces todos con nosotros saltando, saltando, saltando, saltando, y vamos pa la derecha, pa la izquierda, pa la derecha, pa la izquierda, pa' cá, pa' llá, pa' cá, pa' llá», pregona una de las cantoras. En la gran pantalla del fondo se intercalan imágenes de la selva del Pacífico con la transmisión en vivo del concierto. En un momento, la cámara deja de enfocar lo que pasa en la tarima y gira hacia el público. Detrás de los músicos aparece la escena de cientos de personas bailando y cantando bajo los árboles del Jardín²⁹.



29 En sus veinte años, la Fiesta del Libro y la Cultura ha registrado cerca de ocho millones de visitas. No son solo números: son millones de pasos, conversaciones, canciones, abrazos, risas, descubrimientos, lecturas, preguntas, asombros y recuerdos compartidos.



TRAVESÍAS DE LA LECTURA

La historia de la lectura en Medellín no puede contarse desde una sola voz. Está hecha de miles de recorridos: los de quienes descubren los libros en la infancia, los de quienes los comparten con otros, los de quienes construyen bibliotecas, escriben historias, editan manuscritos, sostienen librerías o llegan desde otros lugares del mundo para encontrarse con los lectores de la ciudad. Todos terminan cruzándose en una misma historia: la de una ciudad que ha encontrado en los libros, la lectura y la conversación una forma de encontrarse. La Fiesta del Libro y la Cultura es uno de esos lugares donde muchas de esas travesías confluyen, dialogan y se hacen visibles.

Las páginas que siguen recorren parte de ese entramado a través de ocho relatos. Construidos a partir de conversaciones con sus protagonistas, buscan conservar algo de su manera de contar, recordar y entender el mundo. Porque, muchas veces, es en una experiencia particular donde puede reconocerse una historia compartida. La invitación es sencilla: leerlos como quien escucha a alguien contar una parte de su vida y de los caminos que lo trajeron hasta aquí.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA LECTURA

Aurora Ochsenbein Bedoya tiene diez años. Ha crecido en una Medellín donde las bibliotecas, los programas de lectura y la Fiesta del Libro hacen parte de la vida de muchas familias. Desde muy pequeña ha estado rodeada de cuentos, talleres, personajes y espacios donde leer se mezcla con el juego, la conversación y la imaginación. En su historia puede verse cómo esos años de trabajo alrededor de la lectura terminan habitando la vida de una niña: en una mamá que lee antes de dormir, en una biblioteca convertida en lugar de juego, en una obra de teatro hecha con sábanas o en la certeza de que los personajes de los libros también pueden acompañarla fuera de las páginas.

*
**



Todas las noches antes de dormir yo le decía a mi mamá: «Mami, ¡falta el cuento, falta el cuento!», entonces iba corriendo a mi biblioteca y cogía un libro. Muchas veces era *Tito y Pepita* de Amalia Low, una historia sobre dos hámsteres que son superpeludos y tiernos como gatos, pero que a cada rato están peleando y son muy divertidos. Mi mamá me canta y me lee desde que estaba en su panza, y seguro desde esa pancita yo soñaba con los cuentos que me contaba, por eso desde hace rato me gusta mucho la lectura... Uno para aprender a escribir tiene que saber leer, ¿cierto? Yo estaba en primero cuando aprendí, pero leía así: «Ha-bí-a-u-na-vez», luego en segundo mejoré, y en tercero ya leía de corrido. Me leí una versión de *Alicia en el país de las maravillas* para pequeños, y ya tengo el original, que tiene un poquito más de dificultad. El año pasado empecé a leerme *Harry Potter*. Voy en el cuarto, pero para mí ha sido muy difícil, lo tengo a la mitad y lo voy a dejar ahí. Voy a verme la película y a seguir con el quinto mejor. Tengo un libro de Tom Sawyer para cuando termine todos los de Harry Potter.

Cuando yo era más chiquita, por ahí de seis años, invitaba a Flora, que es mi mejor amiga, y a otras compañeras del colegio a hacer teatro. Una vez montamos Hansel y Gretel. Poníamos sábanas como cortinas, usábamos mis disfraces y actuábamos para mi mamá. Ella nos grababa y les mandaba el video a nuestras mamás. Yo era Gretel y Flora era Hansel, eso era supercharro. Lo más divertido era que aunque mi mamá ya se hubiera cansado y se hubiera ido, nosotras seguíamos actuando aunque nadie nos estuviera viendo. Pasábamos superbueno. Como solo éramos dos nos tocaba inventarnos personajes, yo hacía de bruja y de mamá, y el esposo era un peluche mío. Me acabo de acordar de que, cuando era más chiquita, mi mamá y yo armábamos cuevas con sábanas y almohadas en la sala para leer juntas, ella leía una página en voz alta y yo la otra, nos íbamos turnando y contando la historia entre las dos. Desde chiquita me he sentido como una actriz, yo actué aunque nadie me esté viendo ni grabando, creo que eso tiene que ver con los libros porque gracias a ellos existen personajes y mundos como Harry Potter, Olivia o Tito y Pepita.

Mi rutina todos los días es muy variada. Me levanto, me baño, me visto y voy al colegio. Cuando vuelvo a la casa, a veces descanso, me como un dulcecito, veo un pedazo de alguna serie y después me pongo a leer o a pintar. Como hago tantas cosas, el tiempo se me pasa volando. Hay sagas que me gustan tanto que me las devoro en dos días, como *Mirabella*. Muchos de los dibujos que hago tienen que ver con las historias que leo. Una vez hice un dibujo de Hermione Granger.

La biblioteca a la que más me gusta ir es la Biblioteca Pública Piloto. A veces, cuando mi mamá se va a trabajar, yo le digo que no me deje donde mi abuela, sino que me lleve con ella para aprovechar y ver libros. Mientras ella está en reuniones yo me quedo leyendo. Me encanta la zona infantil porque puedo leer y jugar. Entonces leo y juego y leo y juego y así. No me imagino un mundo sin libros. ¡Sería un caos total! No, no, no. Las historias son demasiado lindas y divertidas, hay días en que no leo porque se me pasa el tiempo, pero cuando un libro me gusta mucho puedo pasar horas leyendo sin darme cuenta. Mmm, si se acabaran los libros... Yo escribiría los libros del nuevo mundo.

Escribiría sobre mis amigas, los gatos, las películas, los libros que he leído, los paseos y las ferias a las que me lleva mi mamá. Mi favorita es la Fiesta del Libro, no me he perdido ninguna, tengo diez años entonces he ido a diez Fiestas. Me gusta mucho llegar allá porque siempre me pongo feliz, a veces hago planes con amigas, vamos a las tienditas, vemos libros, jugamos, comemos críspetas y entramos a los eventos. A mí me encanta el teatro entonces en la Fiesta siempre voy a las obras que presentan. También he hecho muchas actividades como colorear mandalas, escribir, recortar y jugar. Una vez participé en una actividad con unas tarjetas llenas de símbolos, nos hacíamos en grupitos, cada uno sacaba tarjetas y después entre todos inventábamos una historia en un tablero.

También vi a Amalia Low en vivo y en directo, ese día ella cantó, contó historias y mi mamá me compró su nuevo libro, *Libertad*, que me pareció superlindo. Es la historia de un zorrito y un perrito que estaba encadenado, entonces el zorrito lo ayuda a liberarse y los dos corren juntos por el bosque. El libro tiene canciones y al final hay un código para escanearlas y escuchar cómo ella narra la historia. Un pedacito dice así: «Corre libre como el vientoooo, deja tus cadeenas atrás, bella es nuestra amistad y bella es nuestra amistaaaaa». Además me tomé una foto con Amalia, ese día me dio mucha pena, pero si pudiera preguntarle algo, sería cómo se inspiró para crear esos libros y cuál es su color favorito.

Para mí, la Fiesta del Libro es un lugar para compartir y acercarse cada vez más a la lectura. Hay muchísimas actividades divertidas: juegos, teatro, espacios para escribir, libros que uno puede comprar o leer. De los libros uno puede sacar muchas cosas buenas. Uno se divierte y aprende sobre la amistad, la amabilidad, el respeto, la paciencia y también aprende a escuchar a los otros. Lo más lindo que tiene la Fiesta son las historias y recorrer el mundo a través de ellas. Yo creo que la lectura abre la imaginación y la creatividad. Si todas las personas tuvieran imaginación, no existirían cosas como la discriminación o la palabra rechazo, porque la imaginación ayuda a pensar mejor las cosas y a soñar nuevos mundos que son más armónicos. A la Fiesta del Libro le desearía que siga creciendo, que cada año más personas lean, y que siga existiendo. Yo quiero ir siempre a la Fiesta.



LEER PARA ENCÓNTRARNOS

Yamili Ocampo Molina llegó a la promoción de lectura siendo una adolescente de barrio en la Medellín de los años noventa. Lo que comenzó como un servicio social en una biblioteca comunitaria terminó convirtiéndose en una manera de entender la lectura no como un acto individual o silencioso, sino como una experiencia que se enriquece si es compartida. A lo largo de más de veinte años de trabajo en procesos comunitarios, bibliotecas y formación de lectores, ha visto cómo la palabra puede abrir conversaciones, acompañar dolores colectivos y transformar la relación de las personas con su territorio y con los otros. Su travesía da cuenta de una idea de la promoción de lectura que atraviesa buena parte de la historia cultural de Medellín: leer para construir vínculos, comunidad y posibilidades de futuro.

*
**

Llegué a las bibliotecas cuando tenía diecisiete años. Vivía en Castilla y, como parte del servicio social del colegio, terminé en la biblioteca La Esperanza haciendo alfabetización. No venía de una familia lectora ni tenía una gran relación con los libros. Si acaso había leído a Coelho y algunas cosas de superación personal que compartíamos entre amigas del colegio. Pero entrar a esa biblioteca fue como si algo se hubiera conectado dentro de mí. Todo lo que pasaba por mis manos me lo quería leer. Me involucré muy rápido en procesos de promoción de lectura. Primero como alfabetizadora, después liderando proyectos, más adelante como bibliotecaria popular y luego como directora de la biblioteca. Y aunque en distintos momentos me fui hacia otros espacios —movimientos sociales, trabajo político, procesos juveniles—, la vida siempre terminaba devolviéndome a las bibliotecas. Años después llegué a la Fundación Ratón de Biblioteca y, como si todo fuera un círculo, la fundación terminó asumiendo la administración de la biblioteca La Esperanza, el lugar donde había comenzado mi historia.

Cuando hoy veo a un niño o a una joven llegar por primera vez a una biblioteca, siento que vuelvo a ver a esa muchacha de diecisiete años que también estaba buscando un lugar en el mundo. Yo podría haber tomado cualquier camino. Era una adolescente de barrio en los años noventa, en una Medellín atravesada por la violencia, la exclusión y el miedo. Pero me encontré con una biblioteca comunitaria pequeña, y ahí apareció algo que me transformó la vida. La palabra, la lectura y las bibliotecas me conectaron con otras personas, con el amor, con la conversación y también con una manera distinta de imaginar el futuro.

La zona Noroccidental de Medellín, donde crecí, tiene una tradición muy fuerte de bibliotecas populares. Ahí nacieron algunos de los primeros procesos comunitarios de lectura de la ciudad. Y eso no es casual. Medellín ha sido una ciudad atravesada por conflictos muy duros, pero también una ciudad que aprendió a responder desde la palabra, el arte y la organización comunitaria. Aquí, cuando un grupo de personas se junta a pensar cómo transformar un barrio, casi siempre aparece la palabra: un taller de

escritura, una obra de teatro, un club de lectura, una biblioteca comunitaria, un grupo de poesía. Creo que eso hace parte del ADN cultural de esta ciudad.

En todos estos años también he visto transformarse la promoción de lectura. Durante mucho tiempo estuvo muy ligada a la escuela y a la enseñanza tradicional de leer y escribir. Después vino una etapa muy marcada por la idea del placer del texto: leer por gusto, por disfrute, casi como una experiencia íntima. Pero poco a poco entendimos algo más grande: que la lectura es una práctica social y que construye ciudadanía, conversación y tejido social. Eso cambió todo, porque entonces la promoción de lectura dejó de ocurrir dentro de la biblioteca o del aula y empezó a relacionarse con la vida cotidiana, con los barrios, con la política, con el feminismo, con la memoria, con las conversaciones familiares y con los conflictos sociales. La promoción de lectura empezó a dialogar con las preguntas reales de las personas.

En los años noventa, cuando la ciudad estaba atravesada por la guerra, los promotores de lectura salíamos a las calles con libros, zancos y actividades artísticas; íbamos a las esquinas, a las cuadras, a los barrios. Muchas veces cogíamos unas cajas de libros y hacíamos promoción de lectura en cualquier parte donde hubiera gente. Por eso, para mí, el promotor de lectura nunca ha sido simplemente alguien que recomienda libros. Es una persona que ayuda a construir tejido social, que crea conversaciones y que acompaña procesos humanos. Ratón de Biblioteca fue una de las primeras organizaciones que formalizó esa figura en Medellín, contratando promotores de lectura desde finales de los ochenta. Al comienzo casi todos veníamos de áreas como español y literatura o bibliotecología. Hoy la promoción de lectura convoca a personas de muchos lugares distintos: artistas, sociólogos, abogados, médicos, gestores culturales. Eso también muestra cómo ha crecido este movimiento en la ciudad.

Uno de los momentos más importantes en toda esta travesía fue la creación del Comité Interinstitucional del Libro y la Lectura y, después, del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad. Ahí la ciudad entendió que necesitaba pensar la lectura co-

lectivamente y no desde esfuerzos aislados. Gracias a eso hoy existen recursos para bibliotecas, formación, becas para escritores e ilustradores, eventos del libro y procesos comunitarios.

La Fiesta del Libro hace parte de esa historia. Para mí nunca ha sido solo un evento alrededor de los libros, sino un espacio donde se hacen visibles muchas búsquedas que vienen ocurriendo durante todo el año en los territorios. Ahí uno puede ver cómo la lectura conversa con el teatro, la música, las tecnologías, las ilustraciones y las nuevas maneras de relacionarse con la palabra. Y por eso creo que la Fiesta tiene que seguir haciéndose preguntas incómodas. No puede quedarse celebrando el éxito. Tiene que seguir preguntándose qué tipo de lectores estamos formando, cómo están cambiando las prácticas de lectura, y qué necesitan hoy los jóvenes para relacionarse con las historias y con los otros. La tecnología, las redes sociales, la inteligencia artificial y las nuevas maneras de narrar están modificando la relación de las personas con la palabra. Y quienes trabajamos en promoción de lectura tenemos que seguir atentos a esas transformaciones.

Sigo trabajando en esto después de tantos años porque todavía veo en muchos jóvenes las mismas barreras que existían cuando yo tenía esa edad: exclusión, abandono, pocas oportunidades. Y porque sigo creyendo que una biblioteca puede cambiar la vida de alguien. No de una manera romántica o abstracta, sino concreta. Hace poco abrimos una biblioteca en Aguas Frías, arriba en Altavista. Cuando los niños llegaron por primera vez, los libros no hacían parte de su vida cotidiana. Les costaba concentrarse, escuchar una historia completa o encontrar algo que los conectara con la lectura. Recuerdo ese primer taller y pensar: «Estos veinte años de experiencia me tienen que servir para trabajar con estos niños».

Han pasado dos años y ahora esos niños conversan, escuchan, se concentran, dialogan, cuidan los libros y sienten ese espacio como suyo. Uno empieza a ver transformaciones muy pequeñas, pero muy profundas: llegar bañados a la biblioteca, ponerse los zapatos para ir al taller, aprender a prestar un libro y devolverlo, descubrir que también tienen algo para decir. Ahí es cuando entiendo que la promoción de lectura sí transforma la vida cotidiana de las personas. Porque al final no se trata solamente de leer libros, sino de ayudar a que alguien pueda nombrar el mundo que lo rodea, hablar de sus miedos, de sus dolores y de sus sueños. Y cuando una persona encuentra palabras para decir lo que vive, también empieza a encontrar maneras distintas de vivir junto a los otros.

LA APARICIÓN DE LA VOZ

La travesía de Marcela Guiral comienza en las montañas de Yolombó y llega hasta Medellín atravesada por la oralidad, las bibliotecas, la promoción de lectura y la escritura. Su obra ha construido una voz profundamente ligada a Antioquia: a las historias de los pueblos, a la memoria de los territorios rurales, a los saberes populares y a las formas en que las personas comunes resisten, acompañan y transforman el dolor. Ganadora de estímulos y becas de creación de la Alcaldía de Medellín, ha hecho de la literatura un espacio donde dialogan la experiencia íntima, la memoria colectiva y la posibilidad de acompañar a otros a través de la palabra.

*
**



La infancia y la adolescencia son el piso donde uno termina sosteniéndose el resto de la vida, la manera como mira el mundo, y eso está completamente presente en mis libros. Nací en un corregimiento de Yolombó que se llama La Floresta y viví allá hasta los dieciséis años. Haber crecido en un pueblo campesino, sin televisor, sin celular, sin teléfono, rodeada de montañas, animales y relatos orales, terminó marcando mi escritura y también mi manera de entender la lectura. Mi papá era profesor y en la casa había una biblioteca más grande que la de la escuela. Mi mamá, Ana Ligia Guiral, era una gran narradora de historias. En las noches, cuando no había luz eléctrica, mi hermana y yo nos dormíamos escuchando los relatos de mis papás. También me marcó mucho crecer en un lugar donde casi todo pasaba a través de la palabra. En esa época solo había una chiva que iba como cada mes a llevar surtido para las tres tienditas que había y a llevarse la panela para Medellín. Entonces siempre era un acontecimiento escucharla llegar y salir a ver quién había venido. A veces bajaban una bicicleta destartada que alguien había mandado desde Medellín a un familiar remoto y todo el pueblo estaba pendiente. Había una central telefónica con dos cabinas y un megáfono conectado a la iglesia desde donde anunciaban las noticias del pueblo. Por el megáfono decían cosas como: «Doña Rosa, que espere llamada a las tres de la tarde», o «Doña Fabiola que salga por el mercado». Y uno se iba enterando de todo.

Yolombó era un pueblo atravesado por relatos de espantos, aparecidos, brujería, maleficios y supersticiones. También estaban las historias que la gente contaba en las calles: que el duende no les había avisado a los mineros y hubo un derrumbe, que en tal finca las brujas estaban molestando a los muchachos del trapiche, que fulanito tenía un maleficio. Todo eso hacía parte de la vida cotidiana. Tan así que todos, por más pobres que fuéramos, teníamos algo de oro como amuleto. Había muchos códigos contruidos desde las historias, y junto a eso estaba todo el conocimiento ancestral: las parteras, las yerbateras, las sobanderas. En el pueblo no había médicos, entonces las mujeres sabían cómo atender una fractura, una mordedura de

culebra o un parto. Años después terminé escribiendo *Las mensajeras del ruiseñor*, un libro de crónicas sobre esas mujeres y esos saberes, como un homenaje.

Luego llegó el conflicto armado y las historias del pueblo cambiaron. Las muertes ya no eran por una caída en el río o por una culebra, sino por la violencia. Nosotros terminamos desplazados y salimos hacia Medellín en un camión. De ahí nació mucho tiempo después mi novela *A mediodía llovían pájaros*. Con el tiempo entendí que muchas de las historias que había escuchado en la infancia terminaron convirtiéndose en la materia prima de mi escritura. Las voces de las parteras, las leyendas del pueblo, los saberes campesinos, el desplazamiento y la violencia fueron encontrando una forma en los libros. Lo que primero había sido oralidad y memoria empezó a convertirse en literatura.

Mi papá siempre nos dijo a mi hermana y a mí que teníamos que ir a la universidad, solo que todo ocurrió de una manera muy abrupta y dolorosa. Yo quería estudiar Medicina. Me presenté dos veces y no pasé. Ahora agradezco que no haya ocurrido, porque terminé encontrando mi lugar en la bibliotecología, la promoción de lectura y la escritura. Desde tercer semestre empecé a trabajar en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, enseñando a los estudiantes a usar el catálogo, la hemeroteca y las búsquedas bibliográficas. En 2006 me gané una práctica de excelencia de la Alcaldía de Medellín y empecé a trabajar en las bibliotecas de la ciudad, en el servicio móvil de lectura de La Floresta. Allí existía un proyecto muy bonito que se llamaba Juego Literario, que es un poco el origen de lo que hoy conocemos como Adopta a un Autor. La idea era leer autores en los colegios y luego recibir la visita de esos escritores. Empecé a recorrer colegios y corregimientos llevando cajas de libros, haciendo formación a profesores y acompañando procesos de lectura en lugares muy distintos.

Antes de graduarme, el proyecto pasó a ser coordinado por la Fundación Taller de Letras y, como yo ya tenía experiencia, me llamaron a coordinarlo. Estuve ocho años al frente de Juego Literario y el proyecto empezó a crecer hacia otros escenarios no con-

vencionales del libro y la lectura. Ya no era solamente literatura infantil en colegios: empezamos a trabajar crónica, ensayo, poesía y dramaturgia en cárceles, orfanatos, fundaciones y distintos espacios comunitarios. La lectura empezó a dialogar distinto según el territorio y las personas que la habitaban, y un libro podía convertirse en conversación y posibilidad de nombrar experiencias muy diferentes entre sí.

Para mí también ha sido fundamental que la Fiesta del Libro abra un espacio para los autores locales. Desde que publiqué mi primer libro, en 2013, he participado en programas como Adopta a un Autor y he visto cómo los libros encuentran lectores, cómo las historias empiezan a circular y cómo una ciudad reconoce a quienes están escribiendo sobre ella y sobre el país. Creo que es fundamental que estemos ahí. Darles visibilidad a los autores locales es también darle voz a un territorio y a una época. Lo sentí especialmente en 2022, cuando presenté *A mediodía llovían pájaros* en la Fiesta del Libro. Después de la charla se me acercó gente de Ituango, de Amalfi, de Támesis, de distintos lugares de Antioquia, a decirme que ellos también habían vivido desplazamientos, asesinatos, silencios y pérdidas parecidas. La gente lloraba, me abrazaba y me contaba sus historias. Ahí confirmé que los libros terminan convirtiéndose en un lugar donde las personas encuentran palabras para hablar de lo que les pasó. Puede que alguien no compre el libro en ese momento, o que lo compre mucho tiempo después, pero el simple hecho de escuchar una historia y reconocerse en ella ya transforma algo.

Ese momento de decir «a alguien más también le pasó», «yo no estoy tan sola», ya es un regalo enorme. En eso también está el poder que tienen las historias para acompañarnos, para ayudarnos a entendernos mejor y para sentir que incluso los dolores más difíciles pueden compartirse con otros. La literatura termina siendo una radiografía de una época. Desde la ficción o la no ficción vamos dejando registro de quiénes fuimos, de lo que nos pasó y de cómo intentamos entenderlo. Por eso es tan importante que existan espacios para las voces emergentes, para quienes publican su primer libro y para quienes apenas empiezan a construir una obra. Todas esas historias también merecen ser escuchadas.

Siempre he defendido la gratuidad de la Fiesta. En un país tan desigual, cobrar una entrada significa dejar a mucha gente por fuera. En cambio aquí una persona puede entrar, salir, escuchar una conversación, sentarse en el césped, participar en un taller, ir a una función de narración oral o simplemente habitar el espacio. Medellín y el país entero necesitan seguir apostándole a este tipo de espacios. La Fiesta no es solo un evento alrededor de libros: es una posibilidad de encuentro con la palabra leída, contada, cantada, dibujada. En un momento en el que sentimos que cada vez conversamos menos y que dejamos de imaginar, esos espacios se vuelven fundamentales. Y la palabra sigue siendo la forma. No hay otra. Es el lenguaje el que nos permite acompañarnos, compartir el miedo, el dolor o la alegría, y volver a encontrarnos con otros. A veces sentimos que estamos perdiendo esa posibilidad de mirarnos con humanidad, pero espacios como la Fiesta vuelven a abrirla. Y ese es uno de los aspectos más valiosos de la literatura y de la lectura: su capacidad de acompañar.



LOS CAMINOS, DE UNA VOCACIÓN

Poeta, narrador, editor, dibujante y maestro de varias generaciones de lectores y escritores, Elkin Restrepo ha construido una de las obras más sólidas y reconocidas de la literatura colombiana contemporánea. En 2018 recibió el Premio León de Greiff al Mérito Literario, reconocimiento otorgado por la Fiesta del Libro y la Cultura y la Universidad Eafit para exaltar la trayectoria de autores iberoamericanos. El galardón ha distinguido también a escritores como Juan Calzadilla, Luisa Valenzuela, Edgardo Rodríguez Juliá y Darío Jaramillo Agudelo. En este testimonio, Restrepo recorre algunos momentos decisivos de su vida: el descubrimiento temprano de la lectura, los encuentros que orientaron su formación intelectual, las primeras publicaciones de sus poemas y el camino que lo llevó a convertirse en una de las voces fundamentales de la literatura colombiana. Más que una historia de reconocimientos, estas páginas son la memoria de una vocación construida entre libros, conversaciones y escritura.

*
**

El primer libro fue un regalo de mis padres durante una convalecencia. Tenía siete años y me recuperaba de una cirugía en el Hospital San Vicente de Paúl. En su primera visita me llevaron un libro de cuentos en el que encontré una historia inesperada sobre la cual volví una y otra vez, atrapado por lo que desconocía: la maravilla que me ofrecían unas páginas a su paso. El cuento, brevísimo, por cierto, se llama «La historia de Abdula», el mendigo ciego, y pertenece a *Las mil y una noches*. Lo he visto antologizado en el libro que Borges y Bioy dedicaron a la literatura fantástica. Esta fue mi primera experiencia con los libros y la lectura y, seguramente, la que determinó que muy pronto me convirtiera en un lector voraz de cuanto escrito, honorable o no, cayera en mis manos.

Un mundo que no se parecía ni a la casa, ni a la escuela, ni a la iglesia, un espacio aparte donde vivir a nuestro gusto y donde las cosas eran a otro tenor. Puro, juego, invención y pequeñas transgresiones que, luego, obraron como una enseñanza. La música, el baile, el periódico, las largas conversaciones, el cine, nuestros primeros amores; primero, por las actrices (Pauline Godard, Piper Laurie, Yvonne de Carlo, Joanne Dru) y, luego, por las vecinas que se parecían a ellas y que, para nuestro mal, habitaban un territorio aparte que, entre velos y sonrisas, las hacía imposibles. ¿Qué música? Bueno, la cubana, el mambo, el porro, la guaracha, el chachachá, el bolero. Daniel Santos, Nelson Pinedo, Bienvenido Granda, Celia, La Sonora, la orquesta de Rafael de Paz, Pachó Galán, Lucho Bermúdez, y un largo etc., hasta el rock que ya fue otro cantar. Cine, música, subir y bajar calles, atreviéndonos a ir más allá de los cuidados y consejos recibidos, hasta que en una de esas nos alcanzó la adolescencia.

En ese ambiente en el que mis amigos del barrio y yo nos dejábamos vivir, conocí a mi más grande mentor, alguien que no se presentó como guía, maestro, ni pastor religioso o ideológico, sino a alguien que, quizás advirtiéndome mi curiosidad y gusto por los libros, inició conmigo una conversación que yo, de viejo, continué de manera fantasmal. Doy gracias por tan grande regalo de la existencia. Ahora no sé qué sea de él. Se llama (ba) Juan José Zapata. De él, y una conversación que, cualquiera fuera la hora o el día, mezclando perfectamente lo liviano y frívolo con lo importante, y que igual nunca dimos terminada, fue y es de quien mayor influencia, para llamarla de algún modo, he recibido en la vida. Un maestro que despertaba en su pupilo todo un universo de perplejidades e inquietudes y que a la larga busque responder del mejor modo. Apenas era unos años mayor que yo, estudiaba el bachillerato nocturno, y me hablaba igual de la Kim Novak de la Pic-Nic como de Sartre o del Premio Nobel y su carácter político, como era el caso en ese entonces del otorgado a Winston Churchill. O de las piernas de Marlene Dietrich, aseguradas en un millón de dólares y de las crónicas publicadas en *El Espectador* por un aún desconocido García Márquez: *El crimen del apto 301* o *El asesinato de Wilma Montesi*. Para entonces, ya mayorcito, me había hecho a un carnet de la Biblioteca Pública Piloto que todavía funcionaba en la vieja casona de La Playa, a donde iba por mis libros, cada vez en número mayor por su interés y exigencia, cuando lo deseaba.

El cine y los libros me acompañaron mientras crecía y daban rumbo a mi sueño de escritor, con el que mi inocencia quiso hacer pacto. De él tuve al fin noticia cierta a mis veinte años, cuando inicié mis estudios en la vieja Escuela de Derecho de la Universidad de Antioquia. En el *Magazine Dominical*, don Guillermo Cano, destinó una página entera a cinco poemas míos y, más tarde, a otras nuevas colaboraciones, alguna ilustrada por Arenas Betancourt, quien venía de tocar la gloria en la revista *Life* con su *Bolívar desnudo*, obra que elevó la fiebre en el mundo pequeño y pudoroso de aquel entonces. De igual manera, Jorge Montoya Toro acogió mis textos en el *Suplemento Literario* de El Colombiano.

Épocas del nadaísmo y también la ocasión de conocer a Gonzalo Arango, fraterno y cercano, quien en su *Antología de la nada al nadaísmo* publicó varios poemas míos. Después, ya en 1967, gané el Premio Nacional de Poesía Vanguardia y me convertí en asiduo de las librerías de la ciudad, empezando por la Aguirre, a la que visitaba casi a diario, aprovechando que Aurita López me había abierto una cuenta, sabiendo muy bien que mis arcas eran apenas un hecho imaginario. Allí, la *Antología personal* de Borges, editada por Sur y con un valor de \$12,50, fue el primer libro anotado. Después, con el tiempo y un palito, como se decía entonces, me hice profesor a la sombra de la Literatura, mi gran Tótem.

Un día en 2018, mientras seguía en la televisión el Tour de France, en el momento en que Nairo Quintana cruzaba la meta como ganador de la etapa más difícil de la competencia, sonó el teléfono. Era Héctor Abad Faciolince, preguntándome qué de buenas noticias tenía ese día. Por teléfono jamás habíamos hablado y la llamada era una sorpresa. Héctor me anunció que había ganado el Premio León de Greiff y que el jurado (Giovanni Quessep, Ramón Cote, Fabio Morabito y Catalina González) quería saludarme. Mi nombre lo habían propuesto Carolina Gallón y Eliana Maldonado de la Biblioteca Fernando Botero de San Cristóbal. Qué tal la noticia. Para mí, De Greiff o Leo, como lo llamaba su amigo Miguel Escobar, es el más grande poeta en lengua española de los tiempos modernos. Es un Minotauro. Un poeta que no se parece a nadie y nadie se parece a él. Quien entra en su poesía, bella y múltiple, orgiástica, si se quiere, no vuelve a salir de ella. Qué galardón, pues, el recibido. Y, ahí, vamos, con semejante galardón a espaldas.

Que el libro constituya el corazón de una fiesta ciudadana y de años, como viene ocurriendo desde entonces, no deja de ser un patrimonio extraordinario. La manera como los ciudadanos responden y han respondido cada vez a la invitación a visitar en esas fechas el Jardín Botánico y aprovechar la amplia programación, recorrer los stands, asistir a las charlas y conferencias de autores de aquí y allá, solos o en familia, y a disfrutar de uno de los lugares más bellos y democrático de la ciudad, es también el testimonio vivo de que, en tiempos de bárbaros como estos, la cultura y el libro son la verdadera elección.

HACER QUE UN LIBRO EXISTA

Antes de llegar a un lector, un libro atraviesa muchos otros caminos: manuscritos leídos y corregidos, portadas diseñadas, imprentas, conversaciones, apuestas editoriales y personas que hacen posible que esa historia exista físicamente en el mundo. Fundada en 2016 por el escritor Héctor Abad Faciolince, Angosta Editores se ha consolidado como una de las editoriales independientes más importantes de la ciudad y del país. Su catálogo reúne narrativa, poesía, ensayo y crónica, y sus libros y autores han recibido reconocimientos, becas y premios nacionales. Alexandra Pareja, cofundadora y directora editorial de Angosta, ha acompañado ese recorrido desde el comienzo. Su testimonio da cuenta de los retos y las posibilidades de sostener una editorial independiente en Medellín y de la manera en que los libros empiezan su viaje hacia los lectores.

*
**



Hace diez años, cuando Héctor Abad Faciolince tuvo la idea de crear Angosta Editores, nosotros no sabíamos realmente cómo era ser una editorial independiente. Sabíamos qué queríamos publicar, pero no conocíamos todavía el camino. Éramos cuatro personas aprendiendo desde cero, investigando, equivocándonos, buscando aliados y entendiendo poco a poco cómo convertir unos manuscritos en libros que pudieran llegar a los lectores. Sin embargo, desde el principio hubo algo muy claro: queríamos descubrir nuevas voces. En ese momento, en Medellín, existían varias editoriales independientes muy buenas con publicaciones de todo tipo; en ocasiones, no se entendía qué libro había sido publicado por su mérito literario y cuál porque el autor había pagado por hacerlo. Nosotros queríamos otra cosa. Queríamos apostar por autores de alto nivel literario y a los que nadie conocía todavía, personas que enviaban manuscritos a las editoriales y muchas veces ni siquiera recibían una respuesta.

Esa fue siempre la razón de existir de Angosta: darles espacio a escritores nuevos. Y cuando digo nuevos no hablo necesariamente de gente joven, sino de personas que todavía no habían tenido la oportunidad de publicar. Claro, eso implicaba un doble salto de fe para los lectores por confiar en una editorial novata que además estaba apostando por autores no conocidos. Eso era lo que queríamos construir, una relación de confianza con los lectores. Lo desconocido siempre da miedo. Nosotros empezamos con muchísimo susto, pero también con unos aliados maravillosos. Mesa Estándar, por ejemplo, fue fundamental. Ellos entendieron desde el principio qué queríamos hacer con los libros y construyeron toda la identidad visual de Angosta. Nosotros llegamos apenas con el nombre y unas ideas muy básicas; ellos nos ayudaron a aprender cómo debía verse un libro, cómo debía sentirse en las manos de un lector. Una de las cosas más bonitas de estos diez años ha sido ver crecer el proyecto. Hoy alguien llega a Angosta y encuentra una editorial consolidada, pero al comienzo éramos apenas una oficina pequeña, llena de cajas y nervios. Todo era nuevo.

La independencia editorial debe tener mucho de resistencia y de coherencia. Lo más importante para nosotros ha sido cumplir lo que nos propusimos desde el principio. Angosta no publica libros por salir del paso ni tiene una lógica de producción en serie. A veces nos preguntan cuántos libros publicamos al año y yo no sé responder con exactitud, porque cada libro tiene su ritmo. Lo bueno de la independencia es que uno puede hacer el proyecto en el que cree, y eso implica muchas cosas invisibles. La travesía de un libro suele ser hermosa cuando uno está leyendo manuscritos o trabajando con un autor que admira, pero se llena de obstáculos cuando aparecen los temas económicos, burocráticos o técnicos. El trabajo editorial tiene mucho de hacer maromas para que todo ocurra.

Nosotros nacimos en 2016, y en 2017 vivimos nuestra primera Fiesta del Libro. Nunca se me olvida ese estand en la Circunvalar, entrando por Carabobo, compartido con Mesa Estándar. Era la primera vez para todos y se despertó algo muy difícil de explicar, era una mezcla de adrenalina, orgullo y emoción al ver tanta gente reunida alrededor de los libros. Desde ese momento entendí que la Fiesta del Libro tiene algo muy especial. Es la época del año que más me emociona. Me

encanta irme para allá desde la mañana, atender personas, mirar libros, conversar con lectores. Todo me gusta. Ese 2017 llegamos apenas con cuatro o cinco libros publicados. Uno de ellos era *Niebla en la yarda*, de Estefanía Carvajal, un libro construido a partir de testimonios de colombianos presos por narcotráfico en Estados Unidos. Ya teníamos todos los ejemplares impresos y listos para la Fiesta cuando recibimos una carta de un abogado diciendo que una de las personas mencionadas en el libro ya no quería aparecer en él. Eso fue un desastre. Nosotros éramos novatos y de un momento a otro teníamos cajas enteras listas para un lanzamiento que parecía venirse abajo. Lloramos, hablamos con abogados, no sabíamos qué hacer. Hasta que Héctor tuvo la idea de pintar de negro las páginas en las que aparecía ese testimonio. Llamamos a la imprenta y, afortunadamente, reaccionaron de inmediato. Desempeñaron los libros, tacharon las páginas y volvieron a armarlos, pero aun así no alcanzaban a llegar completos para la Fiesta.

Entonces tomamos una decisión: no cancelar el lanzamiento. Héctor se subió al escenario y le explicó a la gente lo que estaba pasando. Les dijo que los libros todavía estaban en proceso, pero que quien quisiera podía dejarlo pago y nosotros se lo mandaríamos después a la casa. Y ocurrió algo hermosísimo. La gente empezó a hacer fila para comprarlo igual. Nosotros anotábamos nombres y direcciones en libretas mientras las personas nos decían: «Yo lo quiero», «A mí me lo mandan cuando puedan». Ahí entendí también algo muy importante: que la Fiesta no funciona porque haya libros, sino porque hay una comunidad de lectores que cree en los proyectos editoriales independientes y los acompaña. Después pasó algo todavía más increíble. Cuando salió la nueva edición limpia, mucha gente quería la versión con las páginas tachadas de negro. Ya el error se había convertido casi en una pieza de memoria de esa primera Fiesta. Y eso resume mucho lo que ha sido Angosta: una editorial que ha ido creciendo gracias a los lectores, a los libreros, a otros colegas y a una red muy generosa de personas que creen en los libros.

El ecosistema editorial independiente en Medellín tiene algo muy bonito y es que no funciona

desde la competencia feroz, sino desde la colaboración. Entre editoriales nos hacemos recomendaciones, compartimos contactos, nos ayudamos con información útil para todos. A mí eso me sigue pareciendo maravilloso. Desde que llegamos sentimos que el gremio nos abrió las puertas. Y también están los lectores, que son lo más lindo de todo. En las ferias siempre pasan cosas conmovedoras. Gente que llega a decir que colecciona nuestros libros, lectores que se saben poemas de memoria y los recitan en el estand, personas que vuelven cada año a contarnos qué libro les gustó más o menos. Ahí se crea una relación muy cercana. Por eso me parece tan importante defender las ferias y los espacios donde los libros se encuentran físicamente con las personas, porque el libro tiene algo que no se reemplaza con nada más. Más allá de viajar sin salir de casa. Es entrar en un mundo propio e íntimo. Por eso el Macondo que yo imagino nunca será igual al tuyo. Cada lector encuentra algo distinto: compañía, refugio, preguntas, consuelo, emoción. Y lo más bonito es que la Fiesta permite que todas esas experiencias privadas se vuelvan colectivas. Uno llega con su lectura íntima y de repente encuentra otras personas que también fueron tocadas por esa historia.

Creo que Medellín es hoy una ciudad mucho más lectora que hace veinte años. La gente responde a las oportunidades que se le ofrecen. Cada vez veo más niños, más familias, más personas mayores, más personas con discapacidad habitando la Fiesta. Eso transforma algo del tejido social. A mí me gustaría que la Fiesta siga creciendo sin perder nunca esa humanidad. Que siga siendo un lugar donde las personas puedan encontrarse alrededor de los libros, conversar, descubrir autores nuevos y sentir que la lectura también puede ser una forma de hacer comunidad.



DE LA LIBRERÍA A TUS MANOS

Los libros no llegan solos a los lectores. Entre quienes los escriben, editan y publican, existen también personas que los recomiendan, los ponen en circulación y convierten las librerías en lugares de encuentro. Rodney Casares llegó a Medellín desde Venezuela en 2016, después de una larga trayectoria como librero, editor y promotor cultural. Como fundador y librero de Itaca, ha contribuido a fortalecer una comunidad construida alrededor de los libros y la conversación. Su historia muestra cómo una ciudad también puede conocerse a través de sus librerías, cómo los libros crean vínculos entre personas que antes no se conocían y cómo la lectura puede convertirse en una forma de habitar un territorio y construir un lugar propio en él.

*
**

He sido librero durante más de la mitad de mi vida. Ya han pasado 26 años desde que me estrené en el oficio, pero siempre fui lector. Mi tía me enseñó a leer cuando ella ni siquiera había terminado la secundaria. Después, en el colegio, pasé mucho tiempo con un bibliotecario llamado Carlos, leyendo de todo. Eran los años ochenta. Recuerdo especialmente *La calle es libre*, de Kurusa, un libro de Ediciones Ekaré que cuenta la historia de unos niños de un barrio de Caracas que intentan conseguir un parque. Me gustaba porque también era mi historia: en mi barrio no había parque y teníamos que ir a una plaza para jugar. Otro momento importante en mi historia como lector fue el encuentro con *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez. Tenía que leerlo para una tarea del colegio y lo fui dejando para última hora hasta que terminé leyéndolo en medio de una fiebre. Esa lectura cambió mi forma de leer y empecé a leer mucho más, pero la verdad es que nunca imaginé que los libros terminarían siendo mi oficio.

Cuando tenía veintiún años, en 1999, nació mi hijo mayor. Al año siguiente me quedé sin trabajo y conseguí uno como librero auxiliar en una de las librerías más importantes de Caracas, llamada Ludens. Cuando entré, pensé: «Esto es lo mío». Claro que estaba la necesidad económica, pero sentí que había encontrado mi lugar; fue una especie de enamoramiento. Además, tuve una suerte enorme. Mi jefe era Leonardo Milla, uno de los grandes libreros que tuvo Venezuela. Desde el primer día dije: «Enséñenme todo». Quería aprender cómo llegaban los libros, cómo se organizaba una librería, cómo se recomendaban lecturas. Él me permitía llevarme los libros a casa, leer en la librería y preguntarle todas mis dudas. A los pocos meses me enviaron a apoyar otra sede y terminé convirtiéndome en el encargado de Alejandría 332. Tenía apenas veintidós años. Leía diez libros al mes para aprender, recomendar y ganarme la confianza de los lectores. Así fui construyendo mi carrera como librero. En 2004, me gané una beca del Cerlalc para un taller de libreros en Bolivia y desde entonces no paré de formarme. Fui a congresos en distintos países, casi siempre con recursos propios. Si quería aprender algo, buscaba la manera de hacerlo.

En esa primera década participé en varios proyectos relacionados con el ecosistema del libro en Venezuela. Creé el Premio de los Libreros Venezolanos, donde varios libreros nos reuníamos para reconocer los libros publicados cada año. También construí una guía de librerías y, en 2013, fundé Libros del Fuego junto a Alberto Sáez. En 2015 me retiré de la librería. Sentía que después de quince años era el momento de probar algo distinto. Tenía la idea de crear una librería digital y empecé a trabajar en Metamorfosis mientras seguíamos adelante con el editorial.

En 2016 nos llegó un correo de Grámmata, una librería que iba a operar el primer Salón de Editoriales Independientes durante la 10.ª Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín, invitándonos a participar con libros de nuestro catálogo. Nosotros ya teníamos relación con Colombia porque muchas veces veníamos a Bogotá a comprar libros para la librería virtual, pero no conocíamos Medellín. En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara ya había escuchado hablar

de que la Fiesta era un evento del libro muy chévere, muy distinto. Entonces respondimos que sí al correo de Grámmata, pero que también nos invitaran a nosotros, que de todas maneras íbamos a viajar a Colombia a comprar libros, así que nosotros costeábamos los pasajes.

Lo primero que pensé cuando bajábamos del aeropuerto de Rionegro fue que aquello se parecía mucho a Caracas. Los cerros llenos de casas, la ciudad en medio del valle, el clima. Pero al día siguiente, cuando llegamos al Jardín Botánico, fue una locura, un amor a primera vista. Conocía las grandes ferias de la región, Guadalajara, Buenos Aires y Bogotá, pero todas se realizaban en centros de convenciones. Ver una feria del libro en un jardín fue otra cosa. Y mirarla desde arriba, cuando uno sale de la estación Universidad del metro, con las carpas entre los árboles y la gente caminando por todas partes, fue impresionante. Para ese momento yo ya tenía pensado mudarme a Colombia. Bogotá era la primera opción porque era la ciudad que conocía, pero cuando conocí Medellín dije: «Aquí es». Volví a Caracas y dos meses después ya estaba viviendo aquí con mi familia. Por eso siempre digo que me siento hijo de la Fiesta. Puede sonar raro, pero es así.

Empecé a conocer Medellín a través de las librerías en 2017. Primero recorrí las que estaban cerca de mi casa y después fui ampliando esa cartografía. Le pedí trabajo a Wilson en Grámmata, porque quería conocer gente, proveedores, entender cómo eran los lectores de Medellín. Empecé a entrevistar libreros para un proyecto llamado *Voces de la librería* y también a participar cada año en la Fiesta con la editorial. Mientras seguía recorriendo librerías, entrevistando libreros y participando en los eventos del libro, empezó a tomar forma una idea que venía rondándome desde hacía tiempo. En 2021, después de la pandemia, fundé mi librería actual: Ítaca. En un inicio fue un proyecto virtual. El primer evento lo hicimos en La Pascasia y después vinieron otros encuentros en Bogotá y distintos espacios de Medellín. En 2022 abrimos la sede física. También ese año hice el mapa de librerías de Medellín porque sentía que hacía falta. En Caracas ya lo había hecho. Para

promocionar el mapa empecé a organizar recorridos para que la gente conociera las rutas de librerías que podían hacer por Medellín.

El primer *tour* fue desde La Floresta hasta la Biblioteca Pública Piloto y se volvió un fenómeno. A la gente le gustó muchísimo. El mapa siguió creciendo y este 2026 publicamos una nueva versión ilustrada. Yo he entendido que cuando a uno le va bien, a todos nos va bien. Sería muy egoísta no pensar en los demás si mi librería empezó a existir gracias a otros: la gente creyó en mí, me abrió las puertas y me ayudó cuando estaba comenzando. Entendí que trabajar por la ciudad y por los lectores termina fortaleciendo todos los proyectos. Desde el año pasado estamos haciendo la Escuela de Libreros para Antioquia junto a Marcela Fernández y con el apoyo de Comfama. En la segunda edición tuvimos casi cien inscritos entre libreros jóvenes y libreros con trayectoria. Además de la escuela, también impulsamos la Noche de Librerías junto a La librería de la Pascasia y Lee mi Alma. Todo eso demuestra que existe interés por conversar y seguir aprendiendo juntos sobre este oficio.

Lo que más me gusta de ser librero sigue siendo conversar con la gente. Cuando alguien agradece una recomendación, cuando encuentras lectores nuevos, cuando surgen conexiones inesperadas. Tengo mucho que agradecerle a la ciudad y a la Fiesta porque hoy estoy rodeado de gente maravillosa. Todos mis amigos me los han dado los libros y poco a poco hemos construido una comunidad preciosa en torno a la lectura, el encuentro y la conversación. Un día alguien me preguntó si no extrañaba mi casa, refiriéndose a Caracas. Le respondí que sí, que extraño a mi familia. Pero mi casa está aquí en Medellín, gracias a los libros, gracias a las librerías y gracias a la Fiesta.

UNA CIUDAD HECHA DE BIBLIOTECAS

En 2026, mientras la Fiesta del Libro y la Cultura celebra dos décadas de existencia, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín también cumple veinte años como sistema articulado de ciudad. Sin embargo, su historia comenzó mucho antes: en las bibliotecas público escolares creadas en los años ochenta, en las bibliotecas parroquiales y comunitarias, y en los primeros procesos de promoción de lectura que empezaron a conectar a Medellín alrededor de la palabra. La travesía de Luz Estela Peña Gallego ha acompañado buena parte de ese recorrido. Durante más de treinta años ha trabajado como bibliotecaria y, desde 2008, lideró el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín en uno de los momentos más importantes de su consolidación y expansión. Su testimonio permite recorrer la transformación de las bibliotecas de la ciudad de espacios silenciosos a lugares vivos de encuentro, creación y construcción colectiva alrededor de la lectura, la escritura y la oralidad.

*
**



Nací en un barrio sin biblioteca, en Los Mangos, Medellín. Allí crecí en medio de la precariedad, pero también de la solidaridad vecinal. Mi madre, absorbida por los oficios domésticos y la crianza de siete hijos, escasamente sabía firmar. Mi padre, después de largas jornadas de trabajo de obrero, llegaba a casa a escuchar noticias y su programa favorito de tangos y boleros en la radio. Así que en lugar de cuentos infantiles, mi infancia estuvo marcada por melodías melancólicas y románticas. Mi primer contacto con los libros fue a través de un vecino de oficio carpintero y líder cívico, expulsado del municipio de Granada por la violencia, quien tuvo la iniciativa de convertir el patio de su casa en un espacio de lectura para los niños y jóvenes de la cuadra. Luego me acerqué a la Biblioteca Parroquial Natividad de Nuestra Señora liderada por el padre José Espiricueta. Allí, ayudando en tareas sencillas, descubrí que compartir la lectura con otros niños era una forma de sembrar esperanza en un mundo lleno de limitaciones. Ese fue mi inicio como voluntaria de biblioteca. Luego tuve la oportunidad de laborar en una biblioteca escolar de un colegio privado, que me permitió acercarme a la literatura infantil y al acto de la promoción de lectura, motivándome a estudiar Bibliotecología y, cuando avanzaba en la mitad de este proceso, empecé a trabajar en la biblioteca La Floresta. Inicié en Procesos Técnicos, preparando los libros para su uso público. Todo era manual: fichas, ficheros, intercalación alfabética. Veía la necesidad de digitalizar, de modernizar, pero las resistencias y limitaciones eran grandes. Solicité que me trasladaran de Procesos Técnicos a la Biblioteca porque mi real motivación era el trabajo con el público: aportar al verdadero valor de la biblioteca, al acceso a la información, escuchar, acompañar, ayudar a que cada persona encontrara lo que buscaba. Eso es lo que significa para mí ser bibliotecaria.

La biblioteca funcionaba con muy pocas personas y en horarios limitados, pero poco a poco el barrio empezó a apropiarse de ella. La comunidad defendía ese espacio porque entendía que allí estaba ocurriendo algo importante. Cuando apareció la idea de construir el Parque Biblioteca de San Javier,

muchas personas se preocuparon pensando que iban a cerrar la biblioteca de La Floresta. Recogieron firmas, la defendieron, exigieron que permaneciera abierta y fortalecida. Ahí entendí que una biblioteca deja de ser una institución cuando la comunidad empieza a decir: «Esa biblioteca es nuestra».

Con los Parques Biblioteca también cambió la idea que teníamos del servicio bibliotecario. Durante mucho tiempo las bibliotecas habían sido concebidas como lugares silenciosos, casi rígidos. Si alguien hablaba duro o cantaba con niños, aparecía alguien a pedir silencio. Cuando llegaron los Parques Biblioteca, la pregunta fue otra: ¿cómo hacer que una biblioteca responda a las necesidades de la comunidad? Entonces aparecieron espacios diseñados para primera infancia, clubes de lectura, talleres de escritura, actividades artísticas, laboratorios digitales, procesos de oralidad y encuentros intergeneracionales. Siempre he dicho que una biblioteca tiene que aprender a leer el territorio. No basta con pensar qué libros hay en las estanterías; hay que entender qué necesita la comunidad, qué le hace falta, qué posibilidades puede abrir ese espacio. Por eso las bibliotecas han cambiado tanto. Hubo un momento en que enseñar Word o Excel era urgente; después llegaron los laboratorios creativos Biblilabs, hasta derivar en lo que hoy son los *Makerspaces*, espacios para entender las nuevas formas de la cultura digital porque las preguntas, los intereses y las necesidades de los jóvenes también cambiaron.

Durante mi paso por la biblioteca se gestaron varias transformaciones físicas de servicios, de enfoque: de ser un espacio que privilegiaba la promoción de lectura, se convirtió en un lugar de encuentro, de creación, de comunidad. Por más de treinta años participé en la construcción y consolidación de un sistema bibliotecario que transformó la vida de miles de personas. Vi cómo las bibliotecas pasaron de ser espacios improvisados en parroquias y patios, a convertirse en instituciones con diversidad de programas, catálogos digitales y actividades de lectura, escritura, de memoria, culturales y tecnológicas. En esa transformación fue muy importante la construcción del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y

Oralidad. Ahí entendimos que no podíamos seguir trabajando de manera aislada, con proyectos separados o competencias entre instituciones. La gran apuesta fue aprender a juntarnos: bibliotecas, promotores, colegios, gestores culturales, escritores y comunidades pensando juntos cómo construir una ciudad más lectora.

El Plan permitió articular muchas cosas que ya existían y abrir otras nuevas. Ahí se fortalecieron procesos como pasitos lectores para primera infancia, los abuelos cuentacuentos, los clubes de lectura, los talleres de escritura y los encuentros de promotores. También entendimos que la lectura no podía quedarse en el libro impreso, por eso incorporamos la oralidad y otras formas de narrar y compartir la palabra. La Fiesta del Libro hace parte de esa misma travesía que también ha crecido junto con las bibliotecas. Para mí, la Fiesta nunca ha sido solo un evento. Es el resultado de toda una estrategia de lectura, escritura y oralidad construida colectivamente en la ciudad. Ahí aparecen los procesos que llevan meses o años gestándose: el niño que empezó en un club de lectura y ahora participa en un taller de escritura, la persona que escribe sus primeros textos y luego los comparte en público, el escritor que encuentra en la Fiesta un espacio para presentar su obra, los promotores, mediadores y comunidades que han construido esos procesos desde lo cotidiano.

Por eso nunca la he visto separada de las bibliotecas. Lo que ocurre en la Fiesta nace muchas veces en procesos pequeños que se sostienen durante el año en todas las bibliotecas de la ciudad, y que convergen en la celebración colectiva gracias a ella. Ahí está una de las cosas más importantes que he aprendido en esta travesía: los procesos de lectura necesitan continuidad. Uno lo ve, por ejemplo, en programas como Pasitos Lectores. Los niños llegan tímidos en enero y en diciembre ya son otros: se acercan solos a escoger libros, empiezan a preguntar, a exigir, a descubrir qué historias les gustan. Lo veo incluso con mis nietos. Antes yo era quien les seleccionaba los libros; ahora llegan a la biblioteca o una librería y me dicen: «No, Tita, ese no. Yo quiero este». Ahí uno entiende que el proceso realmente está ocurriendo, porque ya hay apropiación, criterio, deseo.

También he visto cómo las bibliotecas acompañan otras necesidades mucho más profundas de las comunidades. En la biblioteca de El Limonar, por ejemplo, llegan adultos que están validando el bachillerato nocturno y buscan allí alguien que los acompañe en procesos que no entienden o que tuvieron que abandonar años atrás. Muchas de esas personas llegaron desplazadas por la violencia o crecieron sin oportunidades educativas. Entonces la biblioteca deja de ser solamente un lugar para leer libros y se convierte en un espacio donde alguien puede volver a imaginar una posibilidad de vida. A veces decir esto puede sonar romántico, pero cuando uno trabaja tantos años en bibliotecas entiende que sí es posible transformar vidas desde ahí. Porque las bibliotecas no solo garantizan acceso a libros: garantizan derechos culturales. Hemos recibido un legado que nos pertenece a todos y todas. Nuestro compromiso, desde las bibliotecas y el ecosistema del libro, es cuidarlo y entregarlo más vivo, más inclusivo y apropiado de lo que lo encontramos, para que siga siendo herencia y horizonte para quienes vendrán.



MEDELLÍN ABIERTA AL MUNDO

La Fiesta del Libro y la Cultura también ha permitido que Medellín converse con el mundo a través de la literatura. Durante estos veinte años, autores de distintos países han llegado a la ciudad no solo para compartir sus obras, sino también para encontrarse con lectores, recorrer Medellín y construir nuevas relaciones con su vida cultural. En ese intercambio, la ciudad también ha encontrado formas de narrarse y de verse desde otras miradas. Frank Báez es poeta, narrador y cronista dominicano. Su obra se ha destacado por mezclar la cotidianidad caribeña con una escritura que transita entre la poesía, la narrativa y la crónica. A través de los años, su vínculo con Medellín se ha ido construyendo desde la literatura, las amistades y su participación en la Fiesta del Libro, hasta convertir la ciudad en un lugar recurrente dentro de su travesía como escritor.

*
**

Empecé a escribir muy temprano. En mi casa había una biblioteca grande y ese era, para mí, el espacio más bonito de la casa. Mi papá también escribía, aunque más desde el área científica y social. Crecí rodeado de libros. Soy generación preinternet, entonces en mi infancia los libros tenían una potencia enorme. Uno veía un atlas y podía pasarse horas imaginando países, ciudades, mundos. Había muchos libros ilustrados. Pero lo que me gustaba era leer, descifrar las palabritas de las páginas y que estas me hicieran imaginar mundos, personas, aventuras... Para mí leer nunca fue algo obligatorio o tortuoso. Todo lo contrario. Los libros eran diversión, entretenimiento, una fiesta. Siempre sentí que el conocimiento entraba justamente por ahí, por el disfrute. Esa relación tan natural con la lectura fue lo que me llevó después a escribir. Empecé con poesía, y de ahí pasé a la narrativa, al ensayo, a las canciones, incluso a los guiones.

En República Dominicana no existe una industria editorial tan fuerte o consolidada. Así que muchas veces publicar implicaba mirar hacia afuera. Internet abrió muchísimo las posibilidades. Muchas de las primeras cosas que publiqué circularon primero por ahí, en revistas digitales y proyectos internacionales. Todo eso fue haciendo que mi trabajo empezara a circular allende los mares. Yo estudié Psicología y después me especialicé en Investigación Social. Trabajé mucho tiempo en esas áreas hasta que regresé al mismo lugar: los libros. Entré a una editorial y me convertí en director de una revista. Durante más de diez años trabajé como editor, mientras seguía escribiendo mis poemas, mis cuentos y mis crónicas.

Mi relación con Medellín comenzó desde la literatura. Antes de conocer la ciudad ya había leído a muchos autores vinculados con ella: Fernando Vallejo, José Manuel Arango, o autores nadaístas como Jaime Jaramillo Escobar o Gonzalo Arango. Pero sobre todo a Darío Jaramillo Agudelo, a quien admiro muchísimo. Yo editaba en Santo Domingo una revista de poesía llamada *Ping Pong*, y un día recibí un correo suyo. Había encontrado una traducción que hicimos de Philip Larkin y quería pedir permiso para usarla en un proyecto. Yo no lo podía creer. Pensa-

ba: «¿Darío Jaramillo me está escribiendo a mí?». A partir de ahí empezamos a intercambiar correos y, tiempo después, coincidimos cuando me invitaron a un festival de poesía en Pereira. En ese viaje pasé por Bogotá y nos conocimos. Un año después, el poeta John Galán Casanova publicó una selección de poemas míos en la revista *Universo Centro*, editada en Medellín. Gracias a esta publicación, el equipo de editores de Eafit supo de mi existencia y me propusieron editar mi obra *Posfales*.

Este librito de color rojo llegó a manos de un inquieto y joven Santiago Rodas. Nos escribimos, intercambiamos poemas y otra vez pasó lo mismo: la relación literaria terminó convirtiéndose en amistad. Santiago le presentó mi trabajo a Yesica Prado, al equipo de los Eventos del Libro, y a otros poetas más. Así empezó a crecer mi familia paisa. Entonces ocurrió algo muy bonito: Medellín dejó de ser una ciudad que yo había leído y se convirtió en un lugar al que regresaba con frecuencia. Por ejemplo, asistí dos veces al Festival Gabo que celebraban entonces en Medellín, donde en una ocasión, en La Pascasia, tuve una presentación musical junto a mi amiga y cantante Laura Mejía. También me invitó Luis Bernardo Yepes a un congreso nacional de promotores de la lectura en el que se habló de mi poesía. Se multiplicaron las colaboraciones, las publicaciones, los viajes y los encuentros entre Medellín y yo. Cada vez que voy encuentro algo distinto: un poeta nuevo, un bar distinto, una conversación inesperada, un proyecto literario nuevo.

Pero a Medellín he ido sobre todo a la Fiesta del Libro. La primera vez que la visité me impresionó muchísimo el espacio. Me sorprendió que se realizase dentro de un jardín botánico. A mí me gusta mucho esa relación entre los libros y los árboles. No solo porque los árboles se convierten en libros, sino porque ahí se siente que todo dialoga: los librerías, el público interesado o el viento bailando con las ramas. Además, me gusta la posibilidad de quedarse horas enteras tumbado en la yerba con un libro, conversando o simplemente viendo pasar las nubes o las personas. Recuerdo haber pensado que era el evento literario más grande en el que había estado. Como el

parque parece infinito, uno siente que las casetas con libros también se expanden por todas partes, como recordando que los libros fueron árboles e intentarían expandir su ramaje y follaje. Y al mismo tiempo no se siente una feria rígida o solemne. La gente está leyendo sobre el césped, haciendo picnic, escuchando música, viendo teatro, entrando y saliendo de conversaciones. Ahí entendí por qué se llama Fiesta.

Una de las experiencias más impactantes fue participar en Adopta un Autor. Creo que es uno de los proyectos más hermosos en los que he estado. Me impresionó ver cómo los estudiantes se relacionaban con los poemas: los adaptaban al teatro, los convertían en canciones o en raps, o hacían manualidades, *collages*, pinturas, esculturas e instalaciones. Y hacían preguntas increíbles. Preguntas que no venían desde la teoría literaria, sino desde la vida. Eso me conmovió muchísimo porque uno escribe esperando que los poemas dialoguen con las personas. A veces uno piensa que los adolescentes no van a conectar con la poesía, pero de pronto ellos cogen los textos, se conectan y les dan vida, intención y modernidad, y el poema crece más allá de sus límites.

Todavía guardo videos y cartas de esos encuentros. Recuerdo a una niña muy pequeña que me entregó un regalito y dijo a todo pulmón en el micrófono: «El escritor más importante del mundo es Frank Báez». Yo pongo ese video a veces cuando siento que no tengo ganas de escribir. Pienso que no puedo defraudar a esa niña, que ella va a crecer y quizás algún día volverá a leer mis libros, y entonces tengo que escribir cosas buenas para que le puedan ser útiles en su vida. Lo más hermoso de esos encuentros es que muestran cómo la literatura puede convertirse en una experiencia viva y colectiva. Los estudiantes no leen los textos como una obligación escolar: los transforman, los discuten, juegan con ellos. Ahí los poemas dejan de pertenecer al autor y las personas que los leen se los adueñan, los hacen suyos.

Con el tiempo la Fiesta también me abrió otras puertas. Mi relación con SURA y con la colección Habitar nació precisamente gracias a esa cercanía con Medellín. El año pasado participé en el proyecto Habitar donde distintos autores con-

temporáneos —como Juan Villoro, Leila Guerriero y Fernanda Trías— dialogábamos con textos clásicos. A mí me correspondió trabajar unos cuentos del siglo XIX y contextualizarlos con el presente. La presentación de ese libro en la Fiesta fue oportuna porque terminó convirtiéndose en una experiencia artística completa: había música, danza, lectura en voz alta, sonidos incidentales, actores. Parado en el escenario, yo leía un cuento de O’Henry, incluido en la publicación, mientras unos jóvenes hacían *foley*, es decir, recreaban en vivo los sonidos del cuento. Era una puesta en escena hecha al aire libre y llena de gente.

Ahí volví a sentir algo que siempre me pasa en Medellín: que la literatura sale del libro y ocupa otros espacios. Se mezcla con el teatro, con la música, con la conversación, con los cuerpos. Después los libros regresan a las manos de los lectores, claro, pero durante ese momento de Fiesta las historias salen de las páginas y se vuelven colectivas. Y eso me parece muy valioso, sobre todo en un contexto latinoamericano en el que muchas ferias del libro se han vuelto espacios demasiado comerciales, donde se asume la poesía y la literatura como productos. En cambio, aquí todavía existe un elemento humano, social y gregario muy fuerte. No se trata de vender libros, sino también de promover el compartir, el roce humano, de escuchar las historias ajenas, de que un poema toque la epidermis y la erice, de que una conversación deje algo. Hacer parte de esta historia ha sido muy valioso para mí porque la Fiesta no ha sido un evento al que voy como invitado. Me ha regalado amigos, lectores, colaboraciones, proyectos, trabajo y una relación mucho más profunda con Colombia. Cada viaje a Medellín termina conmigo con los ojos enrojecidos en el aeropuerto porque no quiero dejar la ciudad. Hay algo auténtico, vibrante y profundamente vivo en la Fiesta del Libro de Medellín. Siempre le digo a la gente que debe visitarla al menos una vez en la vida.



LA FIESTA ES SU GENTE

Durante veinte años, cientos de miles de personas han cruzado las puertas de la Fiesta del Libro y la Cultura. Entre los árboles del Jardín han nacido amistades, se han fortalecido vínculos familiares, se han compartido libros y conversaciones, e incluso han comenzado historias de amor. La Fiesta ha sido escenario de encuentros que duran un momento y que permanecen en el recuerdo toda la vida. Por eso quisimos abrir estas páginas de la misma manera en que la Fiesta abre sus puertas cada septiembre: invitando a la gente a entrar y a compartir sus historias.

Estos relatos nos llegaron desde distintos barrios de Medellín y municipios del Valle de Aburrá. Junto a las fotografías que acompañan este capítulo, guardan fragmentos de la memoria de quienes han hecho de la Fiesta una tradición familiar, un refugio, un lugar de descubrimiento o un punto de encuentro. Porque si algo amplía el sentido de que exista un evento como la Fiesta, es la manera en que las personas la incorporan a sus vidas y la convierten en parte de su historia.

Un día cualquiera en el colegio, el profesor dijo que tendríamos una salida pedagógica a la Fiesta del Libro. Me sorprendí porque no sabía qué era eso. Llegué a mi casa y le conté a mi mamá. Al otro día fui con mi morral y dinero para comprar mi primer libro. Cuando llegamos había muchísimas personas. Después entramos al Jardín Botánico y, al ver todos esos libros, la gente leyendo, escribiendo y comprando, sentí que estaba en otro planeta. Desde ese día cambió por completo mi manera de ver la lectura, porque sentí que estaba donde tenía que estar. Compré *Charlie y la fábrica de chocolate* y lo llevé en las manos durante todo el regreso. Sentí que había empezado a vivir de nuevo. Cuando llegué a mi casa lo leí con mi mamá. Desde entonces, cada sábado vamos a la biblioteca, prestamos libros y los leemos antes de dormir.

CLARA ISABEL JARAMILLO ARBELÁEZ, 12 AÑOS



En el colegio conocí a Nelly, una profesora que transformó mi relación con los libros. Más que recomendar lecturas, nos mostró que leer era una forma de vincularse con la vida. Verla tan conmovida por lo que leía, tan comprometida con las preguntas que los libros abrían, hizo que yo entendiera la lectura como un espacio de encuentro, amistad y pensamiento. En una casa donde no había libros, ella fue el punto de partida de todo. Me enseñó que un libro puede cambiar una vida cuando aparece alguien que sabe compartirlo. Por eso la Fiesta del Libro ocupa un lugar tan especial para mí. Allí veo multiplicado aquello que Nelly me regaló. La Fiesta no celebra únicamente los libros: celebra los vínculos que nacen a través de ellos.

FELIPE SALAZAR TABARES, 30 AÑOS

Mi nombre es Nicolás, tengo siete años y he ido a la Fiesta del Libro los últimos cuatro años seguidos. Para nosotros es uno de los eventos más esperados del año porque vamos en familia y allá he compartido momentos maravillosos con mi mamá y mi papá. Me gustan mucho las actividades y las librerías, donde encuentro historias nuevas y personajes increíbles. Ir a la Fiesta del Libro hace que los fans de la lectura nos sintamos unidos con otras personas a las que también les gusta leer. El año pasado vi los libros de Harry Potter y me dije: «Cuando pueda, los compro». Esa es la ilusión de este año. Gracias, Fiesta del Libro, por todo eso.

NICOLÁS VELÁSQUEZ TABORDA, 7 AÑOS



Llegué a la Fiesta del Libro en 2022 con mi colegio. No sabía qué esperar, pero cuando entré y vi los árboles cubriendo los stands de libros, la luz colándose entre las hojas, sentí algo extraño en el pecho. Vengo de Venezuela. Allá los libros eran difíciles de conseguir, pero yo los necesitaba. La adolescencia en el campo es ruidosa de una forma extraña: mucho silencio afuera, mucho ruido adentro. Yo le daba vueltas a todo, me sentía sola, trataba de entender quién era en un país que ya no sentía mío. Los libros llegaban de a uno, prestados, fotocopiados. Los cuidaba como si fueran lo único que me mantenía entera. Cuando vi la Fiesta por primera vez pensé: «Existe un lugar así». Tantos libros juntos, al aire libre, tanta gente caminando entre ellos como si nada. Me di cuenta de que había encontrado un pedazo de mundo en el que no tenía que explicarle a nadie por qué escribo, por qué cargo siempre un libro, por qué a veces necesito desaparecer en una historia. Ahí, bajo esos árboles, mi pasado venezolano y mi presente colombiano dejaron de pelear. Por primera vez sentí que podía ser las dos cosas al tiempo.

SCARLETT BERMÚDEZ, 20 AÑOS

Desde muy pequeño, la Fiesta del Libro ha sido uno de esos eventos de ciudad que esperamos cada año en casa. Es como si llegara una especie de Navidad hecha de libros. Mi mamá me enseñó a tenerla presente en el calendario. Cuando entramos al Jardín Botánico y veo el bullicio, las carpas y los puestos con ese olor a papel nuevo, es imposible no emocionarme. Hemos ido a cada edición para antojarnos de cuentos, cómics y una que otra novela; participar en talleres, cuentacuentos, pintacaritas y muchas otras actividades. Vivir aventuras reales a través de la lectura. En 2019 compré un libro que casi no elijo entre tantas posibilidades. Cuando lo tuve en mis manos no esperé a guardarlo: me senté en el pasto del Jardín Botánico y allí mismo lo devoré, rodeado de árboles y gente feliz. Lo mejor de la Fiesta no es solo comprar libros, sino compartirlos. Me encanta contarle a mi familia de qué tratan. Es como pasarles un pedacito de mi felicidad.

TOMÁS CORREDOR DÍAZ, 13 AÑOS



Hace once años me convertí en mamá. Desde que mi hija tenía cinco meses pertenecemos al programa Al Calor de las Palabras de Comfenalco Antioquia, en Rionegro. Gracias a esa experiencia descubrimos, a través de la lectura y el juego, aprendizajes maravillosos que marcaron nuestros primeros años juntas y fortalecieron nuestro vínculo desde muy temprano. En 2015 nos llevaron por primera vez a la Fiesta del Libro y simplemente nos enamoramos. Salomé, con apenas un año, disfrutó mucho la bebeteca: los juegos, los libros, los personajes, las historias y cada una de las actividades en las carpas. Todo eso se convirtió en una cita anual infaltable para nosotras. Para mí es maravilloso ver crecer a mi hija en este espacio: sus gustos literarios han evolucionado con los años y, al tiempo, yo he aprendido a amar cada vez más la lectura.

CAROLINA MONTOYA, 34 AÑOS

La primera vez que fui a la Fiesta del Libro ya era grande. Mi mamá nos llevó. Recuerdo antojarme de muchos libros, aunque mi economía no me permitía comprarlos todos. Apenas estaba empezando a trabajar y tenía que ayudar en la casa. Aun así, tenía claro mi sueño: algún día tendría una biblioteca grande y podría elegir qué libro leer cada día, sin límites. En un momento, la relación con mi mamá se fracturó. Durante años deseé volver a la Fiesta del Libro, pero sentía que ir sin ella no tendría sentido. Con el tiempo, nuestra relación empezó a sanar. Un día surgió la idea de volver juntas, también con mi hermana. Quedamos de encontrarnos en el Jardín Botánico y, cuando llegaron, sentí una felicidad inmensa. Parecía una niña chiquita. Caminamos juntas, recorrimos los estands, compré libros, comimos. Ese día cerró ciclos y abrió otros. Hoy, cada vez que pienso en la Fiesta del Libro, recuerdo a mi mamá y la sanación que ese espacio nos permitió. Y sí, sigo construyendo la biblioteca de mis sueños.

KAROL NATALIA JAÉN ARANGO, 42 AÑOS



Fui a la Fiesta del Libro cuando estaba en sexto grado. Lo primero que hicimos fue recorrer el lugar buscando libros interesantes. No compré ninguno, pero entendí qué género me gustaba. También probamos unas sodas y comimos arepa de queso. Recuerdo especialmente una anécdota: mientras pasábamos por los estands vi un libro con una carátula peculiar. Tenía el logo del DIM. Se lo mostré a un amigo fanático del Medellín y, cuando lo vio, empezó a saltar de felicidad. Ese día mi amigo salió con un libro sobre su equipo favorito de fútbol. Nunca lo voy a olvidar.

JUAN NICOLÁS ARENAS ARIAS, 12 AÑOS

Hace un año me presenté a un concurso en el Cuentódromo para ganar una copia de *El Principito*, el libro de la Biblioteca de la Fiesta. Cuando mi esposa se enteró de que ese era el premio, me miró con tanta ilusión que me llené de valor para participar. Cuando el cuentero llamó a siete personas, fui el primero en subir. Para mi sorpresa, resultó ser un concurso de trabalenguas. Yo solo me sabía uno y, para mi mala suerte, el cuentero comenzó por el lado contrario al mío. ¡Quedé de último! Me puse a rezar para que nadie dijera mi único trabalenguas. Cuando llegó mi turno hice mi mejor esfuerzo, pero en vez de un trabalenguas me salió un rap. Los nervios me ganaron, pero cuando miré a mi esposa y la vi feliz, sonriendo, supe que todo había valido la pena. Ese ha sido mi mejor recuerdo de la Fiesta del Libro hasta ahora, y espero tener muchos más al lado de mi esposa, Maritza, que ama la lectura tanto como me ama a mí.

ANDRÉS FELIPE RÚA, 37 AÑOS



Desde aquel primer libro gigante de dinosaurios que compré en la Fiesta, con ilustraciones que hacían sentir a esos animales prehistóricos más vivos que nunca, entendí que estaba profundamente enamorado del olor a libro nuevo. Cambió mi voz, crecí, pero todavía recuerdo esa primera vez en la que, de la mano de mi mamá, recorrí la Fiesta en el Jardín. Cada año regreso porque allí encuentro un libro nuevo, una vida nueva, una historia distinta, mientras todo alrededor se llena de la calma de un lugar que se siente como hogar.

JACOBO JARAMILLO PANESSO, 15 AÑOS

«Si alguien les pregunta por él, díganle que quizá no vuelva nunca o que, si regresa, acaso ya nadie reconozca su rostro; díganle también que no dejó razones para nadie, que tenía un mensaje secreto, algo importante que decirles, pero que lo ha olvidado...». Así comienza *Razones del ausente*, el primer poema que me hizo interesarme de verdad por la poesía. Lo leí cuando tenía unos trece años. Desde entonces me volví un lector fiel de Darío Jaramillo. Con los años compré muchos de sus libros, aunque nunca lo había visto en persona. No soy alguien que acostumbre ir a lanzamientos o conversatorios de escritores, incluso de aquellos que admiro. Pero en octubre de 2025 me lo encontré por casualidad leyendo sus poemas en la Fiesta. Me senté a escucharlo. Después compré su nueva antología —aunque varios de esos poemas ya los tenía en otros libros— solo para pedirle que me la autografiara. Hice la fila con timidez, casi con pena. Cuando llegué a él solo pude darle las gracias. Gracias, gracias, gracias por existir; por haber llegado a mi vida y acompañarme, junto con tantos otros escritores, durante mi adolescencia, mis veinte, mis treinta, mis cuarenta y ahora mis cincuenta años.

RAMÓN PINEDA, 58 AÑOS



Estas páginas reúnen solo algunas de las historias que llegaron hasta nosotros. Si quieres conocer más recuerdos, escanea este código QR.





Porque después de veinte años, la historia sigue escribiéndose y tú haces parte de ella.

Epílogo

ALENTAR TODAS LAS HISTORIAS

La verdadera historia de un libro en nuestra vida empieza justo después de la última página. Cuando la lectura concluye, cuando cerramos las tapas y dejamos la obra a nuestro lado, algo comienza. Empiezan las preguntas que nos acompañan en el silencio posterior, surge el recuerdo que elige y reordena, aparece el impulso de seguir escribiendo, de seguir leyendo, de seguir viviendo a la luz de aquello que descubrimos entre sus páginas. Nadie permanece intacto después de atravesar una historia. Nadie sale igual del encuentro con las palabras.

Es así para las vidas individuales. Y también para las vidas colectivas. Medellín nunca ha sido exactamente la misma después de contarse a sí misma. Cada vez que nos reunimos para compartir lo que hemos sido, lo que somos y lo que queremos ser, algo cambia. Cada Fiesta del Libro transforma la historia de la ciudad. Y cada Fiesta del futuro seguirá transformándola, seguirá transformándonos.

¿Qué historia empieza hoy, aquí, cuando cerramos esta obra? ¿Qué preguntas nos habitan al terminar estas lecturas? ¿Qué ideas, deseos o proyectos han tomado forma mientras recorríamos estas páginas? Cada vez que miramos el pasado, también pensamos en el futuro. Este recorrido por la Fiesta, estos veinte años celebrados, nos invita a preguntarnos por lo que viene. ¿Qué será de las palabras en Medellín dentro de veinte años más? ¿Qué destino queremos construir para el próximo año, y para el siguiente, y para el siguiente? Sin agitar auspicios ni tentar vaticinios, hay algunas rutas que vale la pena empezar a recorrer desde ahora.

La primera es la certeza de que Medellín ha encontrado en la palabra una de sus formas más profundas de reconocerse y proyectarse. En 2027 seremos Capital Mundial del Libro de la Unesco, un reconocimiento a lo construido durante décadas y, sobre todo, una invitación a seguir avanzando. Más que una meta alcanzada, este hito representa un nuevo punto de partida. Aquí el libro ha sido refugio, punto de encuentro, herramienta de aprendizaje y motivo de conversación. La Fiesta del Libro, los Eventos del Libro, el Sistema de Bibliotecas y el Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad son expresiones de una apuesta compartida por democratizar el acceso a la lectura y a la palabra. Lo logrado hasta ahora no representa una culminación, sino una posibilidad que sigue abriéndose.

La segunda son las apuestas colectivas en escenarios no convencionales alrededor del acceso a la cultura. Los Eventos del Libro han explorado, a lo largo de los años, distintas maneras de acercar a las personas

a la lectura, la escritura y la oralidad. El Festival del Libro Infantil ha puesto su atención en la infancia y las familias, entendiendo que el vínculo con los libros comienza desde los primeros años. La Feria Popular Días del Libro se ha consolidado como un espacio de encuentro más cercano y tradicional entre lectores, libreros, editoriales independientes, bibliotecas, autores y vecinos que, año tras año, sostienen una conversación compartida alrededor de la lectura. La Parada Juvenil de la Lectura ha construido una apuesta singular: hacer de la noche un territorio para la palabra. Durante horas que se extienden hasta la madrugada, miles de jóvenes habitan el espacio público para leer, conversar, escuchar música, crear y encontrarse con otros. Y la Fiesta del Libro y la Cultura ha logrado reunir estas búsquedas en un escenario común donde dialogan generaciones, intereses y experiencias lectoras. La permanencia de estos eventos durante dos décadas demuestra que el acceso a la cultura no depende de una única fórmula, sino de la capacidad de reconocer diferentes edades, sensibilidades, territorios y formas de participación.

Cada año, el equipo organizador se enfrenta a un desafío permanente: ¿ahora qué? ¿Cómo hacerlo mejor? ¿Cómo abrir nuevas posibilidades para el encuentro, la lectura y la conversación? Pero esa inquietud no debería pertenecer únicamente a quienes organizan los eventos. También nos corresponde como ciudadanos y ciudadanas. ¿Cómo podemos vivir de manera distinta la Fiesta y los Eventos del Libro? ¿Cómo podemos fortalecer, desde nuestras acciones cotidianas, el ecosistema del libro y la cultura?

Responder estas preguntas exige también atender los cambios de nuestro tiempo. Las formas de leer, escribir, escuchar y narrar se transforman constantemente. Los cambios tecnológicos, las redes sociales y la inteligencia artificial plantean nuevos desafíos y posibilidades. Comprender cómo se relacionan hoy las personas —en especial los jóvenes— con las historias, el conocimiento y los otros será una tarea fundamental para los años que vienen. La Fiesta ha sabido transformarse a lo largo de su historia; conservar esa capacidad de escucha, experimentación y autocrítica será una de sus mayores fortalezas.

La tercera es la participación. Ninguna de las apuestas anteriores sería posible sin ella. Los Eventos del Libro existen gracias a una red amplia de personas e instituciones que sostienen la vida cultural de la ciudad durante todo el año. Bibliotecas, librerías, editoriales, colectivos, mediadores de lectura, docentes, escritores, promotores culturales y co-

munidades lectoras hacen posible que la palabra circule más allá de los días de celebración. La Fiesta no reemplaza esos procesos: los visibiliza, los fortalece y los reúne.

Durante estos años hemos visto crecer un ecosistema diverso alrededor de la lectura, la escritura y la oralidad. Han surgido nuevas iniciativas, se han consolidado espacios de encuentro y se han tejido relaciones de colaboración que permiten que los libros lleguen a más personas. Mantener viva esa red será uno de los desafíos más importantes del futuro. Esto implica seguir acompañando a los autores locales y emergentes, fortalecer el trabajo de editoriales y librerías independientes, preservar la gratuidad como un principio irrenunciable y garantizar que nadie quede por fuera de la conversación.

El futuro de la Fiesta no dependerá únicamente de los diez días en que ocurre, sino de la capacidad de seguir articulando bibliotecas, colegios, organizaciones culturales y comunidades lectoras en un proyecto compartido. Porque la historia de estos veinte años demuestra que los grandes encuentros nacen de muchos procesos pequeños. Y porque la celebración de la palabra solo puede sostenerse cuando encuentra raíces profundas en la vida cotidiana.

Sabemos que, sin importar lo que el tiempo disponga, la historia que contaremos mantendrá en su núcleo la esencia de la que hemos contado hasta ahora. Que lo colectivo, lo común, seguirá siendo nuestra celebración. Después de veinte años, sabemos que esta historia está lejos de terminar. Tal vez apenas comienza. Mientras existan personas dispuestas a leer, a escuchar, a conversar y a imaginar juntas otros futuros posibles, Medellín tendrá motivos para celebrar. Y seguiremos haciendo de la palabra una fiesta que convoca, que conecta, que entusiasma y que alienta todas las historias.

GRATITUD

Gracias,
Árbol Abuelo
orquídeas
lago
ceibas
tierra
piedras
hormigas
tortugas
aves
iguanas
viento
sol
nubes
sombra
lluvia.

Gracias,
jardineros
productores
entidades aliadas
patrocinadores
logísticos
libreros
distribuidores
editores
promotores de lectura
guías culturales.

Gracias,
lectores
estudiantes
docentes
escritores
ilustradores
visitantes
fotógrafos
periodistas
músicos
cuenteros
conversadores
traductores
diseñadores.

Gracias a quienes llegan por primera vez
a quienes vuelven cada año
a quienes crecieron entre estos árboles
y ahora regresan con sus hijos,
a quienes vienen desde lejos
siguiendo el llamado de una historia,
a quienes hicieron una amistad,
encontraron el amor
suspiraron por la belleza
vieron un pájaro alzar el vuelo
escucharon la lluvia entre las hojas
y se sintieron abrazados
en medio de desconocidos.

Gracias,
libros
palabras
preguntas
asombro
deseo
libertad
memoria
imaginación
ensueño.

Gracias a la vida
porque todavía
podemos encontrarnos.
Muchas gracias por todo.
Muchas gracias.
La Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín,
en sus veinte años,
agradecida³⁰.



30 Inspirado en el poema *Gratitud* de Oliverio Girondo. Como la Fiesta ha encontrado en la literatura una manera de reunir a las personas, quisimos que este agradecimiento también tomara forma en ella.



Este libro se terminó de imprimir en septiembre de 2026 en la celebración de los 20 años de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

Esta historia compartida no es un punto de llegada, sino una ruta que seguimos trazando juntos. Esa es, quizá, la mayor enseñanza de estas dos décadas: que nadie viaja solo. Que toda lectura es una travesía compartida.

Seguiremos navegando, con el viento y las palabras a favor.